



EDUARDO ALAR.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	<u>289562</u>
N.º Copia	<u>510027</u>

# EDUARDO ALAR

NOVELA

POR

## AGUSTIN MILLARES.



LAS PALMAS.

IMP. DE VICTOR DORESTE, CANÓNICOS 19.  
1871.

---

# EDUARDO ALAR.

---

## CAPITULO I.

### LOS VIAJEROS.

Entre once y doce de una fría y nebulosa mañana del mes de Diciembre de 1836, y por el centro de la ancha carretera que al salir de los desfiladeros de Sierra Morena, se extiende cual faja inmensa en medio de las llanuras de la Mancha con dirección á Madrid, se veían correr, en cuanto lo permitía el mal estado del camino, dos coches diligencias, de esas que, ya por aquellos tiempos, y hasta la inauguración de la vía férrea, servían de único medio de locomoción á los viajeros.

Ambas diligencias ofrecían la particulari-

dad de marchar la una en pos de la otra, seguidas de un piquete de quince á veinte soldados de caballería, que parecían formar su escolta, lo cual, si bien hoy lo juzgáramos extraño, no lo era sin embargo entonces, recordando por un momento la situación política de España, y especialmente la de las provincias manchegas. En efecto, hallábanse éstas infestadas en todas direcciones, hácia la época á que nos referimos, por las tristemente célebres partidas de los cabecillas latro-facciosos Peñuelas, Oregita, Palillos y otros mil, que cual hordas salvajes incendiaban los sembrados, saqueaban las poblaciones, violaban las doncellas, degollaban á los indefensos habitantes, sin distinción de edad ni sexo, y después de dejar yermos los campos, destruidos los pueblos, y ahogadas en un mar de sangre las víctimas de su brutalidad y de su feroz fanatismo, desaparecían al acercarse los batallones liberales para reaparecer en otro sitio, cuando menos se les esperaba, y continuar así sus depredaciones y latrocinios, en

nombre siempre de un Dios de paz, y de un Rey de derecho divino.

Triste estaba el día. Las nubes, densas y á flor de tierra, se arrastraban perezosas, bajo un cielo de color de plomo. Una niebla cenicienta y espesa cubria á lo lejos, como un húmedo sudario, las elevadas crestas de la Sierra; y la lluvia, fina y continua, azotaba los vidrios de los coches, trayendo al parecer consigo, el frio intenso que se dejaba sentir.

La penosa impresion que la vista del camino producía, en medio de una llanura pantanosa, estéril y desolada, hacia mas agradable, relativamente hablando, la situacion de los viajeros, que en el interior de las diligencias se encontraban, cuando éstos por casualidad se atrevían á inspeccionar el lejano horizonte, desde los húmedos vidrios de los ventanillos. No vayamos, sin embargo, á suponer por eso, que en tales circunstancias se juzgaran demasiado felices. Todos sabían la inseguridad de los caminos, y las continuas

fechorias de los facciosos, sobre el mismo terreno que en aquel instante recorrían; y la inquietud que en los semblantes de la mayoría se observaba, revelaba bien á las claras el deseo de llegar lo mas pronto posible á la mas cercana Villa, donde el ataque de los carlistas era menos probable, y su poco agradable compañía mas inverosímil.

Cada diligencia se dividía entonces en España, y creemos que se dividirá hoy, si aun existen, en tres compartimientos independientes entre si, llamados berlina, interior y ronda. La berlina, que era el sitio que mas caro se pagaba, estaba ocupado en cada coche por dos altos empleados de administracion militar, uno con su esposa, y otro con su hija, que iban á Madrid llamados por el Gobierno; el interior de la primera diligencia lo llenaba completamente una familia de Ecija, compuesta de padre, madre y cinco señoritas de diez á veinte años, que se dirigian á Toledo, pasando por la coronada Villa; el interior de la segunda lo ocupaban un rico

ganadero y dos propietarios de los alrededores de Córdoba, en union de un jóven estudiante de leyes, medio poeta, medio periodista, que tambien se dirigia á Madrid; y finalmente las dos rotondas iban atestadas con la servidumbre de la familia de Ecija y la de los empleados militares, con su correspondiente séquito de perros, pájaros y loros.

El poco ó mucho ruido que en cada departamento se hacia no transpiraba, sin embargo, afuera, donde solo se oia el continuo y agudo repiqueteo de las campanillas que colgaban de los collares de las mulas, los chasquidos del latigo de los mayores, y las enérgicas y poco edificantes interjecciones de éstos y del zagal.

Media hora habia transcurrido desde el momento en que aparecieron las diligencias por la llanura, cuando de improviso la primera se detuvo, conteniendo forzosamente en su marcha á la segunda, é interrumpiendo el galope de la escolta, que á la cola las seguia.

¿Qué grave acontecimiento era causa de un alto tan brusco?

La explicación no podía ser más sencilla, y estaba al alcance de todos los que quisieron en aquel momento acercarse a los asustados semblantes á los ventanillos de los coches.

En medio de la carretera veíase una berlina de viaje, de cómoda y elegante construcción, casi volcada por la rotura de un eje; á su lado, cuatro hermosos caballos negros, de pura raza andaluza, piafaban, sujetos de las bridas por dos lacayos de lujosa librea, mientras, examinando la berlina, estaba un grupo, compuesto de un joven y dos señoritas, con ricos vestidos propios de la estación, acompañados del cochero, que parecía explicarles las causas probables del accidente y los medios de repararlo.

La llegada de las diligencias interrumpió, como era natural, las explicaciones principia-  
das, y cambió el curso de las ideas que iban sin duda apoderándose de la imaginación del elegante viajero, por que en vez de apartarse

á un lado y dejar que los coches siguieran su camino, se avanzó hácia los mayoresales y les preguntó en ese tono político de un hombre bien educado, pero acostumbrado al mando, si en el interior de las diligencias habría un sitio para conducirlo hasta el próximo parador, con las dos señoras que estaban en su compañía.

Desde luego comprendieron los mayoresales por el aspecto del que les hablaba, y por la inspección de la berlina, de los caballos y especialmente de los criados, que silenciosos se mantenían á una distancia respetuosa, que tenían en su presencia un rico y poderoso caballero, de cuyos bolsillos debía esperarse una retribución proporcionada, sino superior, al servicio que pedía. Así fué que, bajando ambos con marcada deferencia de su elevado asiento, y manifestando el mayor deseo de complacer al jóven, se dirigieron sin titubear al interior del segundo coche, el cual, como ya hemos dicho, solo estaba ocupado por el ganadero, el periodista y los dos propietarios.

de Córdoba y abriendo la portezuela, sin pedir permiso á nadie, hicieron seña á los tres viajeros de que podían acercarse.

El de mas edad de los mayores, que era un murciano de esos que no temen á Dios ni al diablo, fué el que en esta ocasion tomó la palabra, tirando antes al suelo un enorme cigarro que humeaba en sus labios, señalándole de una estremada cortesía, y dijo así á los desconocidos:

—Aquí tiene V. dos asientos, caballeros, que han quedado desocupados en la última parada, y son los únicos de que legalmente podemos disponer; ahora, si estos señores quieren estrecharse un poco, tal vez haya parados tres.

Este ataque á quema-ropa iba dirigido á los viajeros que, como acabamos de repetir, ocupaban los cuatro ángulos del interior, que al ver su domicilio espuesto á ser invadido por gente estraña, y la corriente de aire helado que penetraba tan bruscamente del exterior, amenazándoles con una pulmonía,

calaron con mas fuerza los sombreros, se parapetaron hasta los ojos tras el embozo de sus capas, y contestaron con una especie de gruñido, que mas bien parecia una protesta, que una concesion á la conciliadora invitacion del mayoral.

Apresurémonos, sin embargo, á exceptuar de este número al jóven estudiante, que, ó mejor educado, ó atraido acaso por el simpático semblante del desconocido, contestó:

—Caballero, puede V. entrar, que aquí procuraremos arreglarnos.

—Gracias por su amabilidad, repuso cortesmente aquel, pero no acepto su invitacion, sino en obsequio de estas dos señoritas, que hace un cuarto de hora están en medio del camino entre el lodo y la lluvia.

—Y V. ¿donde va á colocarse?

—En uno de los asientos de los mayores, que no me negarán este favor.

—Concedido, dijeron éstos.

—Pues entonces en marcha que el tiempo arrecia.

—Tanto mas, añadió el mayoral que primero habia hablado, cuanto que la carretera no es buena ni segura, de noche ni de dia.

—Estamos dispuestos, repuso el jóven, y retrocediendo algunos pasos, habló un momento en voz baja con sus dos compañeras, las condujo al pié del estribo, las hizo sucesivamente entrar, tomó los paraguas que ellas habian conservado abiertos, y despues de una atenta inclinacion de cabeza dirigida á los cuatro viajeros, cerró la portezuela y se alejó, seguido de los obsequiosos mayorales.

---

## CAPITULO II.

### RETRATOS AL NATURAL.

Mientras los coches se ponen de nuevo en movimiento, preciso es que demos a conocer la fisonomía de las dos personas, que tan repentinamente han venido á perturbar la tranquilidad interior de la segunda diligencia.

Ya hemos indicado que vestían lujosos y elegantes trajes de viaje, propios para resistir al rigor de la estación, y que revelaban esteriormente la alta posición y rango que aquellas debían ocupar en la sociedad; y este juicio, un poco aventurado si se quiere, respecto de personas todavía desconocidas, se confirmaba luego á la sola inspección de sus semblantes.

La más jóven, que fué la que primero entró en la diligencia, podía contar de 17 á 18 años.

De estatura regular, de contorneado y ai-

roso talle, en cuanto podía adivinarse al través de su rica capa de abrigo, manifestaba desde luego en todos sus movimientos gracia juvenil, nobleza natural y espresion simpática y comunicativa. Su lindo rostro aparecía encuadrado por un capuchon color violeta, que despues de cubrirle la parte superior de la cabeza, descendia por ambos lados, ocultando á trechos algunos negros rizos, y venia á ceñirle la barba, pequeña y ahoyada, con dos gruesas cintas que caian luego sueltas sobre el seno. La tez, de un blanco mate, lleno de salud y vida, se transparentaba bajo un vivo sonrosado que la emocion, el frio y la improvisada situacion habian hecho aparecer sobre su tersa frente y sobre sus frescas y aniñadas mejillas. Unos labios, dispuestos siempre con gracia á sonreir, y dos ojos de un negro aterciopelado, grandes, vivos y brillantes, comunicaban una espresion encantadora á la dulce movilidad de su semblante. Desprendíase de este conjunto, que en vano pretenderíamos nosotros bosque-

jar, tan pronto como se fijaba en ella la mirada, un perfume, por decirlo así, de juventud, de belleza, de franca sencillez, de dulzura infinita, á cuya fascinacion no era fácil sustraerse.

Su compañera, que podia contar de 20 á 22 años, era tambien una muger muy linda, revelando en sus facciones, al compararlas con las de la anterior, la misma identidad de origen. Sin pasar por adivino, era posible asegurar, que ambas jóvenes eran hermanas. Sin embargo, salvo eso que ha dado en llamarse aire de familia, y que estaba bien marcado en ellas, se advertian algunas diferencias, en ventaja todas de la de menos edad. En efecto, los ojos de la mayor, sin dejar de ser hermosos, eran menos brillantes, su tez mas pálida, su talle menos flexible, su aspecto mas serio y menos comunicativo. Se presentia, bajo la fria reserva que anunciaban sus delgados labios, la muger orgullosa, acostumbrada á mandar y ser obedecida, sin obstáculos, dudas ni vacilaciones.

Su vestido era igual al de su hermana; ancho capuchon de terciopelo, capa de abrigo forrada en delicadas pieles, vestido de rico paño negro, guantes y manguitos del mismo color.

La entrada de ambas jóvenes en el interior de la diligencia, no fué de todos bien recibida, apesar de la proverbial galanteria española. El ganadero y los dos propietarios, hombres sobre los cuales parecia no ejercer ya influjo alguno la belleza, saludaron con un simple movimiento á las viajeras, y permanecieron en sus respectivos ángulos, sin dar mas señales de vida.

Para comprender la descortesía de los tres cordobeses, preciso es recordar que el compartimiento del interior del coche, donde pasaba la escena que vamos describiendo, contenía tan solo seis asientos, á saber, los de los cuatro ángulos, que eran los mejores, porque en ellos se evitaba la oscilacion continua producida por las malas condiciones del carruaje, y las asperezas del camino, y los dos del medio,

que condenaban al pobre viajero á caer sucesivamente sobre el hombro de su vecino, buscando siempre un punto de apoyo, que no llegaba á encontrar. Ocupados, como estaban ya, los cuatro primeros asientos, no quedaba á las recién llegadas otros que elegir, que los dos malos del centro, y en esos se hubieran seguramente sentado, si levantándose el joven estudiante desde la llegada de ellas, no les hubiese suplicado con corteses y urbanas frases, que tomaran su asiento, colocándose él en el que enfrente estaba, porque de ese modo podria la una apoyarse en el hombro de la otra, sin molestar á nadie ni ser de otros molestada.

Así lo comprendieron ambas sin necesidad de mas explicaciones, y dándole gracias por su atención, se sentó la mayor en el ángulo, y la mas joven en el centro, quedando de este modo en frente del atento y córtés periodista.

Y ya que de éste hablamos, digamos algo de lo que su aspecto revelaba.

Era el estudiante un jóven de 24 años, de regular estatura, de pelo y bigote negros, ligeramente moreno, de facciones varoniles y ojos espresivos, vestido con sencillez, y manifestando en toda su persona una distinción natural, que indicaba, ó una educacion esmerada ó la confianza que inspira una grande ilustracion ó un talento superior.

En el curso de esta narracion verídica iremos perfilando, por decirlo así, su contorno físico y moral, con lo que procuraremos dar mas completo su retrato.

En tanto esto pasaba, las diligencias habían vuelto á ponerse en movimiento con gran satisfaccion de todos los viajeros, que temian llegar tarde al parador; y las dos desconocidas, silenciosas y meditabundas, con la vista fija en el ventanillo parecian seguir el vuelo fantástico de las nubes, que cada vez mas bajas flotaban indecisas sobre la llanura. Apesar de haber conquistado el sitio que ocupaban, en la forma que hemos relatado, y tal vez por eso mismo, la situacion de las jóvenes

no era muy satisfactoria, en medio de aquellos cuatro hombres, de los cuales, tres al menos, les eran manifiestamente hostiles; y aunque no era de temer ninguna palabra ni gesto descortés, tampoco esperaban esa acogida simpática y de buen tono, que es el cambio recíproco de toda culta sociedad.

Resignadas, sin embargo, parecían estar, y dispuestas á pasar aquel mal rato lo mejor posible, cuando el estudiante observó que el aire y frío que penetraban por las mal unidas tablas del piso del coche, cubierto con una alfombra de forma y color indefinibles, principiaba á molestarlas.

Y en efecto, cada uno de los cuatro viajeros, con acertada prevision, llevaba envueltos su piés en una gruesa manta de su propiedad, seguros como estaban de antemano de que las alfombras de las diligencias no han alcanzado nunca á cumplir este servicio.

La que utilizaba el periodista era una manta de regulares dimensiones, que solo Dios sabe dónde y cómo la había encontra-

do; ello es lo cierto que parecia ser suya, y como tal la ofreció con buena voluntad á las damas, rogándolas aceptaran su pequeño obsequio, siquiera fuese hasta la llegada á la posada próxima. Y tan buenas razones alegó, y con tanta cortesía reiteró sus instancias, que las jóvenes por fin, cediendo á su ruego, levantaron sus diminutos piés, y consintieron en que la manta protectora, se entendiese sobre el sitio que los tres ocupaban.

Por supuesto que, durante esta corta escena, los cordobeses continuaron siempre sin dar señales de vida, sumidos al parecer en una dulce y agradable somnolencia.

Las dos viajeras y el estudiante concluyeron por no acordarse de ellos, en lo que, dicho sea de paso, experimentó cierto placer nuestro poeta. La indiferencia ó la falta de educacion de sus tres silenciosos acompañantes le proporcionaba la satisfaccion de no dividir con otros la atencion de las jóvenes, y de manifestarles esa simpática afeccion de que tan pródiga es la juventud.

Entretanto, y deseando interrumpir el enojoso silencio que principiaba á reinar en la diligencia, se aventuró á hablarlas de este modo:

—Triste dia para viajar, dijo despues de un momento de vacilacion, y creo que lo hace parecer mas triste el pais que recorreremos y el coche que nos lleva.

—No podemos quejarnos, contestó la mayor de las jóvenes, porque á no ser este feliz encuentro, estuviéramos aun en medio del arroyo, sufriendo el frio y la lluvia.

—Cierto que para nosotros ha sido una verdadera felicidad: y el jóven paseó con malicia la vista sobre sus tres dormidos compañeros; pero eso no impide, Señoras, que al comparar Vds. esta infernal carreta con la cómoda berlina en que viajaban, no maldigan una y mil veces el incidente desgraciado que las ha traído á este lugar.

—Ah, no lo crea V., repuso la desconocida, sonriendo con amabilidad, nosotros, es decir, mi marido, mi hermana y yo, estamos acos-

tumbrados á la vida del campo, á los improvisados accidentes de las cacerías, á dormir si es preciso, en la choza de un leñador, á beber el agua del arroyo, y á comer el negro pan del primer jornalero que encontramos: así es que esta aventura, si es que puede llamarse tal, en vez de causarnos la molestia que indudablemente hubiera producido á otra familia, nos ha servido de distracción, en medio de la monotonía inherente á esta clase de expediciones.

—Convengo en ello, mientras las aventuras sean de este género, pero si por desgracia sobrevinieran otras....

A estas palabras, la mas jóven, que habia permanecido hasta entonces silenciosa, se estrechó con fuerza al brazo de su hermana, y cambiando de color, exclamó en voz baja, y como si se hablara á si misma.

—Dios mio, si eso sucediera....

Su hermana se sonrió con cierta espresion de lástima, y dirigiéndose á su interlocutor, contestó:

—Cabalmente ha tocado V., caballero, un punto que hace dos días venimos ambas discutiendo, aunque sin poder estar de acuerdo.

—Lo siento repuso el jóven, pues no hubiera querido de ningun modo contribuir á que se aumentaran las alarmas de esta señorita.

—Nada podria Vd. añadir, que ella no se haya forjado ya en su imaginacion.

—Sin embargo.....

—Puede Vd. estar seguro de ello. En vano la he manifestado, que lo último que podia sucedernos seria caer en manos de una partida de carlistas; y bien, la he dicho, si eso aconteciera ¿quién se atreveria á ofendernos?

—Ellos, hermana.

—¿Ellos? no lo creas; los carlistas al oír nuestro nombre sabrian respetarnos y tal vez nos obedecian.

—No lo dudo, se atrevió á decir el estudiante, que no parecia participar de la confianza, que á la noble dama inspiraban los

servidores del trono y del altar, pero no todos los que andan por estas sierras son carlistas ...

—¿Nó? pues sería curioso. ¿Qué nombre tienen?

—El de ladrones y facinerosos, disfrazados con el honroso uniforme del militar.

—Ya ves, hermana, exclamó de nuevo la hermosa niña, revelando en su actitud un verdadero terror.

—No lo digo por asustar á Vds , se apresuro á añadir el jóven, ni porque yo sepa que en estos dias haya aparecido por la carretera banda alguna de facciosos, pero como, \* apesar de todo se hallan diseminados por la Mancha, y cometen tantas iniquidades, jamás aconsejaria á nadie, que en esta época emprendiese viaje alguno con señoras.

—Hay ocasiones en que arrostrar un peligro es un deber.

—Deber que respeto y admiro, dijo el periodista inclinándose.

—Y además, añadió con vehemencia su va-

ronil intrrlocutora, ¿porqué el valor ha de estar vinculado siempre en los hombres? ¿Por qué la muger no ha de manifestar, cuando el caso lo requiera, el mismo denuedo, la misma presencia de ánimo que ostentan Vds. en el campo de batalla?

—No ha criado Dios á la muger para representar ese papel en el mundo, señora: las que, como Vd., están dotadas de ese valor indómito, seran siempre admiradas como escepciones, pero no imitadas por las demas, porque felizmente no está en su dulce naturaleza hacerlo. Por otra parte, hay peligros que no puede afrontar una muger. La muerte es igual para ambos sexos, lo sé, pero hay ultrajes, peores mil veces que la muerte misma, de que un hombre se halla libre, y que pueden mancillar eternamente á una muger.

La jóven palideció, y su tímida hermana, blanca como la azucena, la interrogó con la mirada, buscando sin duda la esplicacion de ese peligro, desconocido para ella, á que se hallaban, al parecer, espuestas.

Hubo un momento de penosa angustia, durante el cual las dos hermanas, con las manos estrechamente unidas, confundieron en una sola sus miradas, como si trataran de infundirse mutuamente el valor de que necesitaban para arrostrar los imprevistos azares del camino: pero este momento fué de corta duracion: la varonil fisonomia de la mayor volvió á revestirse de aquella orgullosa firmeza, que tan bien sentaba á su noble frente y á sus negros ojos, y acariciando entre las suyas las temblorosas manos de su hermana, la dijo con voz clara y segura.

-Si el peligro existe, haz de modo que te halle dispuesta á despreciarlo, y no te atormentes en vano. Nosotras, caballero, vamos á encontrar á nuestro padre, que está enfermo, y cumplimos con este viaje un deber sagrado. Nada temas, Blanca, las hijas del Marqués del Encinar, serán siempre respetadas aquí y en toda España. Si son carlistas, les imponemos nuestro nombre; si ladrones, se les amenaza con la horca.

—Cuan feliz eres! todo lo arreglas á tu modo.

—Y tu niña de todo temes. No parece sino que por tus venas corre sangre de mercader.

La jóven interpelada bajó la cabeza llena de rubor, porque comprendió, que la imprudente espresion de su hermana podria ofender á los que la oian. Y en efecto, uno de los tres viajeros, mercader sin duda, hizo un ligero movimiento de cabeza, cual si se creyese aludido, mientras el estudiante se sonrió, como hombre que conocia y sabia apreciar en su justo valor aquella debilidad nobiliaria.

Este incidente puso término al diálogo, quedando la orgullosa patricia pensativa, su hermana tímida y confusa, y el jóven mirando alternativamente aquellos dos semblantes de tan puras y correctas formas, hermoso el uno en su altivo ademan, lindo el otro en su noble sencillez.

---

## CAPITULO III.

### EL ALMUERZO.

Con exceso habia pasado la hora del mediodia, cuando nuestros viajeros llegaron sin novedad al parador, especie de posada manchega, digna de figurar entre las que ha inmortalizado la pluma de Cervantes.

La tal posada no era otra cosa, que un desvencijado edificio, compuesto de dos salones, uno alto y otro bajo, de paredes ahumadas, techo agrietado y suelo húmedo sucio, con un estenso corral á su espalda, donde se levantaban unos incompletos cobertizos, con las caballerizas y cocina. En uno de los testers del salon bajo, habia una estufa que ardia con un buen fuego, y en lo alto, un ancho brasero ó copa de metal, que hacia muchos años no se habia limpiado, ni tenia esperanzas de serlo. Algunas mesas con cubiertas de zinc y varias sillas y bancos de madera. completaban

el ajuar, digno por cierto del día, de la época y del país que atravesaban.

Los viajeros, sin embargo, que traían con el frío un buen apetito, llamaron inmediatamente al mesonero, especie de animal, entre raposo, chacal y hombre, que con un pañuelo de algodón atado á la cabeza, presidia los preparativos culinarios y el pienso de las mulas de refresco, que se veían ya dispuestas para cambiar los tiros, y le pidieron con instancia la comida, que podía ser almuerzo y cena á la vez, según las circunstancias.

Tranquilo en medio del movimiento general, como hombre que conocía su importancia y el respeto que le era debido, contestaba á todos con la mayor calma, sin precipitarse jamás ni molestarse por nada ni por nadie.

Como no había una mesa bastante grande que sirviese para todos, se dividieron los viajeros en grupos, que ocuparon indistintamente uno y otro salón; y allí esperaron impacientes, que el mesonero quisiera presentar

una muestra de su habilidad culinaria, respecto de la cual, dicho sea de paso, ninguno se hacía ilusiones.

Entretanto, las damas y su elegante compañero, que al detenerse las diligencias había acudido solícito á ofrecerlas el brazo y á conducir las al meson, se habían retirado desde luego á la parte mas solitaria y oscura del salon alto, dónde, junto á una pequeña mesa, estuvieron un gran rato hablando en voz baja.

El resultado de esta conversacion fué levantarse el jóven y salir, descendiendo con presteza la paralítica escalera, que conducia al otro salon, y allí, despues de reconocer con una rápida ojeada los semblantes de todos los que lo llenaban, y no encontrando sin duda al que buscaba, se aventuró á asomar la cabeza al campo, tendiendo la vista en todas direcciones, en cuanto la niebla se lo permitia.

Fuera de la casa, y cual una visera que pretendiese proteger en cierto modo de la lluvia su envejecido fróntis, se avanzaba un co-

bertizo ó alero, de plano inclinado, que por su forma y direccion, impedia que unos toscos bancos de piedra, empotrados en la pared, pudieran ser azotados por la lluvia. Allí, sentado con aparente indiferencia y embozado en su capa, estaba desde su salida de la diligencia nuestro jóven poeta, soñando tal vez con un artículo de periódico ó con alguna leyenda romántica, objetivo entonces de todo aprendiz de literato.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que parecia profundamente ensimismado, y no advirtió la brusca llegada del noble viajero, hasta que éste le puso ligeramente la mano en el hombro.

—Al fin encuentro á V., exclamó con una voz en que se traslucia cierta cariñosa entonacion, y me felicito de ello, porque ya temia que hubiese V. desaparecido.

El estudiante sorprendido de aquella repentina interrupcion y de las palabras que se le dirigian, cuando menos lo esperaba, se puso en pié, se desembozó con cortesia y

contestó:

—¿Seré tan feliz caballero, que pueda ser á V. con mi presencia, de alguna utilidad?

—Y me obligará V. en extremo.

—Hable V.

—Pues ha de saber V., que me he enterado por mi esposa y cuñada de las atenciones que les ha prodigado durante el corto trayecto que han hecho con V. en la diligencia, y aunque en ello ha cumplido V. como persona de buena educacion, y seria agraviarle cualquier cumplimiento que le dirigiera en ese sentido, creo que me es lícito solicitar el honroso favor de estrechar su mano y ofrecer á V. con ella mi amistad.

—Caballero, me honra V. mas de lo que merezco—y el jóven tendió su mano, que estrechó el otro con marcada simpatía.

—Ahora bien, y ya que no tenemos quien nos presente, nos presentaremos nosotros mismos. ¿Qué le parece á V.?

—Acepto con efusion y agradecimiento su afectuosa invitacion, y permítame V. en este

momento tomar la iniciativa, aunque no sea mas que como prueba de mi cordial adhesión á esa propuesta: presento á V. en mi persona á un pobre y honrado estudiante de leyes, escritor algunas veces de la oposicion en algun periódico liberal de Madrid, y dispuesto siempre á atormentar las musas con algun soneto ó leyenda, que rara vez encuentran, porque no lo merecen, lectores indulgentes que se atrevan á descifrarlos. Me llamo Eduardo Alar.

—La modestia es siempre compañera inseparable del verdadero mérito; yo por mi parte no tengo otro título con que adornarme, que el que mis padres me legaron. Soy el conde del Alamo, y me llamo Felipe de Salvatierra.

El poeta se inclinó ligeramente y el joven continuó:

—Puesto que ya nos conocemos, permítame V. dirijirle una súplica que espero sea acogida é interpretada en lo que vale. Ya ve V. el sitio donde estamos, la gente que nos rodea,

la fisonomía del mesonero, y el aspecto de sus cocinas; creo, que, sin ofenderle demasiado, podemos esperar una comida igual á la que sirvieron en otro tiempo á D. Quijote. Ahora bien, para evitar ser víctimas de sus breva-  
jes y del contenido de sus cacerolas, invito á V. á tomar alguna cosa fiambre con mi familia, que arriba nos espera, y cuya impaciencia no será poca, al ver lo mucho que he tardado en evacuar mi comision:

—Per lo que á mi toca, estaba decidido á convertir este dia, en dia de ayuno, y esperar la llegada al pueblo mas cercano.

—Pues quebrantará V. en nuestro obsequio ese ayuno, y contribuirá con su parte de apetito á despachar lo que se encuentre en mi maleta de viaje: venga V., venga V. y nada de cumplimientos.

—Si cree V. que no moleste á las señoras....

—Cabalmente la invitacion ha partido de ellas.

—En ese caso....

—Subamos....

Y hablando así le tomó familiarmente del brazo, y entraron juntos sin mas tardanza en el meson, atravesando por en medio de los grupos que formaban los viajeros, de los cuales ya algunos habian conseguido del digno posadero una muestra del guisado con que pensaba satisfacer su apetito. Sin detenerse á examinar si era liebre,, conejo ó gato, nuestros jóvenes subieron con rapidez la desvencijada escalera, y se dirigieron precipitadamente al ángulo mas oscuro del salon, donde ya les esperaban las damas con marcadas señales de inquietud.

—Al fin le encontré, exclamó el Conde.

Y el joven poeta llevando en la mano su sombrero y sin pronunciar una palabra, se inclinó respetuosamente ante ellas.

--Tengo el gusto, añadió aquel, de presentar, á Vds. á su atento y cortés compañero de viaje D. Eduardo Alar, periodista, poeta y abogado, y desde hoy, como lo espero, uno de nuestros mejores amigos.

Y luego, volviéndose hácia él, añadió señalando sucesivamente á las jóvenes.

—Mi esposa, Mercedes de Quirós; su hermana Blanca, hijas del Marques del Encinar.

Ambas se inclinaron á su vez, sonriéndose con amabilidad.

—Y ahora que se acabó la presentacion, sentémonos como viejos amigos, comamos lo que se encuentre, y dispongámonos á concluir este asendereado viaje, sin acordarnos de los contratiempos pasados, ni de los que aun nos reserva el destino. Yo mismo os serviré.

Esto diciendo se sentaron al rededor de la mesa, y el Conde principió á sacar de una pequeña maleta algunas aves fiambres, carne asada y empanada de jamon, que sazonado todo con pan, un poco duro, pero blanco y de buen sabor, y con el contenido de un frasco grande de plata, lleno de escelente vino, devolvió instantaneamente á los jóvenes su buen humor y su tranquilidad.

—Creo que tengo muchos envidiosos, dijo en voz baja el estudiante, señalando con los

ojos á algunos de los viajeros, que ocupaban las mesas contiguas, y hacian espresivos gestos al trasegar el vino manchego y el guisado con que les habia obsequiado el mesonero.

—En general, esa es la condicion de todo ser viviente, esclamó suspirando el Conde ¡dichosos los que son envidiados, porque es señal de que valen algo!

—Bien pudiéramos haber invitado á nuestros tres silenciosos compañeros, añadió sonriéndose la Condesita.

—Fortuna ha sido que esa idea haya llegado tarde, repuso el periodista; porque aun cuando me califiquen de egoista, prefiero estar este rato sin ver sus semblantes, y lo que es mejor, sin oírles hablar; bastante tengo con el recuerdo de las horas, que aun me quedan que pasar á su lado.

—De modo que no le servirán á V. de modelo para héroes de alguna futura leyenda?

—Ni lo quiero, ni lo deseo.

—Si necesitase V. algo bueno en ese géne-

ro, aquí tiene V. á Blanca, añadió el Conde señalando á la hermosa niña, que apenas habia hablado; si hubiera nacido en los tiempos en que los caballeros andantes, rompian lanzas por sus damas, ó hacian voto de estar diez años sin hablar, hubiera sido la señora de sus pensamientos, el ángel de sus ensueños, y la flor predilecta de sus trovas.

—Tal vez lo dice V. por lo valiente, contestó ella, medio avergonzada, medio sonriéndose, y con una voz que parecia la vibracion suave y prolongada de una nota musical.

—Es cierto, repuso su hermana, que Blanca en nada se parece á una heroína de leyenda. Una muger que teme á los facciosos y á los ladrones, mal hubiera podido asistir á un torneo, curar las heridas de algun príncipe disfrazado, ni atravesar sola las oscuras galerias de un castillo feudal, poblado de fantasmas, de duendes y de aparecidos.

—Si le falta ese valor, contestó el estudiante, deteniendo por un momento su mirada con

indecision, sobre los negros ojos de la joven, le sobran sin duda las demás cualidades; y creo, bajo mi palabra de poeta, que mas de un trovador hubiera suspirado al pié de las torres del castillo, durante las hermosas noches de verano, y las frias y nebulosas de invierno, repitiendo al son de su laud el nombre dulcísimo de Blanca.

La hermosa niña, encarnada como la amapola, pero sonriendo siempre, bajó los ojos y contestó:

—Habla V. como poeta, y no tiene derecho á ser creído.

—¿Qué le parece á V.? repuso el Conde, soltando una sonora carcajada. El caso es grave; un mentís....

—Lo cierto es, que la verdad y la poesia no suelen con frecuencia estar de acuerdo, dijo el estudiante, riéndose tambien; pero en la presente ocasion, estoy dispuesto á sostener la opinion enunciada, á pié ó á caballo, con lanza ó espada, solo ó acompañado.

—Y ¿quién recoge el guante, si todos esta-

más de acuerdo?

—También es cierto, por lo que, mejor será aplazar el duelo para cuando se presente algun gigante, ú otro mal aconsejado malandrín, que pretenda turbar el viaje con algun raptó ó cosa semejante,

—O para defendernos, añadió con zumbona malicia la Condesa, caso de ser atacados prosaicamente por alguna gavilla de facciosos.

—Oh, no te burles de esas cosas, hermana, que pueden por desgracia salir ciertas, esclamó la niña tornándose pálida.

—Ya que de eso vuelve á hablarse, dijo entonces el periodista, cambiando de acento, y manifestando cierta gravedad en su semblante, permita V. que una mis temores á los de esa señorita, para aconsejar al señor Conde, que, si es posible, detenga su viaje hasta mañana, y luego, si el nuestro fuere feliz, durante ese corto trayecto, el mas peligroso del camino, segun me han informado, yo les escribo desde la próxima Villa, y en su

berlina, rápida y segura, pueden en pocas horas incorporarse á nosotros, y continuar el viaje á Madrid con la escolta que llevamos.

—Ya habia pensado en ello, observó el jóven interpelado, antes que llegásemos á este parador; pero aquí he cambiado de idea.

—Es posible?

—Y V. será de mi opinion, cuando le diga las razones que me inducen á ello.

—Hable V.

—Si antes de entrar en el meson ha echado V. una ojeada por estos alrededores solo habrá observado una llanura ligeramente accidentada, sembrada de algunos arbustos raquiticos, sin ninguna otra habitacion en cuanto alcanza la vista: luego, á poca distancia, una ramificacion de la sierra, que vá á enlazarse con la cordillera central que hemos atravesado; y á trechos estensos pantanos, que la estacion hace mas profundos y peligrosos. Tambien habrá V. observado, porque como escritor, debe tener muy desarrollada esa facultad, la cara gitanesca de nuestro huésped, y

las patibularias figuras de los mozos que le sirven, el aspecto desolado y repulsivo de esta casa, y lo solitario y aislado de su situación. Ahora bien: ¿ cree V. que obraría yo con la circunspeccion y tacto necesarios, cediendo á ese primer impulso de inquietud, y quedándome solo con mi familia en este meson hasta el regreso de la diligencia, que va á conducir á Vds. á la ciudad mas próxima? ¿ No le parece á V. mas seguro correr el peligro de un encuentro desgraciado, que no quedar en manos de esta gente, que mas traza tienen de ladrones, que de personas honradas?

—Esa es mi opinion, exclamó su esposa con vehemencia.

—¿ Y la tuya? preguntó el Conde á Blanca?

—Entre ambos peligros, prefiero desde luego salir de esta penosa incertidumbre.

—Tenemos mayoria, dijo entonces el joven dirigiéndose al poeta, y seguiremos molestado á V. toda la noche.

—Si de alguna manera hubiera podido

manifestar á Vds. el interés que me inspiran, era sin duda con la voluntaria privacion que me imponia al dejarles solos en este parador, pero ya que los peligros pueden ser así mayores, juntos los correremos y los compartiremos juntos. Inútil creo decir á V., lo mismo que á estas señoras, qua mi vida está á su disposicion.

—Gracias. Y el Conde estrechó de nuevo con efusion, las manos del periodista.

—Espero que no llegará el caso de poner á prueba el valor de nuestros paladines, dijo la Condesita mirando con ternura á su hermana, que durante el corto diálogo que precede habia cambiado varias veces de color, y miraba con inquietud, circular por la sala los criados del mesonero.

—No hablemos mas de eso, añadió el estudiante, que deseaba por su parte calmar las alarmas de Blanca; desde que penetramos en la Mancha, el peligro es igual, y sin embargo, ningun contratiempo de esa natura-

leza ha venido á turbar el viage; esperemos, pues, que así continúe hasta su conclusion.

—Así sea, dijo, la niña mirándole con gratitud y recobrando poco á poco su anterior tranquilidad.

Mientras esto pasaba en el oscuro rincón de la sala alta, algunos de los viajeros que participaban de los justos temores de Blanca, habian dado prisa á los mayores para que enganchasen el nuevo tiro, con la esperanza de que, haciéndolo así, podrian alcanzar en las tres horas que aun quedaban de día, la posada mas cercana.

Rumores alarmantes corrian en voz baja entre los sirvientes del meson, los mozos de cuadra y los soldados; decíase que dos dias antes habia sido saqueada la silla-correo en aquellas inmediaciones, sin que se hubiese sabido de los cuatro viajeros que en ella iban; que los pueblos del Moral, Calatrava y Alcubillas habian sido incendiados, que Granátula y Alamin habian corrido la misma suer-

Digitized by Google  
Biblioteca Universitaria, 2006  
© Del documento, los autores. Digitalización realizada por UPEL

te; y que los milicianos nacionales eran fusilados sin consideracion alguna, donde quiera que caian en manos de los carlistas. Hablábase de gentes sospechosas que se habian visto en la llanura, de preguntas insidiosas hechas por los pastores de la vecina Sierra, de marchas y contramarchas de las columnas enemigas, de planes atrevidos que se atribuian á sus principales gefes; en fin, eran tantas y tan variadas las noticias que circulaban, que los pobres viajeros á cuyos oidos llegaron, maldecian su suerte y temblaban por las personas queridas que les acompañaban.

Afortunadamente los cuatro jovenes nada supieron de estas voces, pues solo cuando oyeron los gritos de los mayores llamando al coche, dejaron la mesa y bajaron á la primera sala, donde el Conde gratificó generosamente al posadero y sus criados, encargándoles que, cuando llegase una berlina, que habia quedado componiendo un eje en el camino, le dijeran al cochero que avanzara hasta alcanzarlos.

Entre tanto los viajeros habian vuelto á ocupar sus asientos anteriores, distinguiéndose los tres cordobeses, por el empeño con que procuraban dar prisa á todos y emprender la marcha sin tardanza. Adivinábase en sus movimientos y hasta en sus asustados semblantes, que no les era indiferente lo que de los facciosos se hablaba; así es que fueron casi los últimos que se decidieron á entrar en la diligencia, tal era el temor de que los mayores, lejos de su vista, prolongaran su permanencia en el meson. Ya iba pues á seguirles el estudiante con las damas, cuando el Conde que se habia alejado algunos pasos del camino, y miraba con cierta insistencia hácia la parte de la carretera, que habian por la mañana recorrido, volvió de prisa á su encuentro y les anunció la aparición de la berlina, que á todo escape llegaba con sus criados.

—Entonces dejo á Vds., dijo el estudiante inclinándose ante las señoras con respeto y tendiendo su mano al Conde, no quiero que

por mi causa se detenga la diligencia.

—Al coche, al coche, gritaba entre tanto el ganadero, dirigiéndose al grupo con mas temor que cortesía.

—Deje V. que se marchen, contestóle el Conde sin soltar su mano, la berlina es grande y hay lugar para los cuatro.

Y sin esperar la respuesta del jóven, que sorprendido le miraba, se acercó al mayoral murciano, y despues de darle una buena propina para él y para sus compañeros, le esplicó la llegada de su coche, y como habia decidido con las damas seguir á retaguardia de la escolta, hasta que salieran de la Mancha, añadiéndole que podian avanzar sin ellos y sin el periodista, pues á los pocos minutos los alcanzarian con la berlina.

El mayoral le dió las gracias, se guardó el dinero, y tendiendo su látigo, siguió las huellas que en el lodo habia dejado la primera diligencia y la escolta, lejos ya de ellos un centenar de metros.

---

## CAPITULO IV.

### UNA SORPRESA.

Cinco minutos despues de la escena que acabamos de describir, corria la berlina al galope de sus cuatro magníficos caballos, incorporándose á los pocos instantes con la escolta, que se abrió respetuosamente á su paso, cerrándose luego á la espalda.

Era la berlina, como ya hemos tenido ocasion de indicar, un cómodo y elegante coche de viage, bien abrigado, cerrado herméticamente, y con blandos y mullidos asientos de resorte, construido expresamente para proporcionar á sus dueños las mayores comodidades posibles, y hacerles olvidar las molestias del camino y los inconvenientes de la estacion. Los dos asientos del fondo iban ocupados por las damas, y al vidrio el Conde y el periodista.

Feliz éste con las delicadas atenciones de

que era objeto, y mas feliz aún con la perspectiva de un viaje hecho en tan agradable compañía, olvidó por completo sus temores, la guerra civil y la Mancha, y se entregó al dulce placer de cambiar sus ideas con personas que sabian comprenderlas é interpretarlas. Nacido en humilde cuna, allá en una oscura aldea de la Estremadura, habia heredado de sus padres, que ya habian muerto, algunos bienes raíces, con cuyas cortas rentas se habia él mismo educado, pasando unos años en la Universidad de Sevilla y otros en la de Madrid. Sus relaciones, limitadas á sus amigos de clase, entre los cuales bullia ya entonces esa juventud ardiente, que escaló el poder en los años sucesivos, pasando de las peroratas de café á los discursos del Congreso, le habian prestado, por decirlo así, ese barniz de buen tono, esa dignidad personal, que comunica á todo jóven de talento, la aspiracion noble y digna de un porvenir mejor, y la confianza que inspira á todo corazón generoso y honrado, la rectitud de sus

pensamientos, la fé inquebrantable en sus ideas, y la esperanza constante y fiel, de realizar en la esfera del gobierno la bondad de sus doctrinas políticas. Colocado entre esa talanje numerosa, atrevida y arrojada, que imprimia al ministerio por medio de la prensa y de los clubs, la marcha liberal, que éste á su pesar seguia, y consagrado á la defensa de los intereses populares, tan olvidados entonces entre nosotros, se habia ya dado á conocer ventajosamente en los periódicos de la oposicion, y parecia destinado á ocupar en breve un asiento honroso en los escaños del Congreso. Habia, sin embargo, en su naturaleza, algo que le perjudicaba para seguir una carrera brillante en el terreno de la política, y era, una rectitud á toda prueba, un horror instintivo á toda accion baja ó vergonzosa, y una aversion decidida á las intrigas palaciegas y á los enredos de gabinete. Inclinábase con mas gusto á los estudios históricos y literarios, y dedicaba sus ocios á escribir de vez en cuando alguna poesia, que

revelaba en él tendencias bien opuestas á las que podian esperarse de un futuro ministro. Por eso sus amigos le decian con frecuencia, que si no cambiaba de inclinaciones, jamás llegaria á ser otra cosa que poeta ó historiador, es decir, un hombre que, con mayor ó menor talento, era sin embargo inferior en su patria, tanto en posicion como en fortuna, al procaz bullanguero, que, declamando en las Cortes, estaba seguro de obtener casi siempre una gran cruz, una embajada ó una poltrona. Estas reflexiones, dichas á veces en serio, á veces en broma, en nada hacian variar el carácter de Eduardo, que, viviendo una parte del dia y de la noche, engolfado en las altas regiones de la poesia, se habia forjado ideas falsas y equivocadas de la realidad de la vida, sin que la sociedad, que apenas habia tenido ocasion de romper con su aspero contacto las risueñas ilusiones de su juventud, le hubiese traído aun sus tristes desengaños.

Despues de pasados los primeros momen-

tos de su instalacion en la berlina, los cuatro jóvenes, en quienes el bienestar y la comodidad que en aquel instante disfrutaban, ejercian una saludable reaccion sobre sus ideas, se entregaron á una conversacion viva y animada, en la que, Eduardo, dió á conocer sus vastos conocimientos literarios, y la amenidad de su carácter. Por su parte, el Conde y su esposa, si bien no poseian esa erudicion, hija solo de estudios profundos. habian leído lo bastante para seguir y comprender, en sus múltiples formas, los variados temas, que, con gracia y sin pretension alguna, desarrollaba ante su vista el jóven, como una esposicion brillante y atrevida de sus teorías históricas sociales.

De vez en cuando, una observacion fina y espiritual, salida de los labios de la condesita, venia á dar mas animacion al dialogo, ó una duda sencilla ó grave, provocada por su esposo, motivaba una brillante réplica de parte del periodista, en tanto que, pensativa y silenciosa la graciosa Blanca, escuchaba con pro-

funda atencion el torrente de palabras, que se desbordaba de los labios del poeta, impregnadas unas, en esa elocuencia dulce, persuasiva y fácil, que brota siempre de un corazón creyente, ó envueltas otras, en ese contagioso entusiasmo, que imprime en el ánimo del que oye su ardiente huella de fuego.

Pasaron así dos horas, sin que accidente alguno detuviese la marcha de los coches. La noche, silenciosa y fría, había descendido poco á poco, envolviendo en nieblas todos los objetos. A intervalos, la lluvia sacudía con violencia los cristales, produciendo un ruido monótono y triste. La carretera, describiendo una ancha curva, había salido de las pantanosas llanuras, que durante la mañana había costado, y entraba ahora en un terreno más duro é igual, que se elevaba gradualmente, acercándose á los primeros contrafuertes de la sierra, para descender luego y abandonar las provincias manchegas.

Segun opinaban los mayores y la escolta, estaban ya á poca distancia del último

pueblo que por aquella parte, los separaba de las Castillas, y todo parecía presagiar un fin dichoso, á un viaje principiado bajo tan tristes augurios.

Pero, de improviso, oyerónse á lo lejos resonar algunos tiros, y un prolongado grito, que dominó el ruido de los coches, y el de los caballos de la escolta, detuvo la marcha de todos, haciendo estremecer hasta los mas intrépidos. A esto sucedió un largo y penoso silencio, que solo fué interrumpido por la voz imperiosa del sarjento, que no sabiendo en medio de la oscuridad lo que pasaba, prevenia á los soldados preparasen sus carabinas y pistolas, y estuviesen dispuestos á todo evento. La berlina, asi como las diligencias, que le precedian, se habian detenido; y Eduardo, aprovechando este momento, abrió con presteza la portezuela, se lanzó al camino, é investigó con ansiedad el horizonte. La escolta, en tanto, obedeciendo las órdenes de su gefe, se adelantaba con precaución, describiendo un ancho círculo, del que for-

maban el centro los viajeros. Durante dos ó tres minutos, viéronse sus oscuras siluetas dibujarse sobre la blanca tosca del camino, y sus armas lanzar fugitivos reflejos; hasta que, alejandose al trote de sus caballos, volvió á reinar en torno de los coches un profundo silencio.

Eduardo, sin saber que partido adoptar, volvió á la berlina, donde el Conde acababa tambien de entrar, despues de haber por su parte preguntado á los mayores; y calmando ambos la inquietud de las damas, especialmente la de Blanca, que temblorosa avanzaba su asustado semblante á los cristales, como si tuvieran sus ojos el don de penetrar las tinieblas, decidieron esperar el regreso de la escolta. No fué su incertidumbre de larga duracion. De nuevo volvieron los tiros á oirse, pero mas cercanos, y mezclados con el rápido galope de una numerosa tropa de caballeria; algunos ayes lastimeros desgarraron el aire; viéronse huir algunos caballos sin ginetes, y multitud de hachones de madera resi-

nosa, iluminaron á trechos y como por encanto, una parte del sombrío paisaje.

No cabia duda; los carlistas habian atacado á la escolta, y ésta, diseminada y en corto número, moria en aquel momento ó era hecha prisionera. Los tiros, entretanto, se sucedian sin interrupcion; las balas, silbando en todas direcciones, alcanzaban hasta los carruages. La situacion no podia ser mas crítica. Eduardo se levantó, y de pié en el interior de la berlina, arrancó con violencia los cajones que formaban el fondo de su asiento, y formó con ellos una especie de barrera, delante de las jóvenes, insuficiente siempre á un proyectil, pero capaz de amortiguar su efecto, si llegaba frio. El Conde le imitaba sin conciencia casi de lo que hacia.

Por fortuna ninguna bala llegó hasta ellos, y aquel peligro pasó; pero cuando el tiroteo pareció tambien cesar, un nuevo peligro de otro género, vino á agravar su situacion.

En la portezuela de la berlina aparecieron

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC - Biblioteca Universitaria, 2006.

de improviso las siniestras figuras de diez ó doce hombres, armados hasta los dientes, que intimaron con voz imperiosa y brutal, la entrega de las armas, que pudieran llevar consigo.

—Y, quien son Vds.? exclamó imprudentemente el jóven poeta, armando al mismo tiempo una pistola de dos tiros, que habia sacado de sus bolsillos.

Al ver una resistencia tan inesperada, los hombres se detuvieron, y prepararon sus armas. Un momento mas, y los cuatro jóvenes iban á ser fusilados; pero Eduardo con la rapidez del pensamiento se lanza al suelo, derriba al primer faccioso que encuentra, le arranca el fusil de las manos, y haciendo un rápido molinete, obliga con su improvisado ataque á dirigir hácia él la atención de los facciosos, que, temiendo en la oscuridad herir á alguno de los suyos, vacilan, dudan y retroceden.

Mientras pasa esto, el Conde se arroja también al suelo, domina con su voz el tu-

multo, grito á sus adversarios que se detengan, pues están dispuestos á rendirse, y conteniendo con el ademan y el gesto á su intrépido compañero, consigue que cese la resistencia de éste, y entregue el arma, que tanto espanto ha causado á sus enemigos.

Eduardo comprende su imprudencia, tira al suelo sus armas, y se cruza de brazos, mientras crece el número de bandidos, que llegan con varios hachones á iluminar de cerca la escena.

El primer cuidado del grupo que les rodea, es hacer bajar á las señoras, registrar con cuidado el coche, atar á los criados y al cochero con buenas y seguras cuerdas, y guardar con la bayoneta al pecho á Eduardo y al Conde. Hecho esto; el que parecía ser su jefe, hombre de grosera y repugnante fisonomía, se adelanta hácia el periodista, y mirándole con burlona sonrisa, le pregunta si se encuentra mas tranquilo. El jóven no contesta, y el bandido rojo de có-

lera, grita con furor, dirigiéndose á sus soldados.

—Cuatro hombres de buena voluntad.

—Aquí estamos, ahullaron diez ó doce.

—Bien; lo mismo es cuatro que diez.

Preparen las armas, y despáchenme á este mocito, que estamos de prisa.

Un grito de espanto resonó á la vez, lanzado por el Conde y Blanca; al mismo tiempo que la jóven Condesa, precipitándose en medio de los soldados, y encarándose con su gefe, esclama con una expresion indecible de dignidad y orgullo.

—Soy la condesa del Alamo, hija del Marques del Encinar, á quien todo manchego conoce y respeta; me acompaña mi esposo, mi hermana, ese caballero y mis criados; por todos ofrezco á Vds. un brillante rescate, si se nos atiende y considera como toda persona de mi clase tiene derecho á serlo.

Los soldados bajaron lentamente las armas y se miraron con indecision.

El gefe entonces avanzó dos pasos, y

dirigiéndose á la intrépida jóven con la misma siniestra sonrisa en los labios, contestóle:

—Pierda V. cuidado, Señorita, que pagará V. el mismo rescate por los vivos que por los muertos. Con que, muchachos al avio.

—¿No tiene V. otro gefe superior? preguntó el Conde con ansiedad?

—Calle V., ó le mando fusilar tambien.

—Es V. un villano, exclamó la marquesa.

—Ese es mi oficio, replicó él con una calma espantosa.

—Caballero, dijo entonces Blanca venciendo su terror, y tendiendo sus manos suplicantes hácia el feroz bandido, no cometa V. ese asesinato, y nuestra gratitud será eterna.

—Vamos, basta de floriqueos; aléjense Vds. un poco, ó cierren los ojos, porque se me ha metido entre ceja y ceja despachar á este buen mozo, que la está echando de hombre de pró, y tendria que ver que el sarjento Mochuelo no hiciera su gusto. Vamos, prepa-

ren armas.

Los bandidos volvieron á levantar lentamente sus fusiles, y se dispusieron á cumplir la órden de su gefe, á cuyas sangrientas excentricidades parecian hallarse acostumbrados; pero en el mismo instante, y lanzando un grito de suprema angustia, Blanca se desprendió de los brazos de su hermana, que la sostenia vacilante, y colocándose delante de Eduardo, y cubriéndolo con su cuerpo, levantó al cielo sus hermosos brazos, con una espresion de abnegacion sublime, y exclamó:

— Dios mio, Dios mio, haz que al menos tengan compasion de mi

En este momento, y atraido sin duda por el dolorido acento de la jóven, un oficial, que recorria á caballo el campo, dando órdenes á los diversos grupos, que retenian prisioneros á los viajeros de las diligencias, y á los restos de la escolta, se avanzó dentro del círculo que formaban los soldados, y de una mirada comprendió lo que allí estaba pasando:

—Oí, sarjento Mochuelo, gritó en un tono que no admitía réplica ¿porqué se ofendieron sin causa justa á esa gente?

—Es que, mi ofeial, tartamudeó el bandido, ha habido conatos de resistencia, y el cumplimiento de mi deber.....

—El deber de V. es callarse ahora, y dejar que se espliquen los prisioneros.

Entonces, y bajando del caballo, salió al encuentro del Conde, que en pocas palabras le puso al corriente de la situacion; revelándole su nombre y la causa de su viaje. El ofeial se escusó lo mejor que pudo, y ofreciendo sus respetos á las señoras, les manifestó que como subalterno no podia tomar disposicion alguna en su favor; que las órdenes que habia recibido de sus gefes, eran las de conducir los prisioneros al campamento situado en la Sierra, á una legua escasa de aquel sitio, y que allí probablemente se les haria saber su ulterior destino.

Añadióle el Conde, que no les pusiera bajo la guardia del hombre feroz y sanguinario

rio que habia asaltado la berlina, y el oficial  
se lo prometió, haciendo retirar al punto al  
sargento, y remplazándole por un viejo cabo,  
maduro y serio; pero, al parecer, de mejores  
atenciones, el cual, habiendo reunido su es-  
cuela, dió la órden de marcha al grupo que  
estaba encargado de conducir, y que se com-  
ponia solo de los cuatro jóvenes, quedando  
sobre el campo, los criados, el cochero, los  
caballos y la berlina.

## CAPITULO V.

### EL CAMPAMENTO.

Durante la rápida escena que acabamos de bosquejar, los otros viajeros que ocupaban las diligencias, así como los soldados que escaparon de las balas enemigas, habían experimentado la misma suerte que los que iban en el coche; presos, maniatados, y blanco de groseros insultos, se les veía diseminados en grupos por la llanura, custodiados por varios bandidos de á pié y á caballo, que blandían en sus manos las armas mas heterogéneas, iluminaban el cuadro con los rojizos resplandores de sus hachos; en tanto que, otros, bajo la inspeccion de sus gefes, registraban las maletas y baules, desenganchaban las mulas, las cargaban con el bagaje, y disponían lo necesario para alejarse con prontitud de aquel sitio, eligiendo para ello diferentes caminos.

Dejémoslos por ahora solos, y sigamos á los cuatro jóvenes, que á pié, y rodeados de una numerosa escolta, se internan en la vecina Sierra, entre el ruido del viento, el lejano rumor del trueno, y las primeras gotas de agua, que parecen precursoras de la tormenta.

La condesa y su hermana, que marchaban juntas, apoyada la una en el brazo de la otra, no habian pronunciado una sola palabra despues de la aparicion del oficial, que tan á tiempo habia llegado á refrenar la audacia de su subalterno. En pos de ellas seguian el Conde y Eduardo, el uno, resignado y tranquilo, y el otro, silencioso y reservado, dirigiendo á veces investigadoras miradas á los sitios que iban recorriendo, pero sin atreverse á comunicar con nadie sus impresiones. La escolta, dividida en dos porciones desiguales, les precedia y seguia, sin perderles un solo momento de vista, aunque sin ofenderles con gestos ni expresiones descorteses.

Así continuaron avanzando un largo rato, en medio de una oscuridad profunda, por que, sin duda, como medida de precaución habian apagado los hachones, hasta que entraron en un estrecho sendero, cortado á la falda de una montaña, y cuyo suelo, sembrado al parecer de fragmentos de roca, y de troncos de árboles, ofrecia á cada paso un obstáculo penoso para la marcha. Al mismo tiempo, y como si el cielo se declarase tambien en su contra, principi6 á caer á torrentes una espesa lluvia, que amenazaba convertirse en diluvio. Las infelices señoras se detuvieron sin fuerzas para resistir mas, y cayeron casi desfallecidas sobre una de las tantas piedras que obstruian el camino, aunque sin atreverse á exhalar una sola queja por el temor de aumentar la angustia de sus dos compañeros.

La escolta se detuvo tambien á su vez, manifestando en voz alta su disgusto por una deficiencia, que les esponia á recibir mas largo rato la lluvia que caia del cielo.

Eduardo, entonces, saliendo de la especie de estupor, de que parecia haber estado poseido hasta aquel momento, se adelantó con precipitacion hácia las señoras, seguido del Conde, y le dijo á éste en voz baja, pero de manera que pudiese ser oido de ellas.

—Cuide V. á la Condesa, que yo velaré por su hermana.

—Tiene V. razon, contestó el jóven; ayúdemoslas á salir de estos sitios, que yo espero que á la llegada al campamento cesen todos nuestros males.

—Así sea, murmuró el jóven, con menos confianza de la que manifestaba su compañero.

En virtud de este arreglo, Eduardo ofreció el apoyo de su brazo á la niña, que con tanto valor habia espuesto su vida por salvar la suya, y la cubrió con su capa, para preservarla en cuanto fuera posible de la lluvia, que continuaba cayendo sin interrupcion; el Conde por su parte hizo lo mismo con su esposa, y de este modo pudieron, aunque siem-

pre con trabajo, avanzar mas rápidamente hácia el término de su viage, que parecia alejarse, á medida que se internaban en la montaña.

La noche seguia oscura, fria y lluviosa; las nubes, arrastrándose por las sinuosidades de la Sierra, cubrian con su manto ceniciento todos los objetos. Solo el conocimiento que de aquellas sendas tenian los carlistas, hacia posible el transito á los prisioneros; y aun los mismos que los conducian, dudaban á veces y se detenian indecisos, maldiciendo el rigor de la estacion y la oscuridad de la noche, que les esponia á frecuentes equivocaciones.

Por fin, despues de dos horas de marcha, aparecieron en el brumoso horizonte, como fuegos fatuos, algunas hogueras, que, tan pronto se apagaban, como lanzaban brillantes resplandores, y que parecian estar aun distantes un cuarto de legua.

Hácia aquel punto, como el náufrago hácia al faro, se dirigieron los pasos de la es-

colta, obligando en su rápida marcha á que apresurasen el suyo los jóvenes, quienes apesar del disgusto y del cansancio que les abrumaba, no pudieron dejar de mirar con satisfacción las señales que les indicaban su próxima llegada á aquel tan deseado puerto, aunque ignorasen lo que en él les aguardaba.

Sin embargo, todavía tenían que sufrir un último contratiempo.

A los pocos instantes, un desbordado arroyo, que las lluvias habían engrosado, les cortó el paso, obligándoles bruscamente á detenerse, sin saber como vencer este improvisado obstáculo. Los soldados aseguraban, que apesar del ruido imponente del agua, no ofrecía peligro alguno el vadearlo, y hasta se ofrecieron á llevar en sus brazos á las Señoras, oferta que ellas temblando se negaron á aceptar; pero era preciso decidirse, porque ni era posible pasar allí la noche, ni las órdenes del que los mandaba consentían una dilación mayor. Al fin, el Conde tomó en sus brazos á su espo-

sa, apesar de que ésta se oponia, y seguida de una parte de la escolta, atravesó el arroyo, que tendria una vara de profundidad, encargando á Blanca le aguardase con Eduardo, para conducirla luego del mismo modo. La travesia se verificó sin peligro; y cuando, despues de depositar en la orilla opuesta á la Condesa, se disponia el jóven á atravesar de nuevo el arroyo, y traer á su cuñada, ésta, conducida en brazos de Eduardo, y con igual felicidad, se encontraba á su lado, sin haberse mojado siquiera la orla de su vestido.

En efecto, al quedarse solos, con los soldados que componian la retaguardia de la escolta, Eduardo, que durante la travesia no se habia atrevido á dirigirle la palabra, y cuya tristeza parecia aumentar, segun se acercaban al campamento, la dijo, inclinándose por no ser oido de los carlistas, si tenia en él suficiente confianza para permitir que la condujese en sus brazos al otro lado del arroyo, y estorbar así que el Conde tuviese esa doble

molestia.

La única respuesta de la niña fué un,— vamos, timidamente acentuado; y cerrando los ojos y tendiendo los brazos á su amigo de un dia, se dejó llevar, sin atreverse á pensar siquiera en lo extraño de su situación.

Llegados ya todos al otro lado del torrente, nada se opuso á su marcha, que continuó rápida y sin tropiezos, ascendiendo siempre por una especie de calzada, al fin de la cual, y á una regular altura, se divisaban las hogueras, formando un ancho semicírculo.

La lluvia, entretanto, habia cesado, y solo un viento frio y penetrante venia por fuertes ráfagas á azotar la cara de los viajeros.

Eduardo, que habia vuelto á ofrecer el brazo á Blanca, porque ésta apenas podia ya moverse, apesar de los reiterados esfuerzos que hacia para ocultar su desfallecimiento, queriendo comunicarle algun vislumbre de espe-

ranza, de que el mismo no participaba, le dijo bajando la voz.

—Ya estamos cerca del campamento, donde espéro con la mayor confianza, que el jefe atenderá á Vds. como merecen su sexo y clase. Valor; un esfuerzo mas y descansamos.

—Y ¿quién dice á V., caballero, que el hombre que va á disponer á su antojo de nuestra suerte, no sea un bandido sin corazon y sin honra? ¿Quién dice á V. que no echaremos de menos dentro de poco, las tres horas de suplicio, que en esa montaña acabamos de pasar? ¿Quién nos puede asegurar que el mañana no sea mil veces peor que el momento presente?

Y se estrechó temblando al brazo en que se apoyaba.

Eduardo, que no necesitaba de tales palabras para exajerarse el peligro que corrían, replicó, siempre en voz baja, y con un acento en que se traslucía su emocion.

—Tengo aun una esperanza, fundada, no

En las virtudes de esos bandidos, sino en sus vicios; el deseo de obtener por el rescate de Vds. una gran suma, hará que nos respeten.

—Tal vez tenga V. razon; repuso ella, pero si así no sucediere, me ha de permitir V. una súplica.

—Las súplicas de V. son órdenes para mi.

—Ignoro el nombre y la estension de los peligros que vamos á correr en ese campamento; pero adivino instintivamente, que hay ultrajes, como decia V. esta mañana, que pueden mancillar para siempre el honor de una muger; júreme V. por su fé de caballero, que si me ve en uno de esos peligros, y está en su mano herirme en el corazon, no vacilará en hacerlo.

Eduardo se estremeció, la jóven continuó diciendo:

—Oh, no crea V. que, al verme así tan débil, sea, cuando llegue el caso, una muger, cobarde.

—Acaba V. de salvarme la vida, con pe-

ligro de la suya, y no tengo, ni aun el derecho de suponerlo.

—Pero ¿y su promesa?

—No se atormente V. en vano, Señorita. nadie se atreverá á ultrajarla.

—¿Y si se atreviesen?

—Deseche V. esos temores sin fundamento, y reuna todas sus fuerzas para la entrevista que nos aguarda, pudiendo estar segura de que velaré por V., como una madre por su hijo, mientras no me arranquen la vida, ó me alejen violentamente de su lado.

—Lo creo, contestó ella con lágrimas en la voz, y si algo me sirve de consuelo en este viaje desgraciado, es el recuerdo que guardaré eternamente de su buena amistad.

—Ese recuerdo está ya grabado en mi corazón, y será siempre el mas precioso de mi vida, sea cual fuere el destino que me espera.

Al llegar á este punto la conversacion de los jóvenes fué interrumpida por el «quien vive» de las avanzadas, que trajo de nue-

vo á su memoria la situación en que se hallaban, y la necesidad de llamar en su auxilio toda su presencia de ánimo, para arrostrar los azares que iban sin duda á correr. Incorporaróñse, pues, con el Conde y su esposa, y seguidos siempre de la escolta, penetraron en el campamento, deteniéndose á la entrada de un viejo y estenso edificio, casi en ruinas, que en el centro de la esplanada se elevaba, mientras el gefe de la misma escolta, se adelantaba á recibir órdenes de sus superiores, ó anunciarles la llegada de los prisioneros.

## CAPÍTULO VI.

### UNA PRUEBA DE CONFIANZA.

Curioso era el cuadro que ofrecía el campamento de los facciosos.

En cuanto permitía juzgar el vacilante resplandor, que á intervalos lanzaban las hogueras, parecía aquel sitio estenderse sobre una corta llanura, sin señal de vegetación, dominada en uno de sus ángulos por el ruinoso edificio de que antes hemos hablado, y que se levantaba todavía erguido, apesar de los estombros que cubrían el suelo, restos sin duda de su pasada grandeza.

Decíase en la comarca, que cuando los sarracenos ocuparon aquella parte de España, los Califas de Córdoba habían construido sobre la citada eminencia un castillo, que, sirviendo de refugio á sus soldados, contribuía con su imponente aspecto á mantener en la obediencia á los manchegos; y que luego, después

de haber sufrido un largo sitio, y los reiterados ataques de un poderoso ejército castellano, fué tomado una noche por asalto, pasados á cuchillo sus defensores, y entregado á las llamas, con gran regocijo de todos los cristianos, que veian en aquel edificio un padron de ignominia para ellos, y un obstáculo para consolidar su dominacion en el pais.

Ello es lo cierto que, por los imponentes restos del vetusto castillo, se venia en conocimiento, que debió ser de una construccion muy sólida, y constituir una posicion importante, cualquiera que hubiese sido, por otra parte, su primitivo dueño.

En la época en que lo presentamos á nuestros lectores, solo servia ya para guardar los pastores sus ganados, si casualmente les sorprendia la noche por aquellas asperezas, ó para guarida transitoria de alguna partida carlista, que, momentaneamente lo ocupaba, como sitio apartado de toda poblacion, y rodeado de precipicios de difícil acceso y como

da defensa.

En aquella noche los salones bajos, únicos todavía habitables, se veían iluminados con profusión de haces de leña, colocados sobre los adornos de piedra, que á trechos se destacaban en las paredes, y que daban un sangriento color á todos los objetos.

Introducidos los cuatro jóvenes en el salón principal por el cabo de la escolta, encontraron de repente en medio de una numerosa concurrencia de personas de ambos sexos, entre las que también se hallaban sus compañeros de viaje, siendo fácil adivinar por la zozobra, que se retrataba en todos los semblantes, que los que allí aguardaban eran, como ellos, prisioneros de la facción.

Obedeciendo sin duda el cabo á una orden comunicada anteriormente, se adelantó con los suyos hasta el umbral de una puerta que parecía cerrada, pero á través de la cual se oían las descompasadas voces de varias personas, que parecían sostener entre una acalorada disputa. Hizoles entonces

tener, y les previno, que aguardasen en silencio la llegada de sus gefes, reunidos en consejo en la vecina pieza. La Condesa, tranquila y orgullosa siempre, descansó lijeramente el brazo en el de su marido, mientras Blanca se apoyó en un pedazo de columna, que yacia allí cerca por el suelo.

El Conde estaba inquieto, y Eduardo, silencioso y frio. De vez en cuando, ambos fijaban su vista con cierta espresion de angustia, que en vano trataban de disimular, sobre las dos hermosas niñas. Comprendian que se acercaba el momento del peligro, y reunian todas sus fuerzas para hacerle frente con dignidad y energía.

Este momento no se hizo esperar; la puerta se abrió con estrépito, y aparecieron en el umbral dos gefes, en cuyos uniformes se notaban las insignias de coronel, seguidos de algunos oficiales de inferior graduacion, que se colocaron en silencio á su lado. El de mas edad de los dos primeros, que era un hombre de sesenta y cinco á setenta años, de co-

lor de pergamino, pequeño, delgado, fuerte aún, apesar de su edad, y con unos ojillos grises, penetrantes y vivos, paseó su mirada con marcada satisfaccion sobre los diversos grupos que llenaban la sala, y volviéndose á su compañero, que podia tener cuarenta y cinco años, y que formaba con él un notable contraste, á causa de la obesidad de su vientre, de lo abultado de sus carrillos, de su cuello de toro, y de lo amoratado de su color, le dijo en voz breve y aguda y restregándose las manos.

—Buena caza....magnífica presa....soberbia coleccion de pájaros.... Si, como son numerosos, fueran ricos, ya teniamos hecha nuestra fortuna. Veamos la lista—y tomando los papeles que le presentó uno de los oficiales, exclamó, despues de algunos minutos de lectura.—¡Cincuenta y dos! Y entre ellos ciertos personajes de cuenta.... si no mienten las noticias.... Brabo! Los mozos merecen una doble racion de aguardiente.

—Triple, contestó su compañero con voz

cavernosa.

—Conviene ahora, que los que han caído en nuestras redes sepan lo que les aguarda, y se preparen con la debida resignacion á aceptar nuestra voluntad.

Y levantando su chillona y discordante voz, añadió, dirigiéndose á todos.

—La suerte de las batallas nos ha favorecido, y Dios, que protege siempre á los buenos, ha permitido en sus inescrutables juicios, que nuestro augusto señor y amo, el Sr. D. Carlos V, tenga servidores en la Mancha, que contribuyan al triunfo de su santa causa. Son, pues Vds., nuestros prisioneros. Quede esto sentado, y que no se olvide. Ahora bien; como en los tiempos que alcanzamos, los ejércitos hacen rapidas y continuas evoluciones, que no les permiten llevar consigo bocas perjudiciales é inútiles, ni el que tenemos el honor de mandar, posee hoy plazas fuertes donde custodiarlos, nuestro augusto señor y amo ha dispuesto, que aquellos de nuestros prisioneros, que no puedan

ofrecer un rescate pronto, seguro y de alguna importancia, sean inmediatamente fusilados, despues de recibir, se entiende, los santos sacramentos, para que mueran en las mejores condiciones de salvacion. En cuanto á las mugeres que sean solteras, ademas de su rescate, y mientras éste llega, ayudarán á nuestras honradas vivanderas á preparar el rancho á la tropa, y servir el aguardiente á los mozos. Es un servicio que les ofrecerá variedad y distraccion, y que será apreciado por ellos como se merece. Aquí, gracias á Dios, no somos escrupulosos, y todas encontrarán ocupacion. Respecto á las casadas, no se les apartará por ahora de sus maridos, porque no queremos romper violentamente el santo lazo que las une, pero si el rescate no llegare, y quedasen felizmente viudas, entonces ingresarán como las demás en el ilustre cuerpo de vivanderas, y prestarán los mismos servicios que de las solteras se exige. El precio del rescate será objeto de una detenida deliberacion que empezará ahora mismo en

el cuarto del Consejo, donde irán entrando por grupos los prisioneros, sin que antes se les permita la menor observacion. He dicho.

Y saludando con burlona sonrisa á su atemorizado auditorio, volvió á entrar seguido de su obeso compañero en el salon contiguo, quedando fuera los oficiales para organizar, por decirlo así, el desfile.

Angustiosa y terrible era la situacion de los infelices viageros. En medio de aquellos bandidos, solo tenian que esperar la muerte ó el deshonor. Conocidas como eran de toda España, la fria crueldad y la cínica depravacion de las partidas manchegas, donde solo imperaba la voluntad de unos pocos, erigidos en gefes por su propio derecho, no habia esperanza de ablandar su corazon, ni de obtener mejores condiciones de canje. Los cuatro jóvenes, entregados á tan amargas reflexiones, guardaron profundo silencio, en tanto que, iban desapareciendo por la entreabierta puerta del Consejo, los pálidos y horro-

sos semblantes de sus compañeros de infortunio.

Al fin llegó el momento de presentarse ellos; y el mismo que había mandado la escolta, precediéndoles, les introdujo en el salón, que no era otra cosa, sino un aposento estrecho, húmedo y sucio, donde junto á una mesa cubierta de papeles, botellas y vasos en confuso desorden, estaban sentados con grotesca gravedad los dos coroneles.

Al entrar, el Conde y Eduardo colocaron instintivamente á las jóvenes en medio de ellos, y procuraron ocultarlas, en cuanto les fué posible, á la vista de sus ignobles y repugnantes jueces.

El viejo de los ojillos grises fué también entonces el primero que tomó la palabra, diciéndoles con arrogancia.

—Parece que se atribuyen Vds. un nombre respetable, y que á ser cierto nos llenaría de orgullo, porque podía ofrecernos ocasion de manifestar al Marqués del Encinar todo el respeto y deferencia que nos merecen..... sus

arcas.

El conde adelantó un paso y contestó:

—En efecto, señor de.... ¿á quien tengo el honor de hablar?

—A D. Juan Batiñol, Brigadier de los ejércitos de S. M. católica el Sr. D. Carlos V, que Dios guarde, y comandante en jefe de las partidas que operan en los desfiladeros de Sierra Morena.

—Decia, pues, Sr. Brigadier, que en efecto no le han engañado á V.; estas señoritas, de las cuales la que está á mi lado es mi esposa, son hijas del Marques del Encinar, y el que dirige á V. la palabra, nacido en las Andalucias, es el Conde del Alamo, rico propietario, que tendrá un verdadero placer en sacrificar toda su fortuna, si obtiene de Vds. la promesa, de que ambas señoras sean respetadas, como tienen derecho á esperar de la hidalguía que distingue á todo militar español, de su sexo, y de su alta posicion social.

—Si en efecto son Vds. lo que dicen, me

congratulo de que hayan caido en nuestras manos. Es una fortuna de que sabremos aprovecharnos. En estas asperezas, Sr. Conde, y en medio de las privaciones de que el ejército del Rey, mi señor, está rodeado, la hidalguía española se ha ido gastando en términos que, ya no queda, sino, el recuerdo de lo que fué. Apele V., pues, á otro argumento, al del dinero, por ejemplo, y verá V. como todo se arregla amistosamente.

—Si es así, yo le doy á V. mi palabra de honor.....

—Permita V. le interrumpa. Aquí el honor es moneda que no tiene curso legal. Hablenos V. de un rescate, decente por lo cuantioso, aceptable por su pronta remision, y nos encontrará razonables.

—Hable V. é impónganos sus condiciones.

—Antes es preciso que lo consulte con mi digno amigo; espere V. un poco, y dispénosenos, si no ofrecemos un asiento á las señoras; estamos en campaña, y todo debe di-

simularse.

Esto diciendo, inclinó la cabeza al lado en que sentado estaba, dormitando al parecer, su compañero, y principió á hablar con él en voz baja y rápidamente, recibiendo de vez en cuando por única respuesta algun movimiento de aprobacion.

Mientras la consulta tenia lugar, el conde procuró dar ánimo á las jóvenes, haciéndoles comprender, que, siendo cuestion de dinero, nada habia ya que temer; pudiendo esperar con tranquilidad, el resultado de la entrevista. La condesa no parecia revelar temor alguno; contraidos los labios, con un gesto de supremo desden y de reconcentrada colera, miraba alternativamente á los Gefes carlistas, como si tratara de no olvidar sus fisionomias, para recordarlas en tiempo y lugar oportunos. Su hermana, sin manifestar tampoco ninguna debilidad, se mantenía silenciosa y con los ojos en el suelo. De vez en cuando su cuerpo se estremecía, como si un pensamiento amargo, acabara de cruzar por su

mente, y luego, volvía á quedar en la misma inmovilidad, revelando en su actitud una resignacion triste y sombría.

Eduardo callaba, colocado siempre al lado de Blanca, pero sin dirigirle la palabra cualquiera al observarle hubiera adivinado que, bajo aquella aparente calma, se encerraba una resolucion firme y decidida, que se lo aguardaba una ocasion propicia para traducirse en actos.

La conferencia de los gefes tocaba á fin: el viejo, atusándose el bigote, se sonreía con satisfaccion, y su compañero, llevando á sus labios con mano trémula uno de los vasos, que, llenos de liquido estaban sobre la mesa, bebia con lentitud su contenido; todo anunciaba que las condiciones del rescate estaban definitivamente arregladas.

—Permitáme V. dijo entonces el que habia condecorado con el título de Brigadier que interrogue á su familia, Sr. Conde, advirtiéndole á V. que, durante su interrogatorio, debe V. guardar completo silencio.

—Puede V. hacerlo.

—Recordaré antes á nuestros cuatro prisioneros, añadió el mismo, deteniendo su investigadora mirada sobre los semblantes de los jovenes, y estudiando, por decirlo así, el efecto de sus palabras, lo que en el otro salíon dije. Si el rescate no llega el día señalado, los hombres son irremisiblemente pasados por las armas, y las mujeres, colocadas en el servicio de cantineras, para que olviden allí los disgustos de su prematura viudez. En cuanto á las solteras, ya manifesté el oficio á que se las destina, sin perjuicio de ponerlas en libertad, el día en que sean canjeadas, y de respetar su virtud, si es que ellas resisten á los obsequios de tanto guapo mozo, como las asediarán, honestamente se entiende, desde que pasen al campamento. Comprendido esto, sigamos el interrogatorio, y cuidado con interrumpirme. Principiemos por V. Sra. Condesa. ¿Puede V. decirnos, donde se halla ahora su respetable papá?

La jóven interpelada hizo un violento es-

fuerzo sobre si misma, y contestó con aparente tranquilidad.

—En Madrid.

—Muy bien ¿y será posible que tenga su disposicion el dinero en que nosotros hemos atrevido á valuar tan nobles personas?

—Lo tendrá.

—¿Sea cual fuere la suma?

—Sea cual fuere.

—Eso se llama hablar poco y bien. En tal caso, pronto estaremos de acuerdo; pasemos ahora á su hermana de V. Díganos V. su nombre, señorita.

La hermosa niña levantó sus grandes ojos negros y brillantes, y los fijó con seguridad en los redondos y maliciosos de su interlocutor; al mismo tiempo, que, con su mano izquierda, tomaba la derecha de su hermana, y con su derecha, la izquierda de Eduardo; como si de esta manera implorara su mutua proteccion.

—Me llamo Blanca, caballero.

—Blanca? Gracioso nombre, y que le sienta á V. á las mil maravillas.—Voto á cien mil legiones de demonios, que es V. hermosa como un ángel, y que si yo tuviera veinte años menos.... Pero ¿á que hablar de eso? Vamos al caso; y no digamos tonterías ¿no es verdad, coronel?

El otro gefe se quitó el vaso de los labios, y contestó balbuceando y con su acento mas lúgubre:

—El dinero.... el dinero.... lo demás es necesidad.

—Es cierto, coronel, esa es tambien mi idea; y no la perderé de vista. Prosigamos, pues, díganos V., linda señorita ¿es V. soltera ó casada?

—Casada, caballero.

—¿Casada?

—Si señor, y aquí tiene V. á mi esposo.

Y pronunciando estas palabras, con tembloroso acento, levantó la mano que tenia enlazada con Eduardo, inmóvil de estupor, y le señaló á la vista del Gefe, que hizo con

la cabeza una señal de asentimiento.

—Muy bien, contestó éste, ha escapado V. á la suerte de las solteras, y tenemos ya dos títulos de Castilla bajo nuestro humilde techo. ¡Famoso lance!

—Se engaña V. caballero, replicó la joven con su dulce voz, mi esposo no es título de Castilla, se llama simplemente Eduardo Alar.

—Diantre! Algun hádalguillo de provincia.

—Nada tema V. por su nobleza, que se le pagará á V. su rescate, como si fuera el de un Príncipe.

—¿Qué dice V. á eso, caballero? repuso el Brigadier carlista, dirigiéndose al poeta.

Blanca le apretó la mano, que aun tenia entre las suyas.

Eduardo comprendió, que debia sacrificar su vanidad y orgullo, y aceptar el rescate que se le ofrecia, salvando, si era posible, á aquella hermosa niña de los peligros en que se veia envuelta; así fué, que contestó sin

atubear:

—Crea V. lo que le dice Blanca, y fije V. pronto el precio y las condiciones de nuestra libertad.

—Ese es mi deseo.

—Diga V.

—Veamos, señores; cuatro jóvenes como Vds. ricos, nobles, recién casados y con parientes poderosos y dispuestos á sacrificarse, bien pueden darnos... treinta mil duros... Eh quince mil para el coronel, y quince mil para mi. ¿Les parece á Vda. caro?

El Conde se avanzó, y se encargó de responder por todos.

—Oiga V. nuestra contestacion, y haga V. de modo que concluya pronto una escena, que afecta demasiado á estas señoras. No solo me obligo á que antes de quince dias esten aqui los treinta mil duros, si se encuentra un portador seguro, que ponga la carga en manos del Marqués del Encinar, sino que, siempre que nos den Vds. un salon, donde podamos estar lejos de la soldadesca, que

nos prometan amparo y proteccion, que nos consideren como personas de honor, y respalden y hagan respetar á estas señoras, en vez de los treinta mil duros, cuenten Vds. con cuarenta mil.

Los dos gefes abrieron desmesuradamente los ojos, y se miraron uno al otro con asombro.

—Cuarenta mil! tartamudeó el coronel olvidándose por la primera vez de llevarse el vaso á los labios.

—Si, querido; le contestó su compañero veinte mil para V., veinte mil para mi. ¡Feliz encuentro!

—Ahora solo falta la seguridad de que recibido el dinero se nos ponga inmediatamente en libertad.

—El cange se arreglará en un punto neutral, donde no haya que temer emboscadas, y en cuanto á cumplir el trato, soy hombre de palabra. Respecto á la proteccion que nos pide, corre de nuestra cuenta, y está en nuestro interés. Si nuestros subalternos su-

quieran, que cada uno de Vds. vale diez mil duros, nos robarían sus personas con el mayor descaro. Descuiden Vds. que desde este momento nosotros somos sus únicos carceleros, salvo la guardia, que vigilará á cierta distancia, y nos responderá con su cabeza, de cualquier tentativa de evasión.

—En ese caso, si me lo permiten Vds., escribiré la carta.

—Que leeremos, sino hay inconveniente.

—Estan Vds. en su derecho.

—Pues siéntese V. y escriba. Aquí hay todo lo necesario. No se olvide V. de fijar con claridad el plazo. Si de mañana en quince días no llega el dinero, ya sabe V. que son ambos fusilados, y las señoras.... ¿me entiende V.?

—No necesita V. repetirlo. Déjeme V. escribir, y busque V., entretanto, un emisario seguro, en quien tenga la mayor confianza.

—Los tenemos en todas partes. La carta llegará á su destino; yo se lo prometo á V.

—Sea enhorabuena.

Y el Conde ocupó el asiento del Brigadier, que le puso delante pluma, papel y tinta.

Mientras el jóven escribía, los dos gefes hablaron un rato entre sí, y convencidos, al parecer, en lo que acababan de resolver ambos, declararon á sus prisioneros, que era preciso separarse; que en el Castillo no habia salon que darles para habitar juntos, y que habian acordado, guardar cada uno consigo una pareja, pues segun dieron á entender, no se fiaba tampoco el uno del otro, y temian que el que los custodiara, se escapase solo con los cuatro, y se utilizara de los cuarenta mil.

Esta decision llenó de amargura á las dos niñas, que llorando se abrazaron, implorando Blanca la compasion de sus carceleros; pero éstos se mantuvieron inflexibles, repitiendo terminantemente, que nada les haria cambiar de resolucion.

El Conde les preguntó si estarian todos en

el mismo campamento, cuando llegase el rescate, y ellos se lo prometieron así, indicandoles, que no se opondrían á que en ciertos momentos, se vieran los cuatro á presencia de ambos gefes, supuesto que habian de habitar aquel mismo Castillo, aunque en distintos departamentos.

—En cuanto á mi, dijo el Brigadier, me llevo á Blanca y á su marido, y prometo cuidarlos en razon de su valor.

La Condesa abrazó de nuevo á su hermana y la dijo con entereza:

—Seamos mas grandes que nuestro infortunio: y acuérdate de quien eres.

El conde dejó la carta, y vino á estrechar las manos de su cuñada, profundamente conmovido.

Entretanto, el Brigadier, interrumpia la despedida diciéndoles:

—Basta de llantos, señores, que nadie va todavía á ser ahorcado. Si el dinero llega, todo concluirá como fiesta de Pascua. Acabe V. la carta, Sr. Conde, mientras conduzco á su

encierro á mis dos nuevos amigos. A mi vuelta, que será dentro de un cuarto de hora, traeré el hombre que ha de llevar el mensaje, y á quien daremos de comun acuerdo, nuestras instrucciones. El coronel será desde este momento su gefe y el de su esposa, y recomiende V. á ésta, que deje para ocasion mas oportuna el deseo de venganza que leo en sus ojos.

Y mirándola con sarcástica sonrisa la saludó é hizo señas á Blanca y Eduardo de que salieran.

La Condesa, sin bajar sus ojos, tornó á mirarle, impregnando su pupila de cuanto desprecio caber puede en el corazon de una mûger, y estrechando furtivamente la mano del poeta, como si le dijera con esta presion «fio á V. el honor de Blanca, cuídela cual si fuese su hermana,» se enjugó una lágrima, que á su pesar asomó á sus frias mejillas, y fué apoyarse con dignidad en el respaldo del sillón, donde habia vuelto á sentarse su marido, para concluir la principia-

da carta.

El ruido de los pasos del Brigadier, y el de los dos improvisados esposos, se fué alejando insensiblemente, hasta que se perdió del todo; en tanto que, el Coronel, seguía bebiendo siempre, aunque sin perder ya de vista á los prisioneros, que le habían tocado en Iote.

El recuerdo de los veinte mil, había disipado completamente su embriaguéz.

---

## CAPÍTULO VII.

### LA PRISION.

Desde la salida del cuarto, Blanca, enjugando sus lágrimas, habia vuelto á apoyarse en el brazo de su supuesto marido, como el único sosten que en aquella situacion excepcional tenia; y Eduardo, sin atreverse aún á pensar en las consecuencias de tan rara aventura, pero sintiéndose noble y dignamente orgulloso de la confianza que habia llegado á inspirar, juraba interiormente sacrificar mil veces su vida, por salvar el honor de la niña, que de aquella manera, y sin conocerle, se habia fiado de su lealtad.

El gefe les seguia en silencio, acompañado de una numerosa escolta, que á una señal suya se habia destacado del batallon, que daba aquella noche la guardia al campamento.

De esta manera atravesaron dos o tres patios, llenos de escombros, y se detuvieron al pié de una torre cuadrada, que aun se conservaba en pié, y á donde apenas llegaba el rumor de los soldados, entregados á una vergonzosa orgía en la esplanada del Castillo. El Brigadier sacó de su bolsillo una enorme llave, abrió la puerta, cubierta todavía de fuertes planchas de hierro, y tomando un hachon de manos de un soldado, entró en la pieza, que era la que ocupaba el piso bajo de la torre.

Era este aposento, una habitacion abovedada de forma octógona, de poca altura, y que podia tener cinco varas de largo por cinco de ancho, con unas estrechas troneras, abiertas en el espesor de las paredes. Á un lado, y formando espiral, arrancaba una escalera de piedra, que conducia al segundo piso, igual en un todo al bajo, y de éste al tercero, idéntico á los dos anteriores. De modo, que eran tres piezas, enteramente iguales, y con la única diferencia, de que las

troneras de los pisos superiores, estaban cubiertas interiormente con unas tablas, que impedían penetrar, cuando se quería, la luz y el aire exterior.

La tercera pieza, como que era la última, parecía un poco mayor, por cuanto el hueco, que en las otras ocupaba la escalera, y que terminaba allí, lo ganaba ella en extensión.

En el piso bajo, dió orden el Gefe de que se instalara la guardia, comunicándole en secreto, las que creyó oportunas para la vigilancia de los prisioneros; y en seguida, precediéndoles el mismo, abrió la segunda puerta, y entraron los tres solos en el aposento superior, donde el Brigadier se detuvo.

—Voy á conducir á Vds. al tercero, y último piso de esta torre, que es el que yo habito, y en el que encontrarán dos sillas, una mesa y un lecho de campaña. Es todo lo que aquí puedo ofrecerles. Por mi parte me instalo en éste, donde haré traer un ger-

gon que es lo que necesito, para pasar esta noche, y las sucesivas, mientras tenga el honor de ser su guardian.

—Si V. me lo permitiera, observó tímidamente Eduardo, solicitaría el favor de dejar á Blanca en el piso alto, é instalarme yo con V. en este aposento.

—¡Diantre! tan jóven, y ya quiere V. dejar sola á su esposa?

—No es que la quiera dejar sola, repuso el jóven, sin saber como esplicarse, sino qué, como esto es tan pequeño, y tan incómodo.....

—A su edad de V., todo aposento es bueno, cuando se halla iluminado por una sola de las miradas, que brotan de esos bellos ojos. No estoy acostumbrado á cumplimientos ni á lisonjas, ni me dejo facilmente impresionar, pero voto al chápiro, que niña mas linda que su esposa de V., no creo que se pueda hallar en este mundo.

Blanca, encendida como la grana, se ocultó detrás de Eduardo

—Nada tema V. señorita, continuó el viejo diciendo, esto es pólvora en salvas, pero me estraña que su marido, no sea con V. un poco mas galante.

—Crea V. que solo el deseo de que esté mas libre....

—No insista V., caballero, no puede ser lo que V. pide. En primer lugar quiero que les separe á Vds. de la guardia, dos buenas puertas; en segundo, que no duerma V. junto á mi, no sea que se le ocurra alguna noche estrangularme; y en tercero, que yo recibo aquí á mis oficiales, y entro y salgo á cada instante, y no puedo consentir que oiga V. las noticias que me traen de las órdenes que les comuníque. ¿Está V. satisfecho.

El jóven bajó la cabeza y no respondió.

—Ea, pues, suban Vds., que la puerta está abierta.

Blanca, temiendo que el viejo se ofendiese, si insistian en desobedecerle, ó que advinase la superchería del casamiento, si se

prolongaba el diálogo, se lanzó á la escalera y principió á subir.

Eduardo se dispuso á seguirla, mientras el Brigadier añadió:

—Por esta noche nada puedo ofrecer á Vds. de cenar. Mañana procuraré reparar esta falta. Cuando deseen Vds. hablarme; tiren de un cordon, que está junto á mi cama, y que comunica con el cuerpo de guardia. A los cinco minutos me tendrán á su lado. Buenas noches.

Esto diciendo, les acompañó hasta el umbral, les entregó una vela de sebo, que ardia en el cuello de una botella vacia, les cerró la puerta por fuera, y tornó á bajar, dejándolos solos.

Ya hemos descrito la pieza. Ahora solo nos resta añadir, que en el ángulo que estaba enfrente de la puerta de entrada, se veia un pequeño lecho, una mesa y una silla groseramente tallada; y junto á la tronera del medio dia, un sillón, que en otro tiempo tuvo asiento de terciopelo, pero cu-

yo primitivo color, era imposible ahora ad-  
vinar.

Eduardo colocó en silencio la luz sobre  
la mesa, y dejó caer la capa y el sombrero  
sobre la silla, permaneciendo respetuosamente  
en pie. Blanca se sentó en el borde  
de la cama, tendió la vista á su alrededor,  
levantó sus ojos á la bóveda de piedra, que  
parecía querer desprenderse de su lecho  
de granito, y gruesas lágrimas, agolpándose  
lenciosamente á sus ojos, inundaron  
su rostro.

El jóven no se atrevió á consolarla. Com-  
prendiendo mejor que ella los peligros que  
corrian, y no queriendo infundirle esperanzas  
ilusorias, dejó que se calmara por  
sí mismo su dolor, y que ya mas tranquila  
aceptara con todas sus consecuencias  
esta posicion estraña, que ella misma se habia  
impuesto.

La reaccion vino, en efecto; las lágrimas  
cesaron un poco, y solo un estremecimiento  
febril, que de vez en cuando la agita-

ba, reveló en ella, la emoción interior que sentía.

Entonces se puso en pie, y acercándose á Eduardo, que la contemplaba en silencio, exclamó con acento febril.

—Perdone V., caballero. El terror que las palabras de ese hombre me inspiraron, me han hecho olvidar el compromiso en que ponía á V., si se descubriese la verdad.

—¡Perdonarla yo! repuso el jóven, sin poder dominar su emoción, yo, que daría por V. mi vida entera... Blanca, permítame V. que la nombre así, Dios ha querido que el amigo de pocas horas, sea para V. el hermano que la proteja, el padre que la consuele, la madre que la ame, nada tema V. hermana mia, está V. bajo la salvaguardia de mi honor.

—Oh, exclamó la niña con un acento lleno de candorosa confianza, nada temo mientras estemos solos, pero si ese hombre averigua mañana la verdad, y nos separa. Si fuémoso porque le hemos engañado, amenaza fu-

silar á V., y me arroja sin piedad en medio de esa brutal soldadesca.—Dios mio, Dios mio, primero morir.....

—Calmese V. eso no sucederá, el afán del lucro es el mejor escudo de su vida de V. y de su honor.

—Lo cree V. así, ó dice V. eso por consolarme.

—Estoy seguro de ello; ese hombre nada gana con ofender á su familia de V, y puede ganar mucho, con seguir la conducta que hasta ahora ha observado.

—Mis presentimientos no me engañaban. Cuando emprendimos este malhadado viaje, un instinto secreto me decia, que iba á decidirse el destino de mi vida, pero jamás pensé que habia de arrastrar conmigo y por mi causa, el de otra persona inocente.

—Olvida V., Blanca, que, uniéndome de esta manera á su destino, me eleva V. á una altura, que yo nunca hubiera podido soñar. Tampoco reflexiona V., que, prisionero de los facciosos, sin culpa de V., nunca me hu-

biera sido posible pagar mi rescate, por médico que fuera; soy pobre... muy pobre, no tengo mas, que mi inteligencia y mi honradez. Créalo, V. Blanca, sin V. hubiera sido irremisiblemente fusilado.

—Y yo, deshonrada para siempre.

—El deseo de ser á V. útil, debe existir muy poderoso en mi corazon, cuando ha hecho callar mi orgullo, y que acepte en silencio, la suma inmensa en que he sido taldado por esos bandidos, creyéndome equivocadamente su esposo.

—Es lo menos con que podíamos manifestar á V. nuestro agradecimiento.

—Ese dinero pesará eternamente sobre mi conciencia.

La niña se estremeció, y mirándole con una timidez encantadora, contestóle:

—Debe V. estar arrepentido del ridículo papel que le hago representar.

—Blanca, calle V. por Dios, y nunca esa idea, halle cabida en su pensamiento. ¿No le he dicho á V. ya, una y otra vez, que mi vi-

da es suya?

—Gracias, murmuró ella, bajando los ojos; y volvió á sentarse sobre el borde de la cama.

Eduardo dió en silencio dos ó tres paseos por el reducido aposento, se detuvo á escuchar junto á la puerta, se acercó á las troneras, para ver si estaban bien cerradas, y convencido de que se hallaban en aquel momento solos, y en completa seguridad, se dejó caer en el sillón, y ocultó el rostro entre sus manos.

Estraña, comprometida y escepcional, era en efecto la situacion en que se encontraba. Jamás en sus sueños de poeta, habia llegado á imaginarse siquiera una aventura igual.

Sin embargo, preciso es confesarlo, ni por un instante, una idea, que no fuese digna, pura y noble, vino á manchar su pensamiento.

Así permaneció un largo rato, hasta que, acercándosele de nuevo Blanca, que con in-

quieta curiosidad le habia seguido con la vista, y á quien alarmaba su silencio, le preguntó, si abrigaba algun nuevo temor.

-Por ahora creo que no vendrán á molestarnos, contestó él, volviendo á ponerse en pie, pero no puedo apartar de mi imaginacion, la serie innumerable de privaciones é incomodidades, que en este reducido aposento va V. á pasar; las pequeñas torturas, que necesariamente tendrá V. que sufrir, sin personas que la sirvan á su gusto, sin ropas, sin tocador, sin un lecho aseado y decente donde descansar, sin poder dar un paseo, sin ver su familia....

-Todo eso puede llevarse con paciencia, ya lo sabemos al llegar aquí, respondió ella con dulce resignacion, además, V. me padece muy mal. Cree V. que porque he nacido en noble cuna, no he de resignarme á abandonar ciertas superfluidades á que estoy acostumbrada. Cierto es que estariamos mejor en otro sitio ¿pero no podiamos tambien estar peor? Muclias de las personas con quie-

nes hemos viajado esta mañana, ¿no envidiarían nuestra suerte si la conocieran?

— ¡Y la molestia que le causa á V. involuntariamente mi presencia!

Blanca se sonrió, como deben sonreirse los ángeles, y bajando la voz y los ojos contestó:

—V. no me hace el agravio de creer eso ¿no es verdad?

—Ah, no, no, porque es V. una santa y noble criatura.

—No me haga V. vanidosa con sus inmerecidos elogios. Déjeme V., tal cual soy, y tal cual seré siempre, es decir, una pobre joven, educada en una quinta solitaria, con honores de Castillo, sin madre, sin trato social, sin ilustracion, leyendo lo que ha encontrado á mano, obedecida de dueñas y criados, y visitando una vez al año, en la temporada de Semana Santa, la capital de las Andalucías y su magestuosa Catedral.

—De modo, señorita....

—De modo, caballero, que hace V. mal

© Der docu... Digitalización realizada por U.P.G.C. Biblioteca Universitaria, 2006

en elogiarme, y peor aun en pensar que, teniendo yo la culpa de que esté V. a mi lado, pueda ser tan poco agradecida, que me ofenda su presencia.

—Esas palabras me tranquilizan.

—Además, añadió ella, ¿no ha hecho V. todo lo posible por quedarse con nuestro carcelero?

—En efecto....

—Le confieso á V., continuó, que, apesar de que comprendia, y le agradezco, ese sentimiento de delicadeza, que me revelaba bajo un nuevo y favorable aspecto su carácter, y aunque adivino lo inconveniente de nuestra actual situacion, habiera sentido miedo al hallarme sola en este aposento, figurándome, que habrian de abrirse esas paredes, y salir de ellas tragos y fantasmas; al paso que, con V. me parece que me acompaña mi hermana, y que voy á dormirme protegida por mi ángel custodio.

El jóven lanzó un suspiro de satisfaccion, miró con inefable dulzura á la niña, y tomán-

dola una mano, exclamó:

—Tiene V. razon, Blanca, está V. leyendo en mi corazon, como en un libro abierto. A su cabecera va á velar desde hoy un amigo, que sabrá corresponder á la confianza que ha tenido la dicha de inspirarle.

Diciendo esto, y sintiendo la mano de la jóven, helada entre las suyas, por efecto sin duda del frio que se dejaba sentir, y que parecia brotar de aquellas cuatro murallas, la rogó que descansara, vestida así sobre la cama, hasta que al siguiente día, le pidieran á su carcelero la maleta de viaje, y se proveyeran de todo lo necesario, á fin de arreglar unas cortinas á aquel desnudo lecho, con lo demas que fuera indispensable para hacer menos molesta la prisión.

Blanca, obedeciéndole con sencilla y afectuosa solicitud, se despojó del capuchon que le cubria la cabeza; se sujetó con un pañuelo los abundantes y negros rizos, que en ondas le caian por la espalda y cuello, y siguiendo, sin vacilar, las instrucciones de Eduar-

que la guiaba como el ayo al niño, se recostó sobre el duro lecho de campaña, oró en silencio un breve rato, y en seguida, apoyando su cabeza sobre la almohada, se volvió hacia el lado donde brillaba la luz, colocó su mano derecha debajo de su ahoyada mejilla, dejó caer la izquierda sobre la manteleta de abrigo, y ocultando sus diminutos piés, bajo la pesada orla de su vestido de paño, levantó sus grandes ojos, que, en la media oscuridad del cuarto, parecían mas negros y brillantes, y los, fijó en su compañero, que, con su capa en la mano, se disponia á estenderla en forma de manta á sus piés.

—Permitame V. que no lo consienta, exclamó ella con acento de profunda gratitud; yo no tengo frio, y V. se queda sin abrigo.

—Mientras estemos aquí, me debe V. obediencia, replicó él sonriéndose, por lo tanto, será preciso cullar y obedecer.

—Pero....

—No ve V. que con mi gaban me basta y sobra para pasar la noche?.... Mire V., añá-

dió rodando el sillón, y colocándolo cerca de la cama, aquí me siento yo, desde aquí la veo á V., y estoy al mismo tiempo á su lado, y cuando la luz se apague por si misma, si está V. aun despierta, ningun sentimiento de temor, vendrá á atormentarla, porque al menor ruido sospechoso, con solo tender su mano, encontrará la mia, y oirá mi voz. ¿Le agrada á V. así?

—Preciso es que me agrada, porque no quiero parecer inotédiente.

—Descanse V., pues, y sueñe aquello que la haga mas feliz. El sueño es el olvido de nuestros males.

—Adios, murmuró ella, y que la virgen de los desamparados se acuerde de nosotros; y dejando caer lentamente sus párpados, cerró los ojos, y poco despues, quedaba al parecer, profundamente dormida.

Eduardo permaneció despierto, mientras la luz iluminó la torre.

De vez en cuando dejaba vagar su mirada sobre el rostro de la niña, que, bajo la

improvisada cofia y en medio de su inmovilidad, se destacaba, tan graciosamente lindo, que el pobre jóven deslumbrado, cerraba también sus ojos, por no verla tan hermosa. Dibujábase sobre los entreabiertos labios de Blanca, una sonrisa imperceptible, escapándose su aliento, suave y perfumado, con el movimiento igual de su respiracion, haciendo oscilar cadenciosamente, bajo su casto seno, su elegante capa de abrigo.

Eduardo, al fin, obligó á sus ojos á cerrarse; y dormido ó despierto, no los volvió á abrir en el resto de la noche.

---

## CAPITULO VIII.

### CONFIDENCIAS.

Principiábase á filtrar la luz del nuevo día por entre las mal unidas tablas, que cubrían las troneras del piso alto de la torre, cuando, poniéndose en pié nuestro poeta, y procurando no hacer ruido, se acercó á la puerta de su encierro, donde le habia parecido oír pisadas, y se detuvo á escuchar con ansiedad. Pero, ó su oído le engañó, ó la intensidad del sonido era muy ténue, para atravesar la espesa capa de encina, que formaba dicha puerta. Convencido de su equivocación, iba ya á retirarse, cuando sintió á su lado á Blanca, que habia despertado al mismo tiempo, y venia á imponerse inquieta, de la causa que motivaba su investigación.

Tranquilizóla, Eduardo, en breves palabras, y juntos se acercaron á la tronera del

mediodia, que dominaba el campamento, y desde la cual creían, sería posible seguir á la luz del sol los movimientos ulteriores de los facciosos.

La tronera estaba muy elevada, de modo que Eduardo tuvo que subirse al sillón, para conseguir levantar la especie de ventanillo, que por dentro la cerraba. Quitado este obstáculo, un pálido rayo de sol penetró en el aposento, iluminando sus negras paredes y la bóveda, y disipando la oscuridad, que aumentaba el triste aspecto de la prision.

Desde aquel elevado sitio descubriase á lo lejos y sobre la vertiente de una montaña, que corria paralela, á la que servia de asiento al castillo, un espeso bosque de encinas; mas cerca, una hondonada, cuya profundidad no se alcanzaba con la vista, servia, por decirlo así, de foso al campamento; sobre la explanada ó llanura, que precedia al edificio, las tiendas de los carlistas, en confuso desorden, aparecian balanceadas por el viento, que continuaba soplando con violencia; y

en los patios, varios grupos de personas, diversamente vestidas, circuaban en continuo movimiento, distinguiéndose entre ellas algunos aldeanos de la sierra, con canastos llenos de frutos del país.

Después de un momento de inspeccionar el jardín, el joven, dejó la tronera, y saltando ligeramente al suelo, y acercando por sí mismo la mesa á aquel sitio, invitó á Blanca á que subiera, aunque no fuese mas, que como medio de distracción.

Sobre la mesa se alcanzaba con comodidad al ventanillo, y Blanca, sin hacerse rogar, aprovechó aquel instante de inocente placer, que se le presentaba, y estuvo un largo rato recorriendo con la vista el curioso panorama, que se extendía á sus piés.

No era sin embargo un vago sentimiento de curiosidad, el que la habia impulsado, y detenida en aquel sitio; otro mas noble la sostenia y animaba, y era la esperanza, casi imposible, de descubrir en alguna ventana, ó rejilla, el semblante querido de su hermana.

Largo rato transcurrió, sin que se decidiera á abandonar su observatorio, hasta que, comprendiendo lo absurdo de su desco, se decidió á bajar, enjugando tristemente una lágrima, que el recuerdo de su aislamiento le arrancaba.

En esto, un ruido de pisadas y de voces le dejó oír bien claro en el piso inferior, que distrajo á ambos de aquellas ideas, trayendo á su memoria otras lo menos tristes.

Blanca, por un movimiento instintivo, se acercó á Eduardo, y se cubrió la cabeza con su capucha, ocultando los rizos, que habia dejado flotar libremente, desde que abandonó el lecho.

—Parece la voz de nuestro carcelero, dijo temblando.

—En efecto, creo reconocerla....

—Si nos permitiera ver á mi hermana....

—Se lo suplicaré.

—No; mejor será que yo se lo ruegue.

—V.?... ¿suplicar á ese bandido? Déjeme

V que yo lo haga: él no puede ofenderme con sus modales, con su lenguaje, ni con sus negativas.

—¿Cree V. que nos niegue ese favor?

—Todo es posible.

—Me parece que suben.

—Sin duda es él, que viene a darnos los buenos días, y a recordar, al vernos, sesenta y veinte mil duros.

—Tengo miedo ....!

—Valor! y no olvide V., que para hacerle la menor ofensa, es preciso que me arañen de su lado.

Diciendo esto, una llave dió vuelta en la cerradura, y la pesada puerta se abrió hacia adentro, dejando ver en el dintel la arrogante y astuta fisonomía del Brigadier, que adelantando con su siempre sarcástica sonrisa la cabeza, y recorriendo de una rápida ojeada el aposento, detuvo al fin sus ojos sobre el grupo, que junto á la mesa formaban sus dos prisioneros.

—Supongo, dijo, sin avanzar un paso, que

la noche se habrá pasado bien. Sin embargo un poco de hambre y otro poco de frío no habrá faltado... ¿Eh?

—Males son esos, contestó Eduardo, que no son de extrañar en una prision.

—Me agrada esa conformidad. De ese modo, nunca tendremos ocasion de reñir; pero vamos al caso, que tan temprano me trae por acá. Al pié de esta torre hay un patio murado, que en otro tiempo parece fué jardin, y que aun conserva algunos árboles; es un sitio seguro y que tiene una buena puerta; digo esto, porque, mientras se prepara el almuerzo, que se arreglará en mi cuarto, doy permiso á Vds. para que se paseen á su gusto en ese patio, y conserven así de mí, y de mi encierro, un recuerdo mas agradable.

—Gracias, contestó Eduardo, por ese favor, que agradecemos en todo lo que vale; y ya que tan galantemente desempeña V. su papel de carcelero, permítame que le dirija dos plicas.

—Hable V....

—Esta señorita... es decir, mi esposa, desea naturalmente tener noticias de su hermana, y, si es posible, verla hoy algunos momentos.

—Imposible... imposible; mi compañero ha salido á una expedición lejana é importante, y no volverá antes de tres á cuatro días; pero prometo á Vds., que cuanto regrese, no dilataré un minuto la deseada entrevista, se entiende, siempre que él no manifieste oposición alguna. En cuanto á su salud, pueden estar Vds. tranquilos, porque es inmejorable; la acabo de ver hace pocos instantes, y me encarga la lleve sus recuerdos.

—Ah, caballero, exclamó Blanca sin poderse contener, y avanzándose hácia el viejo soldado, dígame V. de mi parte, que estoy mas tranquila, que no abrigue por mi temor alguno, y que solo quisiera poderla estrechar entre mis brazos.

—Si es por eso, contestó riéndose el Brigadier, yo puedo llevarla el abrazo y traer

© Del documento, los a D.S. Digitalizado por U.P.E.L. Biblioteca Universitaria, 2006

à V. otro de su parte.

Blanca se puso encarnada hasta los ojos, y retrocedió llena de miedo.

—Vamos, no se vaya V. á enojar por una broma, y veamos la segunda peticion.

—La segunda, repuso Eduardo, disimulando apenas la indignacion que le habia producido la soldadesca chanza de su interlocutor, es que dé V. las oportunas órdenes, para que la maleta de viaje de esta Señora, sea trasladada á este aposento, y pueda servirse de su contenido, mientras permanezca en él; bien entendido que la persona á quien le haya tocado en suerte, en nada se perjudicará, por ese préstamo momentáneo, pues todo volverá á quedar aquí á su disposicion.

—No veo dificultad alguna en acceder á ello, tanto mas, cuanto que ese bulto es mio y puedo disponer de él á mi antojo.

—Le repetimos á V. las gracias.

—Arreglado eso, bajemos, si le parece á Vds. al jardin, mientras preparo el almuerzo.

y hago traer la maleta.

—Estamos á su disposicion.

Y Eduardo, tomanlo su capa y su sombrero, y cuidando de que Blanca se resguardara bien del aire frio de la mañana, bajó con ella, precedidos del Brigadier, las dos escaleras, que en breves instantes los condujeron al piso bajó, donde estaba aposentada la guardia. En este mismo salon se abria la puerta, que guiaba al jardin, practicada en el espesor del muro, y cuyo jardin, no era otra cosa, que un largo patio, cubierto de escombros, sembrado á trechos de algunos grupos de árboles centenarios, y contemporáneos tal vez de los árabes, y circundado de altísimas murallas, que por aquella parte se conservaba aun intactas.

El viejo no pasó del umbral, disculpándose con sus muchas ocupaciones. Despidióse, pues, para de allí á una hora, cerró cuidadosamente la poterna, se guardó la llave, encargó la mayor vigilancia á los centinelas y se alejó en seguida tarareando una antigua

y obscena cancion.

Eduardo y Blanca volvieron á quedar solos, pero no yá, bajo la angustiosa presion de cuatro paredes y un techo de piedra, sino en medio de una estensa esplanada, respirando el aire libre de las montañas, y entre el espeso follage de los árboles. Su situacion hubiera sido por muchos envidiada.

Durante cerca de dos horas pasearon ambos en todas direcciones el jardin, descansaron al pie de sus mutiladas y secas fuentes, y midieron con la vista la altura de sus murallas, y las de la torre que les servia de encierro

Blanca, ya mas tranquila, habia recobrado con el aire puro que allí se respiraba, los brillantes colores que prestaban á sus redondeadas mejillas el blanco mate de su tez, y el suave sonrosado de la juventud. Objeto de los continuos cuidados de Eduardo, y de sus mas respetuosas atenciones, parecia aun estar en la casa de sus padres, sin que peligro alguno la amenazara, ni estrañas

personas influyeran en su destino. La conversacion, amena é instructiva siempre de su fingido esposo, le producía un encanto indefinible, oyéndola á cada momento con creciente interés; porque, ya él con cadencioso acento, le recitaba una poesía, ya con fácil estilo y sencilla entonacion le contaba una leyenda, ya, remontando de su elocuencia el vuelo, le recordaba la pasada grandeza de los Arabes, que habian pisado aquellos mismos sitios, y dejado por do quiera, sobre su querida España, la huella de su genio, de sus brillantes proezas, y de sus nobles infortunios.

Cuando, apesar de todo, el recuerdo de su situacion le arrancaba algunas lágrimas y la tristeza invadia su rostro, el jóven se apresuraba á dejarla sola, y recorria el recinto amurallado, examinando, sin intención determinada, su espesor y altura, ó se acercaba á la poterna á escuchar el acompasado andar del centinela, que dentro de la torre vigilaba.

Al fin, apareció de nuevo su carcelero, y les invitó á subir, anunciándoles que el almuerzo les esperaba, y dando manifiestas señales con sus bruscos movimientos y el balbuceo de sus palabras, de no haber escaseado sus libaciones matutinas.

Hallábase servido el almuerzo en la salita que se habia reservado el Gefe carlista, y que seguia inmediatamente á la que ocupaban los prisioneros, componiéndose dicho almuerzo de algunos platos muy bien condimentados, flanqueados por algunas botellas de esquisitos vinos españoles.

El Brigadier ocupó el sitio de honor, y Blanca y Eduardo los asientos laterales.

Con estrañeza observaron los jóvenes, que nadie se hallaba en el aposento para servirles, y ésta se aumentó, cuando su huésped les añadió sonriéndose, que no consentiria, mientras allí estuviesen, que nadie se les acercára á hablar.

—¿Tan poca es la confianza que le inspiran á V. sus subalternos? preguntóle

Eduardo.

—Debe V. saber, que el mas honrado podria sin escrúpulo hallarse hoy en galeras.

Blanca se estremeció, y miró hácia la puerta, que intencionalmente habia quedado abierta, y por la cual ascendia el confuso rumor de los soldados.

—Y los pícaros no tienen mal gusto, continuó diciendo, porque ya han observado la linda moza que guardan. Pero, no haya miedo que se propasen; ahí es nada lo de los veinte mil duros. Diantre, semejante suma no me deja dormir. Solo el pensamiento de que he de ser dueño de tal tesoro, me hace descuidar completamente los intereses de S. M. el Sr. D. Carlos V.

—El rescate no se hará esperar, replicó Eduardo, pero confiamos en que las Señoras continuarán siendo atendidas y respetadas, cual si fueran esposas ó hermanas de Vds.

—Repito á V. que esté sin cuidado. No

dia tocará la niña, salvo que lo del dinero salga filfa, porque entonces no daría yo un maravedí por V. ni por ella.

—Si la carta llega á su destino, se atrevió Blanca á contestar, mi padre envía esa suma.

—Eso es lo que yo deseo, porque este papel de carcelero me es absolutamente antipático, y no está en mis hábitos y costumbres. Si se tratara de fusilar, ya sería otra cosa, aunque fuera lástima que nos viéramos obligados á llegar á ese extremo.

—Sea cual fuere el destino que nos aguarda, sabremos sufrirlo con resignación.

—Lo mismo dice su hermana, pero no con la dulce voz y gentil fisonomía, que hace tan agradable la conversacion de V., sino con una arrogancia sin límites y una fiereza indomable; si su carcelero no estuviese siempre ébrio, no lo pasaría muy bien.

—¿Corre algun peligro? repuso Blanca abustada.

—Ninguno, contestó riéndose el Brigadier, porque sus alardes de fuerza no tienen mas testigos que las paredes, ó el sargento Mochuelo, que lo oye todo impasible.

—No olvide V. su promesa de reunirnos á todos un breve rato, cuando las circunstancias lo permitan, dijo entonces Eduardo, procurando distraer la atencion de Blanca, y dar á sus ideas una direccion contraria.

—Allá veremos cuando llegue el caso; entretanto paciencia, y olvidemos las penas añagándolas en líquido. A la salud de mi hermosa prisionera.

Y levantando una gran copa llena de vino la apuró de un solo trago, con la visible intencion de no escasear los brindis; pero viendo que Eduardo no bebía, cojió otra copa, la llenó hasta los bordes, y entregándosela esclamó:

—Vamos, ayúdeme V. á vaciar estas botellas, y deje V. su sentimentalismo para mejor ocasion.

—Nunca bebo.

—Diantre! Esto es inaudito! Un jóven que no bebe! ¿Quién le ha educado á V.?

— Yo mismo, caballero.

—Pues bien, yo enmendaré esos defectos y ya verá V. si es cosa buena.

—Escúseme V.; tengo al vino una repugnancia invencible.

—Ah, ya... prefiere V. algo mas fuerte.... es natural; á mi me sucede lo mismo... voy á buscarlo ... no se muevan Vds... De todos modos, si intentaran salir, hay orden de encañonarlos en las bayonetas.

Y pronunciando tan amables palabras, bajó tambaleándose la escalera, que conducia al piso bajo, y desapareció.

Tan pronto sus pasos dejaron de oirse, Eduardo cojió á Blanca por la mano, y la hizo subir al cuarto y encerrarse en él, apesar de la repugnancia que ella manifestó de abandonar á su amigo á los peligros que la intemperancia del gefe carlista, podia ofrecer; pero habiendole prometido ser prudente, y detenerse lo menos posible lejos de su vis-

ta, tornó á bajar, y se sentó junto á la mesa, esperando el resultado de aquella improvisada orgía.

Media hora tardó en aparecer de nuevo el Brigadier, y cuando, al fin, sus espuelas resonaron sobre las losas del pavimento, y apareció en el cuarto, la embriaguez había llegado á su último periodo. Detúvose un instante, apoyado en la pared, tartamudeó algunas palabras ininteligibles, se dejó caer sobre la silla mas próxima, cruzó los brazos, é inclinó la frente, que rebotó en la mesa con estrépito.

Cinco minutos despues dormia profundamente.

Eduardo esperó algunos instantes, y convencido de que el sueño y la embriaguez eran una verdad, se levantó muy despacio, atravesó el cuarto lentamente, y sin hacer el menor ruido, subió la escalera que conducía al suyo, entró, y cerró la puerta cuidadosamente por dentro.

Solo entonces respiró.

## CAPÍTULO IX.

### PROYECTOS.

Durante la media hora que Eduardo estuvo separado de Blanca, ésta había abierto la maleta, en donde nada felizmente faltaba, y había cambiado de vestido, teniendo el placer de encontrar en su neceser de viaje, todo lo indispensable para el tocador.

Al entrar Eduardo, se sorprendió agradablemente viendo aquella transformación, tanto mas útil y conveniente, cuanto que el vestido de la noche estaba aun húmedo del agua de lluvia, que en el tránsito había recogido.

Luego que se hubo informado de la situación en que su carcelero quedaba, se tranquilizó un poco, sinó por el porvenir, por el presente al menos: y mostróle á Eduardo algunos libros, que en el fondo de

la maleta venian, y que en aquellas circunstancias eran de un valor inapreciable. Tomólos con avidez el jóven, y encontró en confuso desórden, mezclados con tomos del Flos sanctorum, otros de comedias de Lope de Vega y Calderon, el poema de la Jerusalem en italiano, las primeras poesias de Lamartine y Victor Hugo, en francés, y dos ó tres novelas de Walter Scott y de Fenimore Cooper, en inglés.

—¿Sabe V. cuatro idiomas? preguntó admirado Eduardo, luego que acabó de recorrer los rótulos de los tomos.

Blanca se sonrojó, y contestó sonriendo.

—El francés y el italiano los entiendo bien, y los hablo mal; pero el inglés solo puedo aun leerlo y traducirlo con mucha dificultad. ¿Lo sabe V.?

—Lo suficiente tambien para entenderlo.

—Pues lo estudiaremos juntos. Es un medio de distraccion, que el cielo nos envia en medio de nuestra soledad. ¿Aprueba V. mi plan?

--No solamente lo apruebo, sino que espero recibir lecciones, y aprender lo que no sé.

—¿Se burla V.?

—Libreme el cielo, Blanca.

—Y como cree V. que pueda yo enseñarle....? á V.... á un periodista... á un poeta.... á un hombre que conoce nuestra literatura antigua y moderna con tanta perfeccion.

—Pero no conozco el inglés; veamos, siéntese V. aquí,—y la hizo sentar en el sillón, tomando la silla para si, aquí tenemos á Scott y Cooper, elija V., y demos principio á nuestras lecciones.

—Si me deja V. la eleccion, aunque me gusta mucho Cooper, elijo á Scott. ¿Ha leído V. su Ivanhoe?

—No en inglés, ni con V.

—Pues aunque su lectura sea muy difícil para nosotros, por las locuciones escocesas que con frecuencia emplea, esa será la obra elegida.

—Aquí está; tome V. el tomo y lea. Quiero oír de su boca los infortunios de la pobre judía.

Blanca tomó la novela, y con una pronunciación bastante correcta principió á leer en su idioma el magnífico poema de Sir Walter, honor y gloria de la literatura contemporánea.

A medida que avanzaba en su lectura, su rostro se animaba, brillaban sus hermosos ojos con dulce resplandor, y su voz, tímida y vacilante al principio, recobraba las puras y argentinas inflecciones, que la hacían tan seductora y simpática.

A esta lectura, sucedió luego, cuando Blanca se sintió cansada, una de las más bellas armonías de Lamartine, *Le lac*, que Eduardo leyó de una manera inimitable.

Al llegar á aquella estrofa:

Aimons donc, aimons donc! de l'heure fugitive

Hatons nous, jouissons!

L'homme n'a point de port, le temps n'a point de rive,

Il coule, et nous passons!

Su voz tembló, y el alma del poeta, animando su fisonomía, pareció comunicarle algo de su divino entusiasmo.

Al concluir, ambos quedaron pensativos; las notas desprendidas de la melodiosa arpa del gran lírico francés, habían vibrado en sus corazones, y encontrado en ellos el eco que siempre encontrarán en toda organización delicada y poética.

Eduardo fué el primero que se apresuró á romper el mudo encanto que les tenía silenciosos. Levantóse, dejó el libro sobre la mesa, y fijando su mirada en el contenido de la maleta, sembrado aun por el suelo, propuso á la jóven improvisar, con varios pañolones que allí se veían, unas cortinas al lecho, que sirvieran como de segunda estancia al aposento.

Aprobada la idea, pasaron la mayor parte del día en llevarla á cabo, buscando cintas con que sostener los pañuelos, uniendo estos cuando les parecían de cortas dimensiones, fijándolos en la pared con el auxilio

de algunos clavos, que arrancaron de los ventanillos, y aseando el lecho, en cuanto les fué posible.

El nido de Blanca, como decia Eduardo, quedó concluido.

Cerca ya de anoecer, volvió á llamarles su carcelero, libre en aquel momento de su pasada embriaguez, y les invitó á dar otro corto paseo por el jardin, que aceptaron con gratitud, despues de lo cual, les obsequió con una abundante comida, en la que, tornó á entregarse á los mismos excesos del almuerzo, pero con la diferencia de que les permitió entonces retirarse á su habitacion, llevándose una de las luces que ardia sobre la mesa, y despidiéndose de ellos con una de sus bromas mas obscenas y soeces, que felizmente Blanca no entendiò, ni Eduardo le dió tiempo á concluir, tal fué la precipitacion con que procuró encerrarse en lo alto de la torre.

Por fortuna, el espesor de las paredes, y el de las tablas de que la puerta estaba

construida, no permitian llegar hasta la prision el ruido de las palabras que en la pieza baja pudieran pronunciarse: la orgia, pues, continuó; en tanto que los jóvenes, felices y tranquilos, unicamente cuando estaban solos, se volvian a sentar sobre el borde de la cama, como en la noche anterior, y conociendo que aun era temprano, y que no les era fácil conciliar el sueño, en medio de los peligros á que continuamente se veian espuestos, decidieron esperar á que el Brigadier, rendido por el vino, le fuera imposible hacerles una visita, si es que ocurriese pudiera, y les sorprendiese, sin estar dispuestos á arrostrar cualquier insulto ó violencia que tratara de imponerles.

—Cuan grande será el deseo de V. de llegar á Madrid,—dijo al fin Eduardo, despues de un gran rato de silencio,—y como á V. á acordarse de estos dias, cual se recuerda al despertar, los pormenores de una horrible pesadilla.

—Habrá, como en los sueños sus mo-

mentos buenos y malos,—contestó ella sonriendo tristemente,—los malos serán los del Brigadier, los buenos los nuestros.

—En verdad, que bien quisiera ahorrar á V., al precio de toda mi sangre, un solo instante de disgusto, sintiendo en el alma ver asociados involuntariamente en su pensamiento la imagen de ese bandido, á la de un hombre, que ha colocado á V. á una altura, donde no debiera alcanzar nunca mirada alguna.

—Sin aceptar ese puesto, que jamás mereceré, puede V. creer, sin pasar por inmedesto, que de tal asociacion ha de ganar mucho su memoria.

—Difícil será, por mas buena que sea V. que en medio al torbellino de la alta sociedad, donde va encontrarse, y en la que será V. su principal adorno, se acuerde del humilde poeta que, lejos de V., y escluido por su nacimiento de aquellas suntuosas moradas, ha vivido sin embargo con V. algunos días en este oscuro encierro.

—Mal me juzga V., si supone que pueda ser ingrata á la proteccion, al cariño y al respeto, que me ha prodigado V. con tanta exposicion de su persona, como desinterés y lealtad.

—Y mi rescate? observó Eduardo, procurando sonreirse, aunque sin conseguirlo del todo, tal era la amargura que aquella idea le producía.

—Y mi honor? replicó Blanca, sonrojándose ligeramente, y procurando con esta palabra persuadir al susceptible periodista, que el dinero debía considerarse, como destinado al mismo tiempo, á salvarla, con la inocente superchería del finjido matrimonio.

Eduardo meneó la cabeza y permaneció pensativo.

—Tiene V. un defecto, añadió la niña con su dulce voz, y es, ser demasiado orgulloso.

—Porque ese es el único signo de nobleza que Dios ha dejado á los pobres.

—Pero nó en demasia.

—Como no lo sea con V., deje V. que lo sea con los demás, cuando juzgue que mi dignidad así lo exige.

—Permitame V. una pregunta, y perdone mi indiscrecion.

—Sus preguntas de V. nunca son indiscretas.

—Ya verá V.... Respóndame V. con sinceridad ¿cuáles son sus planes para el porvenir.

Eduardo miró á la jóven con sorpresa.

—No lo pregunto por necia curiosidad, añadió ella, sino por el verdadero interés que V. me inspira .. yo soy jóven, ignorante de los usos del mundo, sin esperiencia, educada sin madre y por personas asalariadas; pero hay en el fondo de mi corazon algo naturalmente bueno, que suple al amor maternal y á la irreflexion propia de mis pocos años.... Adivino, sin haber estado en la Corte, que esta intimidad, hija de las circunstancias, tiene que desaparecer, tan pronto cesen las causas que la han producido, y que al vernos allá, en medio del gran mundo, no podré es-

estrechar la mano de V., con la franqueza que lo hago aquí; más, si con su talento y relaciones llega V. á salvar la distancia que dicen nos separa, ¿quién le impediría á V. visitar nuestra morada; y estrechar una amistad, basada en nuestro reconocimiento y gratitud? Ese es el motivo porque preguntaba á V., cuales eran sus planes para el porvenir.

—Comprendo perfectamente la delicada atención de V., y aunque me juzgo indigno de ella, contestaré, sin embargo, con la lealtad que merece su interés. Jamás he pensado en mi porvenir; solo, por decirlo así, sobre la tierra, y teniendo lo suficiente para vivir con decoro, sin ambicion, y sin estímulo, he seguido, mas bien instintivamente, mis inclinaciones naturales, que un plan preconcebido y meditado. Estamos, es verdad, en un tiempo en que, los que tengan arrojó, talento y fortuna, pueden llegar á ocupar los primeros puestos de la Nación. La revolucion principia, y ha de ser muy radical en nuestra patria, por lo mismo que hay mucho que

corregir. En medio de la demolición de todos los elementos del antiguo régimen, y los nuevos que se preparan, con mejor ó peor acierto, á reemplazarlos, todo hombre de energía ha de abrirse paso por entre ellos, y conquistar un nombre, ó tal vez un título, con que dore su plebeya cuna. Confieso á V. con ingenuidad, que no me encuentro con fuerzas para ser uno de esos hombres: no hay en mi la tenacidad, ni la desenvoltura necesarias, para lanzarme al mar de la política, y arrostrar sus peligros y borrascas, que exigen cierta clase de valor, que no poseo.

Blanca se sonrió y movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Por lo visto, continuó él, me ha comprendido V. No soy hombre que pueda sufrir un desaire, callar una injusticia, ni doblegarme ante una exigencia cualquiera. Mi naturaleza se revela contra todo lo que no es noble y justo, y no me sometería jamás á aceptar un acto deshonesto, aun cuando de

ello dependiera mi propia existencia. De este modo, mal podré hacer carrera en el mundo. Yo lo conezco, y mis amigos tambien. Por eso he vivido hasta el presente entregado al estudio, que es mi deleite, rodeado de mis autores favoritos, y con pocas relaciones, que no he sabido aumentar ni conservar. Aqui donde me ve V. soy poco menos que un salvaje.

—Todavía está V. copiando mi retrato, contestó ella, mirándole con sus grandes ojos, llenos de dulzura infinita.

—Oh, no diga V. eso. Si aun no ha brillado V. en la sociedad, es porque hasta ahora la han tenido reclusa; si el ave no ha desplegado al viento los brillantes colores de su espléndido plumaje, es porque ha estado encerrada en su jaula de oro, y le ha faltado aire; pero rota aquella, la verá V. tender sus alas, elevarse al cielo, y dejar mudos de asombro á los que tengan la dicha de contemplarla.

—Si me permite V. continuar la metáfora le

añadiré, repuso la niña, que el ave no tiene los espléndidos colores e n que tan gratuitamente V. la dota; y que, aunque los tuviera, no quiere ni debe romper la dorada jaula, donde su voluntad constante y firme, la tendrá siempre encerrada.

—Ah, no conoce V. el mundo, dijo Eduardo suspirando.

—Ni V. me conoce á mi, —contestó Blanca animándose,—ha de saber V. que soy muy terca, y un si no es testaruda y difícil de convencer. Pero, dejando á un lado mis defectos, observo por lo que ha dicho V., que no desea romper la barrera que nos separa; que no quiere V. acercarse a ese mundo, donde parece estoy llamada á vivir; que renuncia V., por fin, á cultivar mi humilde, pero sincera amistad.

—Bien sabe V. que eso no es cierto,—replicó el jóven con cierto aire de melancólico pesar,—por conservar su estimacion y hacerme cada dia mas digno de ella, he de hacer, si llegamos á Madrid, lo que nunca

hubiera hecho á no haber tenido la dicha de conocerla. La prensa está á mi disposición. El diario es hoy la palanca social que conmueve al mundo, el teatro abierto á todas las ambiciones. Lucharé, y si en la lucha se deseca mi corazón, y pierdo mis ilusiones de poeta, me acordaré de V., y su amistad me servirá de recompensa.

—Acepto el sacrificio, que no será estéril; se lo prometo á V.

—Cuidado, no recuerde á V. algun dia esa promesa!

—¿Teme V. que falte á ella?

—Temo, que al verme tan distante de V. llegue á acordarse con sentimiento de las horas, que aqui hemos pasado juntos.

—Oh, que mala opinion tiene V. de su pobre esposa, caballero, repuso Blanca con graciosa gravedad.

—Ah, no me recuerde V., por Dios, tan amarga burla.... ¿yo, su esposo? Es verdad, que lo soy, pero como lo es el actor, mientras dura la comedia, y delante de los es-

pectadores. Ahora ha caído el telon, y soy solo Eduardo Alar.

Blanca, sorprendida del acento triste y angustioso con que fueron pronunciadas estas palabras, fijó su franca mirada sobre el rostro de su amigo, que se habia levantado y se paseaba para ocultar su emocion, y despues de algunos momentos de penoso silencio, le preguntó timidamente y con la voz alterada.

—¿Está V. enojado?

Pero Eduardo absorto en sus reflexiones, no contestó, y siguió paseándose, tal vez sin haberla oido, en tanto que la pobre niña, creyendo haberle ofendido involuntariamente, sintió subir ardientes las lágrimas á sus ojos, y que apresuradas brotaban, inundando sus mejillas.

Lloró así un largo rato en silencio, ahogando sus sollozos con el pañuelo, hasta que Eduardo, mas tranquilo, volvió á sentarse junto á ella, y observó con sorpresa su afliccion.

—Llora V ? exclamó inquieto y apesorado ¿qué le sucede? ¿qué tiene V.? ¿quién la ofendió? ¿se siente V. indispuesta?

Y viendo que callaba, y que continuaba llorando, la tomó una mano, que ella le abandonó sin resistencia, y mirándola con profundo y respetuoso afecto, añadió:

--Blanca, ¿qué tiene V. ? ¿porqué me oculta el motivo que la aflige? ¿quien causa su llanto? ¿Habré sido yo tal vez? Miserable de mí! jamás me lo perdonaría....

La jóven procuró sonreirse, en medio de sus lágrimas, y segura ya de que su amigo no estaba con ella enojado, le tranquilizó, asegurándole, que habia momentos en que le era imposible dominar su aflicción, al recordar la situación en que se hallaban, pero que, con su presencia y palabras, se habian disipado sus temores.

Creyóla Eduardo; y persuadido de que el jefe carlista no vendria ya á molestarlos aquella noche, la suplicó descansara, prometiéndola velar su sueño, con cuyo objeto co-

locó el sillón delante de la puerta, de modo que, para abrirla, era necesario despertarla antes, ó remover primero aquel obstáculo.

Cedió Blanca á su empeño, y cerrando las cortinas de seda, que la aislaban de su protector, le dió las buenas noches, con aquella sonrisa, que tanta expresion daba á su fisonomía, y desapareció en su improvisada estancia, dejando á Eduardo solo con sus pensamientos.

Poco despues reinaba un profundo silencio en la prision.

---

## CAPITULO X.

### UN CUENTO DE HADAS.

Seis dias han transcurrido desde aquel en que los jóvenes han caido en poder de los facciosos; y aun sus carceleros no han consentido en que tengan una sola entrevista. Sea que el mofletudo coronel no haya regresado de su larga expedicion, sea que el Brigadier juzgue perjudiciales las confidencias que en aquel momento puedan cruzarse, ello es lo cierto, que bajo frivolos pretextos, se ha seguido retardando la prometida cita.

La vida de Eduardo y Blanca en poco ha cambiado de la que hemos descrito anteriormente. Largos paseos en el amurallado jardin; almuerzo y comida a horas regulares y con exactitud militar; de vez en cuando, algun susto, Lijo de la abundancia de licores de D. Juan Batiñol; lecturas prolongadas de nuestros clásicos dramáticos; estancias de len-

gua inglesa y francesa; y conferencias americanas é instructivas, sobre cuanto entra en el dominio de la literatura, de la filosofía y de la historia, puesto al alcance de una inteligencia poco ilustrada en estas materias, como lo era la de la noble jóven, hé ahí el programa exacto de su vida.

Pasábase así rápidamente el tiempo y solo al anochecer, cuando las orgías del vicioso guerrillero; ó el lejano rumor de alguna pendencia en el campamento, les recordaban su cautividad, y los peligros á que estaban espuestos, se entregaban á tristes reflexiones que Eduardo se apresuraba á alejar recitando á la hermosa niña alguna novelesca aventura, ó alguna leyenda en verso, en la que siempre aparecía en primer término una princesa encerrada en un castillo, á quien un pobre y valiente caballero conseguía devolver la libertad.

Sonreíase, al fin, Blanca, olvidaba sus temores, y se recogía por último en su pequeña estancia, donde dormía el sueño dulce y

tranquilo de la inocencia, hasta que el primer rayo del sol, penetrando por las angostas troneras, venia á despertarla, saludándola en su humilde lecho.

Una de esas noches,—era la sétima de su penoso cautiverio,—se hallaban ambos jóvenes, sentados como de costumbre sobre el borde de la cama, único asiento cómodo que se encontraba en la pieza; habia llovido todo el dia, y el cielo estaba tempestuoso. Al traves de las aberturas de los mal cerrados tragaluces, se veian por intervalos brillar los relámpagos, sucediendo á ellos el lejano rumor del trueno, que ya se acercaba con rapidez, ya se alejaba lentamente, como si fuera á esconderse en las mil concavidades y sinuosidades de la montaña. Un frio húmedo y penetrante parecia transpirar por las heladas paredes de la torre, haciendo mas incómoda y triste la prision.

Eduardo habia envuelto los pies de Blanca en una pesada manta de abrigo, y le habia echado sobre los hombros su capa,

amenazándola con no contarle aquella noche el mas bonito de sus cuentos, si oponia la menor resistencia á estos preparativos, que concluyó el jóven con imperturbable seriedad, dándole al embozo dos ó tres vueltas alrededor de la cabeza. Y era de ver aquella linda cara, saliendo graciosa y sonriente de en medio de los multiplicados pliegues del paño, semejante á un ángel de Murillo, que asomaba su hechicero semblante por el oscuro fondo de una negra nube, inundando de luz el cuadro.

—Ahora, que no tememos al frio, dijo Eduardo, vamos á cumplir mi promesa.

—Yo no lo temo, gracias á la capa, respondió V....

—Cuidado con la obediencia, repuso él levantando el dedo en son de amenaza.

—¿Y si me revelase contra tan injusta tiranía?

—Atrévase V....

—Y si mi insubordinacion llegara al extremo de envolverle á V. sin compasion

—¿Todos los vestidos que encierra mi maleta?

—Inútiles bravatas.... está V. en mi poder  
atada por decirlo así, de piés y manos.

—Es cierto.

—Por consiguiente, ríndase V. por esta  
noche á discrecion y présteme obediencia.

—Rendida estoy. El evangelio dice que  
la muger debe sumision á su esposo, y usa  
V. largamente de su derecho. Venga ahora  
el premio de mi obediencia, cuénteme V. su  
prometida historia.

—¿Quiere V. verso ó prosa?

—No venga V. con subterfugios; me ha  
ofrecido V. una aventura personal, y exijo el  
cumplimiento de su oferta.

—Es verdad, y preciso será cumplir mi  
palabra.

—Cuidado con las invenciones; deje V. á  
un lado al poeta, y que hable hoy solo el his-  
toriador.

—Seré verídico.

—Veamos esa aventura.

—Era una vez....

—¿Y así principia V.?

—Eso no le quita á mi relacion, su sabor personal y auténtico.

—No admito ese principio; fije V. la época y el sitio; y nombre V. las personas. Alguna vez he de imponer á V. mi voluntad.

Y la jóven se reia, formando dos hoyos hechiceros junto á sus rosados labios.

—Seré mas esplicito.

—Empiece V. de nuévo.

—Empiezo, pues. Cuando yo tenia 47 años y advierta V. de paso que tengo 23; y por consiguiente allá por los años de 1830, habia ido á pasar una temporada al pueblo de mi nacimiento, humilde aldea de Estremadura, oculta como un nido de águila entre cerperas montañas. Mi madre, único pariente que me quedaba, hacia algunos meses que habia fallecido, y esta pérdida, unida á la soledad del sitio, y á mi natural melancolía, me habian infundido tan tristes y desconsoladoras ideas, que á veces el pensamiento de un

suicidio habia cruzado por mi imaginacion, como el único porvenir que me reservaba el destino.—Las vacaciones tocaban á su término, y despues de arrendar mis escasos bienes, disponíame á pasar á Sevilla para continuar mis estudios, y sacudir la atonia que de mí se habia apoderado, cuando una tarde, pre-  
ra mas que nunca de aquel incomprendible  
esplin, me alejé solo, con un libro en la  
mano, y me interné en la sierra, buscando  
los sitios mas solitarios y agrestes.

—Triste es la historia, interrumpió Blanca.

—El historiador no puede tergiversar los  
hechos. Continúo. A la media hora de mar-  
cha, creí encontrar lo que buscaba, y me sen-  
té sobre el carcomido tronco de un nogal, y  
á la sombra de un grupo de castaños, que  
se levantaban al pié de una muralla de ro-  
cas de corta elevacion. La tarde estaba sere-  
na, el aire embalsamado con el olor de las re-  
tamas silvestres, y el sol, inclinado ya á su  
ocaso, inundaba de luz el paisaje. Abrí el  
libro, y púseme distraido á leer, sin que las.

frases que con la vista recorria, pudieran penetrar en mi cerebro.—¿Será posible, me decía yo, interrumpiendo la lectura, pero sin levantar los ojos del libro, será posible, que esté condenado á vivir siempre solo, sin amigos, sin familia y sin hogar? ¿Será posible que no encuentre en mi camino un corazón que lata al par del mio, una mano que enjague mis lágrimas, una voz afectuosa que me aconseje y guie?—Mientras yo discurría de este modo, parecióme que una sombra me interceptaba la luz, y que el suave ruido de un vestido flotante se dejaba oír. Levantéme admirado, y me hallé enfrente de una niña, al parecer como de 15 años, vestida de blanco y azul, con una corona de azahar entrelazada en sus hermosos cabellos, que en abundantes rizos le caían sobre su cuello de cisne. Sonreíame con una gracia infantil, y sin decirme una palabra, me hizo señas de que volviera á sentarme, y se sentó á mi lado.—Veo que es V. desgraciado, me dijo, y he venido expresamente á conso-

arle.—¿Quién es V.?—Una huérfana, como V. mismo, que le conoce y ama.—¿Será posible?—No lo dude V.; decía V. hace un momento, que algo le hacia falta, y buscaba la solución de ese enigma; esa solución yo se la ofrezco á V.—¿Será posible?—Y eso le admira á V.? La muger sabe siempre mas que el hombre de achaques del corazón—Pero no acabo de comprender.... —Y sin embargo es muy sencillo, niña como V., en medio de estas soledades, le he visto y he creído que á ambos nos falta una misma cosa,—una familia á quien amar,—pues bien negamos el uno para el otro, esa familia que nos ha negado Dios, y partiremos juntos nuestras lágrimas, como partiremos juntos nuestras alegrías.

—Raro lenguaje exclamó Blanca, sin poderse contener, no me agrada la desenvoltura de esa niña.

—¿Se olvida V. de que hago historia?

—Pues, lo siento, y quedóse pensativa.

Eduardo continuó:

—La jóven, despues de estas y otras pláticas, que omito, en las que dió repetidas muestras de una elocuencia fácil y persuasiva, y de una gracia atrevida y seductora, concluyó diciéndome—Venga V. conmigo y verá mi casa; si le agrada á V., podrá ser algun dia suya.

—Que poco recato, observó de nuevo Blanca.

—Seguila sin vacilar, porque no encontraba en mi mismo fuerzas para resistirla. Hallábanme enteramente subyugado, y bajo el dominio de aquella deslumbradora belleza, y de aquella ingenuidad incomparable. Una transformación completa se habia apoderado de mi; ya no me sentia triste y abatido, la melancolia se evaporaba al contacto de aquella mano, que tenia asida la mia y me guiaba. Un torrente de felicidad, inundaba mi corazón, ahogándome con el exceso mismo de su oleaje. Y entretanto, seguia sumiso á mi hermosa conductora, que, atravesando con pié ligero un valle, oculto en el fondo de

una cañada, trepó á un pequeño collado y nos encontramos sobre una estensa meseta coronada de espesos árboles en medio de la cual se descubria una linda casita, desde la que se dominaba toda la comarca.

—Estraña aventura!

—Ya verá V...—Imposible me seria pintar detalladamente lo que aquella casa encerraba. Componiase de dos pisos, el bajo y principal. Subiase á ella por cuatro escalones, que en semicírculo avanzaban, como saliendo al encuentro del viajero, y conducían á un terrado cubierto de madreselva y jazmin y otras vistosas enredaderas, de brillantes y olorosas flores, que templaban con su sombra el ardor del sol. Abriase sobre este terrado la puerta de entrada y cuatro ventanas, dos á cada lado, cubiertas con persianas verdes, y medio ocultas como ya he dicho, por plantas trepadoras. El vestíbulo era una pieza octógona con piso de mármol, blanco y negro, y techo y paredes pintadas al óleo. Al frente se veía una puerta vidrie-

ra, que comunicaba con un espléndido jardín, y á derecha é izquierda dos puertas, la una que conducia á un salon de recibo, con mullida alfombra, cortinas, divanes y butacas de terciopelo encarnado, piano de palo de rosa, y otros adornos, que seria imposible ennumerar; y la otra, á un gracioso comedor, colgado de verde, con estanteria de caoba, vajilla de plata, y cristaleria de Sajonia, cuyas anchas ventanas caian tambien al jardín. Subiase al piso principal por una elegante escalera de mármol con adornos de bronce, dorado á fuego, colocada á la derecha, sobre un segundo vestíbulo, que se encontraba al salir por la puerta vidriera, de que antes he hecho mencion. Esta escalera desembocaba en una ancha galeria, desde la cual, por dos cómodas rampas, se descendia á un parque ó bosque, cuyo follaje formaba horizonte por aquel lado. Sobre la galeria se abian varias puertas. La principal comunicaba con una antesala, desde la cual seguian á la derecha los dormitorios, con cuantas comodida-

des puede inventar el lujo moderno: y á la izquierda un salon de estudio con una escogida libreria en cuyos estantes se encontraban las obras mas selectas del ingenio humano en ciencias, filosofia, literatura é historia, al cual sucedian, tocador, salones de vestuario, de baños, de descanso, de conciertos etc. etc.

—No comprendo, dijo en este momento Blanca, que habia escuchado con cierta impaciencia la descripcion de la casa, como ese palacio pudo haber estado oculto á la curiosidad de V. hasta esa tarde.

—Nada mas fácil; yo no tenia relaciones en el país ni las buscaba; la casa de mi desconocida hubiera permanecido para mi ignorada, á no ser el casual encuentro que voy narrando á V.

—Estraña casualidad!

—Pero no era la quinta, apesar de sus bellezas, lo que mas habia que admirar en ella.

—En efecto, interrumpió Blanca, la dueña del palacio, seria la joya mas preciosa entre tantas maravillas.

—Y lo era á no dudarlo, repuso Eduardo, con imperturbable seriedad. Ya he dicho á V. como iba vestida, ahora solo le añadiré, que tenia el mismo talle de V., flexible y elegante, su misma tez, brillante de salud y vida, sus mismos ojos, de pura y serena mirada, sus mismos labios, de rosa y nácar, sus mismos cabellos, negros, abundantes y rizados, sus mismas manos....

—Dios mio, que está V. diciendo!

—La verdad.

—Está V. equivocado, la dueña de ese palacio no podia parecerse á mi.

—Y que halla V. en ello de imposible?

—Tal vez no acierte a decirlo; pero prescindiendo de la poética comparacion de V. en la que solo ha de verse la parcialidad que le inspira mi amistad, y su galanteria, creo que ninguna muger aunque fuese muy niña, hubiera procedido con la ligereza y libertad, que se observa en su desconocida heroina.

—Al decir á V. que se le parece, nada he hablado de su parte moral. Sin embargo, no

la juzgue V. aún sin apelacion, porque, el fin de la aventura, la hará quizá modificar su juicio, ahora un poco severo

—Veamos el desenlace, porque le confieso á V. que deseo ardientemente conocerlo.

—Seré breve. Conducido por la hermosa niña atravesé el vestíbulo, y pasé al jardín, desde el cual, penetrando en el cenador de la derecha, subí la escalera, recorrí la galeria, y siempre guiado por ella, entré en un precioso dormitorio, adornado con cortinas y muebles de terciopelo y seda, donde solo dominaban los colores blanco y azul, y en el cual la luz se filtraba, vaporosa y discreta, dejando todos los objetos en una semi-oscuridad, impregnada de misterioso encanto. Al llegar allí, se sentó en un divan, frente al cual, entre flotantes cortinas, se adivinaba un suntuoso lecho coronado por un admirable cuadro, que reproducia fielmente las facciones de mi desconocida, y obligándome á ocupar un asiento á su lado, me dijo con acento grave, —He arrancado á V. á sus tétricas ideas, le

he salvado tal vez de un suicidio, y le he conducido á un sitio, donde nunca la mirada de un hombre ha llegado á penetrar. Dígame V. ahora con toda la lealtad propia de un caballero pundonoroso y honrado, ¿seria V. feliz viviendo en esta quinta, con una muger á quien con todo su corazon amara? ¿Sus deseos se verian satisfechos, si encontrara aqui lo que en vano ha buscado en el mundo, esto es, esposa, cariño y hogar?—Oh, niña encantadora, exclamé yo cayendo de rodillas ¿y lo puede V. dudar?—De modo que me ama V. ya?—Amo á V. y soy suyo por toda una eternidad, y al decir esto, tendí solemnemente mi diestra, que ella estrechó en la suya, silenciosa y visiblemente conmovida.

—Oh, interrumpió, Blanca, con voz alterada, ¿Es V. casado?

—No señora, contestó Eduardo muy serio?

—Viudo, entonces.

—Tampoco.

—Ah, la ha olvidado V.?...

—Jamás.

—Ha muerto?

—Tal vez, pero nunca en mi memoria.

—Comprendo; ella es quien ha olvidado

á. V...

—Lo ignoro.

—Que enigma es ese?

Y la jóven perdiendo por la vez primera su dulce sonrisa, y los colores que animaban sus mejillas, le miró inquieta y turbada, esperando su contestacion.

—Ahora lo comprenderá V. He quedado de rodillas y con mi mano en la suya jurándola un amor eterno. Pues bien, cuando yo, poseido de santo entusiasmo, y para sancionar, por decirlo así, mi juramento, llevaba su mano á mis labios, oí á mi espalda una sonora y alegre carcajada, y sentí una mano vigorosa sobre mi hombro derecho, que me hizo dar un salto. Entonces, con este brusco movimiento caí al suelo, y me encontré... adivine V....

—No se....

—Vamos. suponga V. alguna cosa, rara, inverosímil....

—Acabe V.; por piedad....

—Me encontré... junto al tronco del nogal, á la sombra de los castaños, con el libro aun abierto, y rodando por el césped, mientras un vecino mio, gran cazador, en pie, á mi lado, apoyado en su escopeta, volvía á reirse...

—De modo que....

—Había dormido una hora, y durante mi sueño, mi imaginacion, sin freno que la sujetara, había creado una muger, un palacio y un amor.

—Será posible!

Y Blanca, dudando todavía fijaba sus ojos en los de su amigo, como si quisiera convencerse de la verdad de sus palabras.

—¿Qué le parece á V. mi cuento?

—No acabo de creer que lo sea...

—¿Con que he logrado interesar á V.?

—Pero es cierto que esa muger no ha existido?

—Nunca.

—Ni ese palacio?

—Jamás.

—Ni esa pasión?

—Tampoco.

Blanca bajó los ojos, avergonzada de la vivacidad de sus preguntas, procuró sonreírse, sin poderlo conseguir, balbuceó algunas palabras para disculparse, sin saber de que, se puso alternativamente pálida y encarnada, y por último, después de algunos minutos de silencio, derramó algunas lágrimas.

¿De qué lloraba? Tal vez ella no lo sabía. ¿Lo adivinó Eduardo? No nos atrevemos á asegurarlo. La verdad es que allí terminó aquella noche el diálogo; que Blanca se retiró temprano á su estancia; y que el joven serio y preocupado, acercó como tenia costumbre el sillón á la puerta, y se dispuso á continuar su cuento en sueños, si era tan feliz que podia obtenerlo de su caprichosa imaginación.

Ambos permanecieron despiertos hasta media noche. ¿Quién lo motivaba? ¿Era el rumor del trueno, que de vez en cuando se oía a lo lejos, ó el recuerdo de la historia que Eduardo había evocado?

Misterios son estos que el tiempo nos aclarará.

---

## CAPÍTULO XI.

### NUEVA SORPRESA.

Un movimiento inusitado se advierte en el campamento. Los soldados corriendo de un lado a otro, se apresuran á recoger sus tiendas; las vivanderas en crecido número, limpian y arreglan los utensilios de cocina, y los objetos de su pequeño tráfico; los paisanos, fáciles de reconocer por su vestido, se disponen á dejar el sitio, y reúnen lo que no han podido vender á sus peligrosos vecinos. No se oye sin embargo, trompeta ni tambor que dé la señal de llamada y marcha, todo se hace en silencio, y como si se temiese que los ecos de la montaña, hagan traición á las huestes absolutistas.

El alba apenas se deja ver aún sobre el lejano horizonte; la helada de la noche ha impreso su huella sobre la esplanada y los árboles que la rodean; y los facciosos con sus

repetidas visitas á las cantinas, prueban que el frío es mas intentoso de lo que puede esperarse del clima y la estación.

Todo revela un cambio de lugar, y el abandono probable del ruinoso castillo.

En efecto, en el mismo despacho donde tuvo lugar la entrevista primera de los cuatro prisioneros con los jefes carlistas, encontramos de nuevo á estos últimos que confieren detenidamente y en voz baja, teniendo en la mano un mugriento papel. En la puerta entreabierta, se halla en pie y con ademán sumiso y respetuoso, un hombre como de cuarenta años, vestido al uso del país, con el cabello corto y sin barba, labios delgados, mirada inquieta, y aspecto de hombre de Iglesia.

El Brigadier, despues de consultar á su compañero, y de haber leído por la tercera vez el contenido del documento que á su mano se veía:

—Estás seguro, dijo, volviendose al paisano, que el dinero está en poder de nuestro

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por UL'PAC. Biblioteca Universitaria, 2006

amigo?

—Creo, que eso es lo mismo que le dice á V. en la carta.

—Si, pero, quisiéramos añadir el testimonio de tus ojos.

—Pueden Vds. estar seguros; he visto los sacos, aunque ignoro la cantidad.

—Bien, bien. Nos fiamos en tu lealtad y honradez.

Y volviéndose á su compañero añadió:

—Coronel, la orden de marcha está dada desde anoche. No conviene que los soldados liberales nos encuentren en este sitio, rescaten la suma que, tan felizmente ha venido á caer en nuestras manos. Demos libertad á los prisioneros, supuesto que el dinero se halla ya depositado en lugar seguro, y dividamos por un poco de tiempo nuestras fuerzas, para dividir así la atención del enemigo: yo tomaré al norte, V. al sur ¿Qué le parece á V. mi proyecto?

—Logre yo los veinte mil, que con mis ahorros forman un capital muy decente, con-

testó el coronel al oído de su amigo, y me burlo de D. Carlos, de su causa y de mis tropas.

—Soy de la opinion de V. repuso el Brigadier en voz alta, y no está lejos que le imite; entretanto traiga V. sus dos reclusos que yo voy por los míos, á quienes, advierto á V. preparo una sorpresa, que nos va á divertir grandemente.

El Coronel le miró con aire interrogador.

—Ya verá V.... será cosa curiosa....

Y volviéndose al paisano que aun permanecía inmóvil en el umbral, añadió con voz firme.

—¿Se han cumplido mis últimas ordenes?

—Todo debe estar pronto, contestó éste inclinándose.

—Espéranos allá, y dile á tu amo que dentro de una hora estamos en el pueblo.

El hombre tornó á hacer una profunda reverencia, y sin responder, se alejó á toda

prisa del Castillo.

Poco despues, y en el mismo aposento donde ha tenido lugar la escena precedente, se ven aparecer casi al mismo tiempo y en opuestas direcciones á los gefes, acompañado cada uno de sus dos prisioneros, impuestos ya de la buena nueva de su rescate.

Blanca y la Condesa no esperan las órdenes de sus odiosos carceleros para reunirse, y dejándolos atrás, se lanzan con frenesi en brazos la una de la otra, olvidándose del sitio donde estan, y en medio de sus lágrimas y besos, prorumpen en las mas dulces palabras, que puede inspirarles su profundo amor.

—Blanca!

—Mercedes!

—Hermana mia!

—Es posible que vuelva á verte!

—Cuanto habrás sufrido!

—Y tu?

—Ah, todo se olvida en este instante.

El Conde y Eduardo habian cambiado en silencio un enérgico apretón de manos.

El Brigadier se sonreía maliciosamente; el coronel miraba con aire satisfecho el grupo.

Cuando principió á calmarse la emoción de las dos hermanas, el viejo guerrillero, que no habia dejado su maligna sonrisa, hizo sentar á los cuatro sobre un banco de ébano que adornaba el salón, y les habló de esta manera:

—Antes de despedirnos, tal vez para siempre, permitanme Vds. que los felicite por la exactitud y puntualidad con que han cumplido su oferta. El dinero está en manos seguras, y nosotros, fieles también á nuestra palabra, vamos á conducir á Vds. á un sitio, donde les espera el coche, que los llevará sanos y salvos á su casa. ¿Tienen Vds. alguna queja contra nosotros? ¿Mi compañero ó yo, hemos faltado á nuestros deberes hospitalarios? ¿Hemos tratado á Vds. como enemigos?

© Del documento los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006

—De ningún modo, se apresuraron á contestar el Conde y Eduardo.

—Ahora, pues, y dejando á un lado el rescate, que es negocio ya arreglado, veamos si Vds. han cumplido por su parte con lo que de su lealtad y nobleza debia esperarse.

Los jóvenes se miraron con sorpresa, y un vago sentimiento de inquietud se despertó en ellos, auunciándoles nuevos y desconocidos peligros, que no alcanzaban, sin embargo á adivinar.

—Veo que no aciertan Vds. con el sentido que encierran mis palabras, y que será preciso descifrarlas.

—Si es algun subterfugio para no cumplir el compromiso, advierto á V. dijo el Conde, que son inútiles esas precauciones oratorias, hable V. con claridad, y díganos con franqueza lo que piensa; estamos en su poder, y solo nos es dado deplorar la candidez con que hemos creído en su fingida lealtad.

—Alto ahí, señor Conde, repuso el Brigadier, como herido en su amor propio, no se trata ahora de nuestro compromiso, que se cumplirá al pie de la letra, pudiendo dar por seguro que dentro de dos horas se verán Vds. en libertad, trátase de otra cosa que deban Vds. saber.

—No comprendo...

—Ya me comprenderán...

—Pero, hable Vd...

—Eso voy á hacer, y sin mas preambulos.

—Veamos.

—Diganme, Vds. Señoritos, D. Eduardo ! D.ª Blanca, ¿porque me han asegurado Vds. que los unia el santo vinculo del matrimonio? ¿Porque han tratado de sorprender mi buena fé con un engaño tan ridiculo como miserable?

Los jóvenes se estremecieron á estas palabras, se miraron confusos, Blanca ocultó su rostro en el seno de su hermana, y todos quedaron por un momento inmóviles, y sin en-

contrar respuesta á tan brusca é inesperada interpelacion.

El viejo continuó con acento de amenaza.

—Me dirán Vds. que importa poco que sean solteros ó casados, con tal de que el dinero haya llegado á mi poder; pero desgraciadamente van Vds. á convencerse de lo contrario, cuando les declare, que tengo tan delicada la epidermis, que una burla, sea cual fuere, me hace una herida muy difícil de curar.

Eduardo, que ya se habia recobrado un poco de su sorpresa, se levantó y contestóle:

—Jamás ha pasado por nuestra mente burlarnos de V. ni de nadie. En efecto, no tengo el honor de ser esposo de esta Señorita, y solo ella, atemorizada por las amenazas de V., respecto de la suerte que esperaba á las jovenes solteras, se le ocurrió en un momento de terror, apelar á ese engaño, para salvar su honra, fiandose en mi honor. ¿Qué hay en esto que pueda ofender á V? ¿Que ha visto V. en nosotros durante esos siete dias de prision, que le autorice para amenazarnos con

su enojo? ¿Con que frases hemos confirmado su equivocacion? ¿Que bromas le hemos dirigido á V. sobre ese particular, ni sobre ninguno otro?

—No me creo en la obligacion de dar cuenta á Vds. de mis sensaciones, repuso el Gefe, siempre irritado, lo único que deben saber Vds. es que, con buena ó mala intencion, me han engañado, y que nadie se burla de mi impunemente.

—Pero V. le da á lo que ha pasado una importancia que no merece, decidido como esta V. á dejarnos desde hoy en libertad, repuso el Conde.

—Tienen razon de sobra, dijo entonces el Coronel, terciando en la cuestion, ¿á que conducen esas reconvenciones? yo le aseguro á V. que por mi parte, me tiene sin cuidado alguno que mis dos prisioneros sean ó no casados.

—Cada uno entiende el amor propio á su manera, replicó el viejo, y por lo tanto insisto en considerar como una ofensa personal

lo del fingido matrimonio.

—Y bien, acabemos, repuso entonces la Condesa dejando á Blanca sobre el banco y poniéndose tambien en pie, con aquel aire de imponente magestad, que tanto la distinguia: ¿que pretende V. en cambio de ese supuesto insulto? ¿quiere V. mas oro? Vamos. Sea V. esplicito, y concluyamos tan inútil discusion.

—Calma, calma, mi Señora la Condesa, y guarde V. ese tono de mando para sus criados y lacayos. Ahora verá V. que no es tan inútil el dialógo como V. se lo piensa. Por de pronto le repito á V., que este descubrimiento en nada ha cambiado mis disposiciones respecto de su libertad; pero quiero que no salgan de aquí, como han entrado, sino como yo crei que entraban.

—No entendemos á V. contestó el Conde.

—Mas claro; y ahora si que me entenderán: ¿no es cierto que esos dos jóvenes son solteros?

—Si.

—Contesten Vds., añadió con aspereza el

Brigadier, fijando sus ojillos grises sobre los semblantes asombrados de Blanca y Eduardo.

Ambos contestaron con un sí bien acentuado, aunque sin poder adivinar á donde iba á parar su carcelero.

—Pues ahora bien, antes de despedirnos, irán Vds. casados de veras; yo se lo aseguro á Vds. bajo mi palabra de soldado.

A estas palabras se interrogaron todos con la mirada, sin acabar de comprender el pensamiento de aquel hombre.

Pero él se encargó de completar la explicación, añadiendo con su maliciosa sonrisa:

—Todo está preparado en la parroquia cercana, el cura avisado, el contrato extendido, y creo que hasta las luces del altar encendidas, ea, pues, en marcha, y nada de reflexiones, porque juro á Vds. por la memoria de mi padre, que si observo la menor resistencia, que se oponga á este capricho, ea seguida, aunque lo sienta, mando fusilar á éste mocito.

Y señalaba al Conde.

—Pero eso es impio,—prorumpió Eduar-  
do sin poderse contener.

—Ah, ¿tambien V...? pues acompañará á  
su noble amigo en su último viage,

Blanca permanecía inmóvil sin atreverse  
á hablar. Su hermana, llena de asombro con  
tan impreyisto suceso, no sabia si enojarse,  
ó si reir. Por último, juzgando que semejante  
enlace, aun en las circunstancias especiales  
que les rodeaban, era uno de esos absurdos im-  
posibles, soltó una sonora carcajada, y hacien-  
do frente al Gefe carlista, que le miraba frun-  
ciendo el ceño, le dijo:

—Basta de bromas, caballero; déjenos V.  
marchar tranquilos, y no olvide V. con tan-  
ta frecuencia el respeto que se merecen las  
personas á quien tiene el honor de hablar.

—Voto á cien mil de á caballo, gritó á  
esta sazón el viejo, dando una terrible pa-  
tada en el suelo, que hizo temblar la mesa  
y los bancos, que va V. á conocer de lo que  
soy capaz. Ola, sargento Mochuelo.

Y la repugnante cabeza de éste apareció instantaneamente en la puerta.

—Que se acerquen dos pelotones de á diez soldados cada uno.

Blanca dió un grito y se cubrió la cara con las manos. La Condesa se puso pálida y enmudeció:

—Debo advertir á V.; dijo entonces Eduardo, dirigiéndose al Brigadier, que ese casamiento, aunque se llevara á efecto, seria legalmente nulo.

—Esa cuenta la arreglarán luego Vds. con el Nuncio. Caseos yo, y bien casados, que lo demás no me incumbe.

—Tiene razon este Caballero añadió el Conde, un enlace bajo la presion que ejerce V. sobre nosotros, es ineficaz ante Dios y ante los hombros.

—Ante Dios no lo sé; ante las leyes es válido. Pero de todos modos, si así lo creen Vds. ¿porqué oponen esa resistencia?

—Porque vamos á sancionar un sacrilegio.

—Sacrilégio! Bah, no diga V. tonterías. Ambos son jóvenes, hermosos y libres. Solo se diferencian en el rango, en los pergaminos. Ya verá V. dentro de pocos años el caso que hace la sociedad de esos ridículos títulos. ¿Se admira V. de oírme hablar de ese modo? Aunque carlista, algo se me entiende de achaques liberales, y sé que sostenemos una causa perdida. El mundo marcha, y no somos nosotros los que estamos llamados á detenerle.

A este tiempo se oyó fuera el acompasado pisar de los soldados, y la voz del sargento, que con marcada satisfacción asomaba de nuevo su cabeza, y anunciaba á su jefe que sus órdenes estaban cumplidas.

—Cinco minutos doy á Vds. para decidirse. O la parroquia ó la esplanada.

Blanca se levantó, y encontrando, como siempre, en los momentos supremos un valor y una energía, de que nadie la hubiera creído dotada, se acercó al Brigadier y con su voz más dulce, dijo:

—Caballero; su proposicion de V., aun que inconveniente y violenta, no tiene para mi nada de deshonrosa; me juzgo digna de llevar el nombre que V. me ofrece, si él lo acepta.

—Blanca! exclamó la Condesa en tono de amarga reconvencion.

—Hermana, dejemos el orgullo á un lado y salvemos á nuestros compañeros.

—Pero yo nunca consentiré en semejante enlace, exclamó Eduardo con exaltacion, prefiero morir.

Blanca retrocedió al oir estas palabras y se dejó caer sobre el banco.

—Oh, señora, continuó el joven cayendo de rodillas á sus pies, V. no me hará el agravio de creer, que mi negativa tenga otro objeto que su felicidad. ¿Que le importa á V. mi vida? Déjeme V. morir antes que doblegarse á tan inaudita pretension. ¿Ser yo por la fuerza esposo de V? ¿Consentir por el miedo en semejante cobardia? Jamas.

—Han transcurrido los cinco minutos, di-

jo el gefe impasible, mirando su reloj, y por lo visto se deciden Vds. por la esplanada... Salgamos, pues, y que Dios tenga misericordia de sus almas.

En este momento Blanca cojió entre las suyas las manos del joven, que aun permanecia de rodillas, contemplándola con mal reprimida adoracion, y dijole con acento agitado y trémulo, pero bajando la voz:

—Viva V., yo lo quiero.

—Pero....

—Silencio.

—Y su porvenir de V?

—Y su vida?

—Que importa!

—Niño!!

—Blanca....!!

Pero ella con un rápido movimiento se llevó el índice á los labios, y tomándole por la diestra le obligó á ponerse en pié, diciéndole al Gefe.

—Estamos dispuestos; vamos á la Iglesia.

—Siempre he pensado que es V. la me-

por de los cuatro. Ea, en marcha y supuesto que los desposados están de acuerdo, se concluyó la discusión.

Diciendo esto salió al campamento seguido de todos, y frotándose las manos, como hombre que ha conseguido un gran triunfo.

Siguió Blanca, dando el brazo á Eduardo, que aun no habia recobrado, por decirlo así, el uso de la palabra, y luego, venian el Coronel, con su aire brutal y estúpido, y el Conde y su esposa, que ya mas tranquilos se sonreian, como si se tratara de asistir á la representacion de una comedia. Una escolta numerosa les acompañaba; el resto de las tropas habia desaparecido desde el alba.

---

## CAPÍTULO XII.

### UNA BODA IMPROVISADA.

La distancia que separaba el Castillo de la aldea adonde se dirigia á pié la comitiva, era apenas de un cuarto de legua, hallándose oculta, aquella en las revueltas de una cascada, que á la derecha del campamento se estendia.

Un espeso bosque de encinas trepaba por ambos lados del camino, hasta perderse en las alturas de la montaña, y un riachuelo, engrosado con las últimas lluvias de la noche, y estrechamente encajonado entre una hilera de rocas, cortadas á pico, servia de límite á la senda, y dividia en dos la parte de la Sierra que á la vista se descubria.

El camino era ameno, llano y nada penoso; el cielo estaba claro y despejado, y el viento dormido sobre la copa de los árboles, hacia oír un suave murmullo, semejante al

aliento de una persona que descansa, después de una angustiosa marcha.

Luego que la comitiva bajó de la eminencia, donde se elevaba la vieja fortaleza, y atravesó el arroyo sobre un tosco puente de madera, entró en la senda de que antes hemos hablado, que bordeaba por un lado el torrente y el bosque por otro, y que directamente conducía al pueblo, si pueblo puede llamarse una reunión de ocho á diez casas de humildísima apariencia, agrupadas en torno de una Ermita, mas humilde todavía que ellas.

La única calle que tenía el pueblo, era el camino que seguía la tropa con los prisioneros, y cuyo camino, al llegar á la primera casa, se ensanchaba gradualmente, hasta concluir en una especie de plazoleta, frente á la cual se alzaba la espresada Ermita.

Los habitantes de aquel lugarejo, perdido en medio de la Sierra, bandidos en su mayor parte, como los facciosos, y sin otro oficio legal que vender leña y aves á los pue-

blos de la llanura, salieron al encuentro de sus amigos, y se confundieron con la tropa, en la que tal vez contaban mas de un pariente.

De esta manera llegaron todos á la plaza, y allí hicieron alto formando los soldados las armas en pabellon. Solo el Brigadier y los cuatro jóvenes siguieron hasta la iglesia, cuyas puertas estaban abiertas, y con luces el único altar que adornaba sus desnudas paredes, penetrando silenciosos en ella.

Hizoles el Brigadier una seña para que se detuviesen, y avanzó hasta la puerta de la sacristia, donde entró sin vacilar.

Blanca, desde su llegada á la Iglesia, habia dejado el brazo de Eduardo, y adelantándose sola, hasta colocarse enfrente del altar, sobre cuya pobre tarima se veia un cuadro de la virgen de los Dolores, con un Cristo de madera encima, se arrodilló y quedó inmóvil, como entregada á una ferviente súplica.

Entretanto la Condesa, que tambien ha-

bia soltado el brazo de su esposo, le decía á Eduardo, á media voz:

—¿Qué le parece á V. la aventura?

—Nada tema V. señora, su hermana es tan libre hoy como lo será mañana.

—Quien lo duda? Esta ceremonia impía, si es que hay un sacerdote bastante estúpido que se atreva á bendecirla, la anularemos en Madrid.

—Ese es mi deseo.

—Fortuna ha sido, sin embargo, encontrar un jóven tan honrado como V.: mi hermana me ha referido brevemente todas las atenciones y deferencias que le debe, y puede V. estar seguro, que no ha obligado á ingratos.

—Señora, crea V. que mi conducta...

—Entiendo, entiendo; pero no por eso padre y mi marido, dejarán de emplear influjo en favor de V.

—Me agravia V. con sus ofertas...

—Silencio, ya salen.

En efecto, por la puerta de la sacristía,

aparecía en aquel momento un hombre de edad madura, alto y fornido, de atezado rostro y adusto semblante, adornado con las vestiduras sacerdotales, y seguido del Brigadier, y del mensajero que al amanecer hemos visto en el Castillo, y que sin duda ejercía en aquella parroquia el empleo de sacristán.

A su vista se oyó resonar una aguda campana, llamando al parecer á los fieles á misa, porque instantaneamente invadieron la iglesia, todos los que ocupaban la plaza, obligando con su continuo empuje á que los prisioneros se agrupasen junto al altar, para no verse separados.

Luego que el movimiento de entrada pareció haberse un poco sosegado, el sacerdote avanzó, hasta colocarse en medio del altar, donde se arrodiló imitándole todos, y después de una breve oracion, cuyos fragmentos de mal pronunciado latin, se oían á intervalos, á pesar de pronunciarlos en voz baja, se levantó, y dirigiendo su vista á los cuatro jóvenes, que tambien se habian puesto en pié,

y fijando en ellos una escrutadora mirada, preguntóles en alta voz, quienes eran los que solicitaban su ministerio para unirse en matrimonio.

Antes que ninguno contestara, el Brigadier tomó la palabra, y los designó á la mirada del sacerdote, añadiendo que los Condes, el Coronel, y él mismo, como Gefe superior, servirian de testigos, añadiéndole que diese principio á la ceremonia, sin mas tardanza, porque el camino que tenian que seguir, era largo y peligroso.

El sacerdote inclinó su cabeza en señal de haber comprendido, y elevando su voz, de manera que pudiera ser oido distintamente por toda la concurrencia, preguntó al jóven poeta:

—¿Cómo se llama V.?

—Eduardo Alar.

—¿Y V. señorita?

—Blanca de Quirós.

—Son Vds. solteros y libres de todo empeño anterior?

—Si, dijeron ambos á la vez.

—¿Quieren Vds. unirse en matrimonio, segun me asegura uno de sus testigos aquí presente?

A esta pregunta sucedió un penoso silencio, que solo fué interrumpido por una parte de la escolta, que á una seña del Brigadier vino á colocarse en ademan amenazador detrás de los prisioneros.

—Digan Vds. con libertad su pensamiento, añadió el sacerdote; están en la casa de Dios.

Blanca fué la primera que recobró su presencia de ánimo, y tomando la diestra del joven, que temblaba entre las suyas, contestó:

—Si señor, estamos prontos, dé V. principio á la ceremonia.

La Condesa quiso hablar entonces, pero un gesto enérgico de su esposo, la obligó á callar.

El cura tomó de las manos del sacristan un libro, lo abrió y con pausado acento, que no carecia de cierta solemnidad, empezó á

recitar las preces consagradas por la iglesia para estos casos.

El acto continuó sin interrupción, y en medio de un silencio profundo por parte de la multitud, hasta el momento en que el sacerdote dirigió á los esposos las palabras sacramentales, que exigían de ellos un sí bien claro y terminante.

Eduardo á quien correspondía pronunciar lo primero, lo acentuó con voz tímida y confusa; pero Blanca lo contestó con claro y firme acento, á lo que siguió inmediatamente la conclusión de la ceremonia, recibiendo ambos jóvenes de rodillas la bendición del sacerdote.

En seguida, y sin ningún intervalo, el mismo cura subió al altar, y celebró una misa, que oyeron todos aquellos bandidos con profundo recojimiento, en tanto que Blanca, siempre arrodillada, y sin levantar los ojos del suelo, oraba fervorosamente.

Concluida la misa, la iglesia volvió á quedar desierta, excepto los esposos y sus testi-

gos, que invitados por el cura, pasaron á la sacristia á firmar el acta. Entonces fué cuando la Condesa, sin poderse contener, y dirigiéndose á éste, le preguntó, cuanto le pagaban por consumir tan horrible sacrilégio; á lo que el sacerdote, contestó con calma:

—Me han asegurado, señora, que V. se habia opuesto á este enlace, pero como su consentimiento no es en rigor necesario, y los interesados no me han manifestado la menor oposicion....

—Pero ¿acaso ignora V. que mi hermana tiene diez y siete años, y que á su padre, al Marques del Encinar, Grande de España de primera clase, es á quien correspondia haber prestado el consentimiento?

—Ante Dios, señora, no hay títulos ni privilegios. Se me ha dicho que úna en matrimonio á estos juvenes; se ha instruido el expediente con todas las formalidades, que la premura de las circunstancias y el estado del pais permiten, y para cuyos casos excepcionales tengo licencia de mis superiores, se

han unido ya de su libre y espontánea voluntad; solo Dios ahora podrá desatar lo atado.

—Sin necesidad de acudir tan alto, me parece que se desatará.

—No lo comprendo, Señora.

—Ya lo comprenderá V. cuando tenga que responder de su conducta ante los tribunales.

El sacerdote dirigió una mirada interrogadora á todos los circunstantes, hasta que, tropezando con la burlona sonrisa del Brigadier, éste le tranquilizó diciéndole:

—No se atormente V. Sr. Cura, por esos desahogos de mi señora la Condesa, firmemos el acta, que si ella se niega á hacerlo, tal vez antes de media hora se arrepienta.

—Que valen esas firmas, arrancadas por el cañon de vuestros fusiles?

—Firmemos, Mercedes, dijo á esta sazón el Conde, y salgamos de aquí.

La Condesa se sonrió con desden, y cuando le llegó su turno firmó sin vacilar, y como si hubiese tomado ya su resolución.

Concluido todo, y sin dirijir un solo movimiento de saludo al Cura, ni á sus odiosos carceleros, tomó del brazo á Blanca y precipitadamente salió con ella á la plaza.

Agrupábase todavia la multitud al rededor de los soldados, que animados y contentos, con el fusil en la mano, esperaban las órdenes de sus gefes para continuar la marcha, sin que nadie se cuidara de las dos nobles niñas, que solas en el humilde vestibulo de la Ermita, no habian cambiado una palabra, despues de la escena del casamiento.

A los pocos minutos llegaron el Conde y Eduardo, siguiéndoles inmediatamente los dos Gefes carlistas.

—Ya son Vds. libres, exclamó el Brigadier, luego que estuvieron todos reunidos; nada mas exijo de Vds., sino que se acuerden de mí en sus oraciones. Y V. linda prisionera, añadió tendiéndole la mano á Blanca, perdóname V, mis impertinencias, en cambio del buen marido que he tenido la dicha de proporcionarle.

Blanca aceptó sin repugnancia la mano que se le ofrecía, y no queriendo que se interpretara como irónico aquel cumplimento, contestó sonriendo melancolicamente.

—Hágase la voluntad de Dios.

—Adios, bella enemiga, repuso el viejo, mirando á la Condesa, pero sin ofrecerle la mano.

—Nos veremos, respondió ella.

—Si llego á Madrid con el Rey mi Señor, le ofrezco á V. una visita.

—No faltará quien la devuelva.

—Adios, interrumpió el Conde, deseando alejarse lo mas pronto posible de aquel sitio.

—Adios, señores, tartamudeó el Coronel siempre avaro de palabras.

—El guia espera á Vds. á la salida del pueblo, añadió el Brigadier, síganle sin temor que es hombre de toda mi confianza. Dentro de una hora, atravesando el bosque que está á la izquierda, hallarán Vds. su coche y un camino que los conducirá recta-

mente á las llanuras de Castilla.

Y acercándose á Blanca, que habia vuelto á tomar el brazo de su hermana, y entregándole un papel doblado, añadió:

—Ese es mi regalo de boda.

Estas fueron sus últimas palabras. Hizoles un profundo saludo, y se retiró á la Ermita con su compañero, dejando á los cuatro jóvenes continuar libremente su viaje, seguidos de las curiosas miradas de todos los vecinos.

Junto á la última casa, y sentado sobre un tosco banco de madera, les esperaba el sacristan de la parroquia, armado con una larga carabina y dos pistolas, anunciándoles que era el guia prometido por el gefe carlista; y sin esperar respuesta echó á andar, haciéndoles seña de que continuasen su camino.

Blanca y su hermana, asidas siempre del brazo, siguieron en efecto sus pasos, cerrando la marcha el Conde y Eduardo, en medio del mas completo silencio.

En esta forma atravesaron el bosque, cruzaron la montaña por su base, bajaron por una pendiente rápida á un valle, y junto á una casa de alegre aspecto, encontraron su berlina, con los mismos criados que habian estado en poder de los facciosos, y á los cuales no habian vuelto á ver.

El guia insistió en llevarles hasta el pueblo mas cercano, y subió al pescante con el cochero, en tanto que los jóvenes entraron en el carruaje, siempre silenciosos y pensativos.

El papel, sin abrir, permanecia en las manos de Blanca, hasta que, viéndole el Conde le tomó, le desdobló y leyó en voz alta lo que sigue:

«Por el presente mando á todos los gefes, oficiales y soldados del ejército real, que se hallan bajo mis órdenes, dejen libre y franco el paso á D. Eduardo Alar y su señora y á los Condes del Álamo, para que puedan continuar su viaje á Madrid, sin exigirles rescate, retribucion ni indemnización de ningun-

na especie y protegiéndoles caso necesario.

Juan Batiñol.»

—Un salvo conducto en regla, añadió el Conde, despues de haberlo leído.

—Arrojalo al camino, exclamó la Condesa, exasperada sin duda por la mencion que en él se hacia del matrimonio.

—Me guardaré Lien de ello, repuso el Conde, encerrándole cuidadosamente en su car-cera.

Eduardo y Blanca, continuaban siempre guardando el mas absoluto silencio.

A las dos horas el coche se detuvo; habia llegado al pueblo y parándose enfrente de una posada, lo única que en él se encontraba.

El guia habia desaparecido. El Conde abrió la portezuela, y sin salir, llamó á sus criados.

—Infórmense Vds., dijo, á que distancia encontramos de la Villa mas cercana.

El cochero volvió á los pocos minutos.

—A cinco leguas. señor.

—¿Los caballos podrán llegar allá antes de

anochecer.

—Si señor.

—¿Conoce V. el camino?

—Estamos en la carretera.

—Pues adelante.

—Espere V., dijo en este momento Eduar-  
do, y levantándose saltó al camino por la  
portezuela abierta.

—¿Qué hace V.? preguntó el Conde.

—Dispénsenme Vds. si los dejo, contestó  
el jóven, pálido el semblante y con voz mal  
segura, harto funesta les ha sido á Vds. en  
presencia, para que continúe molestándoles

—Pero.... si V. no molesta....

—Permitame V. concluir.... Inútil creo de-  
cirles, que lo que ha pasado hoy, perman-  
ecerá eternamente encerrado en el fondo  
de mi corazón, y que solo, deseándolo Vds.  
les volveré á ver. Esta señorita es libre, no  
me reconozco derecho alguno sobre su per-  
sona, y estoy dispuesto á hacer, cuanto se  
juzgue indispensable, para devolverle  
tranquilidad.

—Es V. un hombre de honor, y puede V. contar conmigo, dijo el Conde, dándole un afectuoso apretón de manos.

—Cuidaremos de su porvenir, añadió la Condesa, sonriéndole con protectora amabilidad.

Eduardo se inclinó, sin responder, y dió un paso para alejarse.

Blanca, entonces, tendió sus dos manos al jóven, y exclamó con voz envuelta en lágrimas:

—Oh... venga V.

—Imposible....

—Se lo ruego, á V.

—No... no puedo.

—Por piedad, acceda V. á mis súplicas.

—Blanca, Blanca, si en algo me estima, déjeme aquí y aljese, ¿no ve V. lo que sufro?

—Pero ¿le aguardo á V. en Madrid?

El poeta movió tristemente la cabeza.

—Acuérdese V., Eduardo, añadió la jóven con creciente exaltacion, que ante Dios y

ante los hombres soy su esposa.

—Blanca! gritó desde el fondo de la berlina la Condesa, procurando cerrar la portezuela y cortar así, bruscamente, tan imprudente diálogo.

Pero la niña, deteniendo á su hermana con un ademán lleno de suprema dignidad, y sin revelar temor alguno, siguió diciendo al poeta, que inmóvil la escuchaba.

—Y bien, ¿no es V. mi esposo? ¿quiere V. que le acompañe? .. Diga V. una palabra, y me verá dispuesta á obedecerle.

Y rápida, como el pensamiento, se levantó, cual si fuera á salir del coche.

Entonces, Eduardo se acercó á la portezuela, y mirándola con una expresión de inlecible cariño, que revelaba todo lo que sentía en aquel momento su corazón, contestóle con enérgico y apasionado acento:

— Gracias, Blanca, gracias, por las dignas palabras de V.; jamás podré olvidarlas, porque ellas me devuelven el aprecio de

mi mismo, que creia perdido..... Siga V. á su familia... .. Borre V. de la memoria tan funestos dias..... olvideme V., y.... sea V. feliz....

Diciendo esto, cerró convulsivamente la portezuela, hizo una seña al cochero, y el carruaje se alejó con rapidez, en medio de una nube de polvo.

El pobre jóven, al verse solo en medio del camino, se cubrió el rostro con las manos, y dos lágrimas ardientes se desprendieron de sus ojos, que avergonzado, se apresuró á enjugar, con un movimiento de mucha desesperacion.

Los aldeanos le miraron asombrados, en tanto que él, lanzándose hácia el meson, pedia á toda prisa un caballo.

Media hora despues, salia á galope del pueblo, corriendo en pos de la berlina.

¿Quería alcanzarla? No. ¿Quería descubrirla? Si.

Encontrábase en esa situación desesperada  
en que somos felices, hasta con solo ver el  
objeto inanimado, que se relaciona con nues-  
tras ilusiones.

---

## CAPÍTULO XIII.

### LA CITA.

Un mes ha transcurrido desde el día en que tuvo lugar el improvisado casamiento de Blanca de Quirós.

Eduardo llegó á Madrid, sin contratiempo alguno, pocas horas despues de la berlina, que conducia á sus nobles amigos, y fué á vivir á una casa de pupilos de la calle del Caballero de Gracia, donde solia asistir, siempre que residia en la coronada Villa. Un pequeño gabinete con balcon á la calle, y otro interior, que le servia de dormitorio, componia el total de sus habitaciones.

Veíase amueblado el gabinete con un cómodo divan, cuatro sillas y una mesa, y el resto, cubierto de libros, periódicos y manuscritos, colocados unos en humildes tablas, fijas en la pared, otros en el suelo, y algunos invadiendo la mesa y los asientos,

sín dejar á veces sitio para poner el pié.

De un año á otro quedaba alquilada la habitacion, con prohibicion espresa de tocar los libros y papeles, pues si bien el jóven era aficionado al órden, asi en lo moral como en lo fisico, preferia aquel desórden aparente, motivado por lo exiguo del aposento, al disgusto de no poseer una numerosa y variada libreria. En el dormitorio, solo se descubria una cama con cortinas verdes, una lavadera, un baul, y dos sillas, sin que tanto poco pudiera haber mas.

Desde su llegada á Madrid, Eduardo ha reanudado sus escasas relaciones, y ha visitado, con una perseverancia, estraña á sus costumbres, las redacciones de los periódicos de oposicion, y hasta las de aquellos pocos consagrados esclusivamente á cuestiones literarias. En ellas ha ofrecido su pluma; como todos conocen su aventajado talento, su erudicion poco comun, y sus ideas democráticas, es acogido con afan, festejado por todos, y alhagado con mil promesas de aplausos.

so y lucro.

Serio siempre, triste, y con frecuencia pen-  
sativo, acoge con gratitud estas muestras de  
simpatía, escribe sin cesar por mañana y no-  
che, y solo de tarde suele salir á dar una  
vuelta por el Prado ó el Retiro, registrando  
en estas breves escursiones con ávida mira-  
da el interior de los carruajes, que atravie-  
san ó se detienen en el paseo. Pero, de re-  
greso á su casa, se deja caer en el divan, fi-  
ja su vista en un punto indeterminado del  
gabinete, y ya haya luz ó no, permanece ho-  
ras enteras ensimismado, ó como suele decir-  
se, soñando despierto.

La aventura de su prision y rescate por  
los facciosos, ha permanecido completamen-  
te ignorada, y nadie ha sospechado siquie-  
ra las escenas de la torre, ni el casamiento  
en la aldea.

Favorecido por esta circunstancia, ha po-  
dido descubrir que el Marques del Encinar  
goza de gran favor con la Reina regente y  
con el ministerio; que vive una suntuosa

casa de la calle de Alcalá, y que, después de haber estado desauciado de los médicos, se encuentra ya fuera de peligro, y dispuesto á reanudar sus intrigas palaciegas, en las que parece se halla muy versado.

Hay quien diga, que si la expedición de D. Carlos á las Castillas se lleva á efecto, como ya se anuncia, y cae el ministerio, el Marques del Encinar será llamado á sostener el vacilante trono de la hija de Fernando, tanta es la confianza que inspiran su firmeza de carácter, su energía y su temerario arrojo.

La situación política de España al principiar el año de 1837, continuaba siendo angustiosa y lamentable. La guerra civil ardía frenética y sangrienta en sus más bellas provincias, y hermanos contra hermanos, padres contra hijos, se lanzaban ciegos al campo de batalla, para defender ideas que no entendían, é intereses, que por entonces en poco les afectaban. La Reina Gobernadora, aceptando un sistema liberal que odiaba, y procurando es-

endar con el entusiasmo de la juventud, el vacilante trono de su hija, oponia siempre las mágicas palabras de libertad y constitucion, á las aborrecidas de inquisicion y absolutismo, que con necia insensatez proclamaban sus contrarios. Fuera suyo el triunfo, que luego se reservaba amordazar á los mismos, que en aquel momento lidiaban por su dinastia en campos y ciudades, ó en el estadio de la prensa.

La causa de D. Carlos, favorecida por las potencias del norte, se presentaba aquel año bajo un aspecto mas favorable. Repetidas victorias en el país vasco, en el alto Aragon, Cataluña y la Mancha, habian enardecido sus tropas y envalentonado sus caudillos, que trataban nada menos, que de apoderarse por un golpe de mano de la capital de la monarquia. Secretas inteligencias, mucho oro derramado á manos llenas entre el bajo pueblo, y la tropa, y el apoyo de una parte muy considerable de la aristocracia y clero, daban una apariencia de verdad á las atrevidas em-

presas del viejo pretendiente.

El gobierno, que no desconocía estas intrigas, y sabía que la aproximación de un ejército carlista, sería la señal de una insurrección en Madrid, vigilaba con cuidado los barrios y los cuarteles, teniendo la vista fija en ciertos altos dignatarios, que aparentando un grande interés por Isabel, hacían ardientes votos por el triunfo de la causa absolutista.

En medio de esta agitación creciente, que los liberales exaltados hacían mas peligrosa con sus excitaciones patrióticas, su desconfianza del Gobierno, y la traición en que veían envuelta cada derrota, Eduardo, firme en el puesto que en la prensa había elegido, combatiendo rudamente la falta de iniciativa, de patriotismo y de energía, que se observaba en el ministerio, aconsejando medidas salvadoras, denunciando la imprevisión de los jefes militares, y desenmascarando á los que se ocultaban bajo los colores liberales, ganaba en importancia, cada día, y aparecía

en primera fila entre los audaces adalides, que preludiaban ya el advenimiento de Espartero.

Al llegar una noche á su casa el jóven periodista, despues de su acostumbrado paseo al Retiro, se encontró con dos cartas, que durante su ausencia le habian dejado, una de cubierta plebeya, con el timbre del correo, y otra olorosa, perfumada y de aristocratico blason.

Con las cartas en la mano, y sin dejar traslucir la inquietud que le inspiraban, el jóven entró en su cuarto, encendió por si mismo la luz, cerró la puerta, y se acercó á la mesa, sentándose conmovido junto á ella.

Despues de algunos momentos de vacilacion, dejó caer la carta aristocrática, y abrió primero la que llegaba por el correo.

Su contenido era el siguiente:

«Inolvidable prisionero: Como supongo que despues del lance de la parroquia, he de merecer á V. un profundo afecto, á fuer de agradecido, le escribo á V. estas líneas

para renovarle la espresion de mi amistad, y aconsejarle á V. que no nos espere en Madrid, donde creo llegar dentro de pocos dias acompañando á nuestro augusto Soberano, el señor D. Carlos V; y le doy á V. este consejo, porque no siempre estamos de humor de rescatar, ni se encuentran á dos tirones diez mil duros de sobra. Sé que V. nos está ayudando en la prensa, si bien en campo distinto. Los golpes que reciba el Gobierno, sea cual fuere su procedencia, son de nosotros aplaudidos. Deseo saber de su señora esposa, á quien dará V. de mi parte un cariñoso abrazo. Si el papa le hace á V. mala cara róbelala V. y véngase con nosotros, donde encontrará colocacion. Aquí escasean los hombres de talento, pues no hay mas que curas y sacristanes. Si se decide, V. le empeño mi palabra de honor de que será V. nombrado secretario particular de S. M.—En tanto llega ese dia, que deseo sinceramente, reciba V. etc. etc.—Juan Batiñol.»

Una sonrisa de desprecio se dibujó en los

labios de Eduardo al concluir la lectura de tan impensado mensaje, y arrojando la carta sobre la mesa, tomó la otra, rompió despacio el sobre, la desdobló y leyó lo que sigue:

«Sr. D. Eduardo Alar.—Muy Sr. mio: espero de la bondad de V. se sirva pasar por esta su casa, calle de Alcalá, mañana á las 12 del mediodia, donde hablaremos de asuntos que á ambos nos interesan.

Soy de V. etc.—El Marqués del Encinar.»

Seguia la fecha.

—Es extraño, murmuró Eduardo, despues de algunos minutos de silenciosa meditacion hablándose á si mismo, ¿qué nueva humillacion me prepara esa familia? ¿qué nuevo sacrificio exige de mi? Tal vez quiera que me aleje de la Côte para no recordar con mi presencia una intimidad pasada, que la hace sin embargo, avergonzar. Y bien, si Blanca lo quiere, me alejaré; abandonaré esta vida activa, tan agena de mi carácter, entraré de nuevo en la oscuridad, romperé la pluma, y viviré en cualquier pueblo de

provincia, rodeado de mis libros, y acompañado de mis recuerdos. Mi visita de mañana, será la última transacción con mi legítimo orgullo. ¿Porqué he de ir yo á su casa, y ellos no á la mia? Oh.... yo les haré comprender, que á pesar de sus palacios, de sus riquezas y de sus títulos, hay aquí un corazón, que vale mas que sus títulos, sus riquezas y sus palacios. Insensatos, que en su miserable pequeñez se creen de otro barro que nosotros, y no sienten rugir á lo lejos la tempestad revolucionaria, que acabará con sus blasones, y fundará sobre sus ruinas la aristocracia del talento y de la virtud, única que el mundo acatará, porque será personal, no hereditaria, porque se fundará en la igualdad y en la justicia. nó en el capricho del nacimiento, ni en el recuerdo de mentirosos servicios, que la sociedad no reconoce ni respeta. Si aun son poderosos, yo les haré ver que su fortuna no me deslumbra, ni me desvanece su influencia, ni me arredran sus pergaminos; tengo derecho

á ser respetado y lo seré.

Al pronunciar estas palabras, estrujó con cólera el billete, y lo arrojó con la carta en medio de sus papeles.

Quiso entonces leer, pero las letras le oscilaban en el libro; quiso escribir, pero las ideas llegaban á su cerebro desordenadas y confusas: inclinó la cabeza, y continuó su silenciosa meditacion, que duró hasta media noche.

Pálido, triste y abatido se levantó al fin, y se acostó.

Tal vez no consiguió dormir, pero la imagen de Blanca, hermosa, pura é inmaculada, flotó constantemente delante de sus ojos, y luminosa la vió toda la noche, apesar de la oscuridad.

## CAPITULO XIV.

### ENTREVISTA.

Las doce del día sonaban en el reló del Buen-Suceso, cuando Eduardo, vestido sencillamente de negro, atravesaba la puerta del Sol, y descendía, por su acera derecha, la calle de Alcalá, deteniéndose delante de una magnífica casa, con honores de palacio, sumptuosa morada donde residía el Marqués del Encinar, cuando sus negocios le llevaban a Madrid.

Esperábanle allí sin duda, porque tan pronto dijo su nombre, el portero le guió hasta el entresuelo, y entregándole á un lacayo de lujosa librea, éste le condujo sin vacilacion alguna á una preciosa antesala, donde le dejó en manos de otro dependiente de mas elevada categoria, que haciéndole seña de que se detuviese, y abriendo una puerta de cedro, que en el fondo se descubria, le anun-

ció en voz alta á un personaje, hasta entonces invisible, y que Eduardo suponía fuera el Marqués.

Esta suposición se convirtió en realidad, cuando, inclinándose respetuosamente el criado, le dejó franca la entrada, y pudo penetrar al fin en un lujoso gabinete, artísticamente decorado, y en el cual se paseaba con magestuosa lentitud un anciano, alto, seco y delgado, envuelto en una rica bata, y con los brazos cruzados á la espalda.

Al entrar Eduardo, se detuvo, y tendiéndole cortesmente una mano, le hizo seña de que se sentara, lo que aquel hizo, colocándose él en frente, y fijando con curiosidad sus ojos en la franca mirada del periodista.

No bien estuvieron sentados, el anciano habló de esta manera:

—Creo estar en presencia de D. Eduardo Alar.

El jóven se inclinó, y su interlocutor continuó diciendo:

—Soy el Marqués del Encinar, y mi nombre

le revelará á V., caballero, sin necesidad de mas esplicaciones, el objeto de esta entrevista.

—Espero las órdenes de V., Sr. Marques.

—He sabido con placer la conducta generosa y desinteresada, que en la Mancha ha observado V. con mi familia; las atenciones que ha prodigado V. á mis hijas, y los sacrificios, que se ha impuesto voluntariamente, en los dias de tribulacion, que juntos han pasado. Actos son éstos, que no quedarán sin recompensa. Se lo juro á V.

—Si V. me permite....

—Si; ya se que V. ocupa una posicion honrosa en la prensa, que es V. un jóven de talento, y aunque, disimule V. á mis canas esta observacion, las ideas de V. sean un tanto sediciosas, debe tenerse en cuenta sus pocos años, su inesperienza y la falta de proteccion. Pero, no es de esto, nó, de lo que hoy se trata; dia llegará en que podamos hablar de ello; hoy quiero ocuparme de un asunto, que desde que lo supe, me tiene preo-

cupado, y ha sido causa de que moleste á V., no pudiendo por mi enfermedad trasladarme á su casa, como lo deseaba.

—Escucho á V....

—Ya recordará V. el pünible atentado que el Brigadier Batiñol, preparó y llevó á efecto en una oscura parroquia de la Mancha, atentado que, si bien pudiera ser perseguido por los Tribunales, llevaria mi nombre al terreno de la publicidad, y daria lugar á comentarios, que perjudicarian el buen nombre y el porvenir de mi hija.

—Soy de la opinion de V., Sr. Marqués.

—Cerrado este camino, solo nos queda el dé Roma, á cuya Córte pienso dirigirme secretamente para anular y desatar unos votos, arrancados por la fuerza y el terror, y que de hecho y de derecho son nulos, impíos, y sacrilegos.

Eduardo se inclinó sin responder.

—Para ello, necesito que ambos firmen una oposicion, en la que, despues de relatar los sucesos, poniéndolos en su verdadera luz, so-

liciten Vds. del Papa la nulidad de aquel sacramento, y le pidan les devuelva su libertad. Yo me encargo de allanar todas las dificultades que se presenten, y de obtener la correspondiente Bula. Espero que por parte de V. no habrá dificultad.

—Nunca la he tenido, repuso el jóven con mal segura voz; cuando por vez primera oí la proposicion del Gefe carlista, me opuse secundarle, y no me intimidaron sus amenazas de muerte; pero su familia de V. suplicó, y forzoso fué ceder y obedecerla; luego, concluida ya la ceremonia, juré espontáneamente un eterno secreto, asegurando á su hija de V., en presencia de los condes del Alamo, que era completamente libre, y que jamás me consideraria ligado á ella por vinculo alguno, más que por el de una cordial amistad, y una adhesion profunda. Ya ve V. caballero, si por mi parte podrá V. encontrar obstáculo á sus deseos.

—Gracias por tanto desinterés, en mi nombre, y en el de mi hija.

—¿Ha firmado ella?

—Aun nó; si bien la he enterado del objeto de esta entrevista, y sabe que hoy debia venir V. á arreglar definitivamente este asunto.

—En ese caso, disponga V. de mi, pronto estoy á suscribir esa solicitud.

—Preparada está; puede V. leerla.

—Me es absolutamente indiferente la forma de su redaccion, si está escrita, la firmaré.

—La firmarán Vds. juntos, para lo cual llamaré á Bianca, pues así me lo ha suplicado

—Ah ...

—Si; ha tenido ese capricho, tal vez con el objeto de repetirle á V. personalmente las gracias.

—Reconozco en esa suposicion la bondad de su hija de V.

—Tiene en efecto un carácter bastante sencillo y natural, que en nada se parece al de su hermana.

—He tenido ocasion de conocerla y de

apreciar sus cualidades, y creo Sr. Marques que hará la felicidad de todos los que tengan la dicha de vivir á su lado.

—Las jóvenes que, como ella, Sr. de Alar, se encuentran en una posición elevada, tienen ciertas obligaciones que cumplir, que en nada se parecen á las que Dios ha impuesto al comun de las mugeres.

—No comprendo....

El Marqués se sonrió con cierta expresión de lastima.

—En verdad que no puede V. comprenderme. Decia, pues, y esto es una nueva prueba de la confianza que V. me inspira, que mi hija Blanca, tiene, con pesar lo digo, ciertos instintos... casi democraticos, nacidos del aislamiento en que ha vivido, y que espero desaparezcan, tan pronto respire algunos meses, la atmósfera que la ha de rodear desde ahora.

—Es probable.

—No hay que dudarlo; esa afición que hoy muestra á los periódicos radicales, y espe-

cialmente al que V. redacta, como mas avanzado, se cambiará en hastio; su amor á las letras, se trocará en una proteccion razonable, de que se encargara su mayordomo, y la politica, con sus nobles intrigas y sus violentas emociones, llenará completamente su tiempo y su corazon.

—Y ¿cree V. que sea dichosa?

—Y ¿cómo no serlo? Riquezas, posicion, nobleza, influjo, todo le brinda una existencia feliz. Dentro de poco, unida á uno de nuestros mas esclarecidos nombres, aumentará la influencia de nuestra ya poderosa familia, y trabajando de acuerdo con su noble esposo, llegaremos juntos á disponer tal vez del porvenir de España.

—¿Cree V. que vuelvan los tiempos de los favoritos?

—Y de las favoritas, contestó con fina sonrisa el viejo; y añadió luego en tono confidencial; pero le confieso á V., que es preciso manejar á esa chicuela con algun tino, porque posee, independiente de mi ser-

tuna, los cuantiosos bienes y título de su tía la Condesa de Villa-castro, que al morir se los legó, con la espesa y ridícula condición, de que pudiera disponer de sus productos, á los quince años, y de la propiedad de los mismos, á los diez y ocho, es decir, que, desde hace pocos días, es dueña absoluta de ellos. Los diez mil duros del rescá-te de V, y los diez mil del de ella, de su propio peculio se han pagado.

—Ah! y el jó.en dió un suspiro de satisfaccion.

—No lo sabia V.?

—Lo ignoraba.

—Yo al principio me opuse, pero ella con esas frases suaves y afectuosas que ocultan un carácter enérgico y tenaz, propio de nuestra familia, consiguió y obtuvo que los veinte mil duros fueran satisfechos de su propia fortuna.

—La reconozco en ese razgo.

—Oh, es una jó.en de mucho talento, de recto corazon, y de una hermosura, que

á mi mismo me ha sorprendido, pues hacia tres años que estábamos separados. Lo digo sin pasion, estoy contento y orgulloso con mi hija, caballero.

—Y debe V. estarlo, Sr. Marques.

—Ya oirá V. el ruido que hará su aparicion en la Côte, y los aplausos de que va á ser objeto.

—Nunca serán tantos, como ella se merece.

—Me complace su voto de V, tanto mas cuanto que ha tenido V. ocasion de conocerla y juzgarla por si mismo: ahora concluyamos de una vez este enojoso asunto, para lo cual me permitira V. la llame.

El jóven se inclinó, y un ligero estremecimiento, reveló solo la emocion que sentia.

El Marques alargó la mano negligentemente y tiró de un cordon. Abrióse al punto la puerta, y apareció un lacayo en el dintel.

—La señorita Blanca.

El criado saludó profundamente, y salió.

---

## CAPITULO XV.

### ESPLICACIONES.

Pocos minutos despues, el suave crujido de un vestido de seda se dejó oír á lo lejos; una elegante cortina de terciopelo carmesí, que cubria una puerta interior, se entreabrió en el fondo, y Blanca apareció bajo aquel improvisado dosel, vestida sencillamente de negro.

Eduardo se puso bruscamente en pié, y con esa muda admiracion, innata en toda alma locamente apasionada, se quedó inmóvil contemplandola, sin acordarse del Marques, de sus promesas, ni de su posicion. Y es que nunca tan hermosa se habia aparecido á sus ojos. Su imaginacion vencida, se humillaba ante aquella maravillosa realidad.

Blanca se detuvo en el dintel, su semblante se coloró ligeramente, y despues de un instante de vacilacion, avanzó resuel-

tamente hácia el jóven.

Al ver acercarse aquella luminosa aparición, que hacia tantos dias venia constantemente á be-mosear su intranquilo sueño, el pobre poeta, sacudió, por decirlo así, la embriaguez voluptuosa que le dominaba, y dió un paso á su encuentro, para convencerse de su identidad. Cruzarónse, por último, sus miradas, sus manos llegaron á tocarse, y sin pronunciar una palabra, Blanca enjugó una lagrima, y Eduardo saludó, inclinándose con profundo y afectuoso respeto.

El Marques hizo señá á los jóvenes de que volvieran á sentarse, y con el aplomo de un hombre, seguro de su mérito; que vá á tratar una cuestion resuelta, y de escasa importancia, se envolvió cuidadosamente en su bata, cruzó una pierna sobre otra, dejó vagar con estudiada negligencia su mirada por los artesonados del techo, y los muebles del salon, y con voz reposada, dijo:

—Aquí tienes, hijo mia, á D. Eduardo

Alar, honrado jóven y aventajado periodista, que no contento con los servicios que ha prestado á la familia, durante tu prision en la Mancha, se halla dispuesto, sin condiciones, á firmar la solicitud, que sabes se halla reductada, para elevarla, por conducto del Nuncio, á su Santidad. Deseo le des personalmente las gracias, y que sepa de tu boca que la casa del Marques del Encinar, se confiesa con gusto deudora de tan recto proceder, y pagará con usura, al que tan noble y lealmente la obliga.

Bianca, sin mirar á Eduardo, contestó:

—Conocidas me son sus intenciones, y apreciados tengo sus servicios, querido papá, sin que juzgue necesario, volverle á significar mi agradecimiento; lo único que debo advertir á V. es que, si desea satisfacer de algun modo la inmensa deuda de gratitud, que sobre nosotros peca, no le lable V. nunca de proteccion, ni de recompensas; el Don Eduardo, que yo he conocido, y que creo conocer, aprecia mas nuestra amistad,

que tolos nuestros títulos y riquezas.

Y la jóven fijó entonces su franca mirada sobre el poeta, que inmóvil la escuchaba, sin atreverse á dar crédito á lo que oía.

El Marques pareció un tanto sorprendido de este lenguaje, y miró con estrañeza á su hija; pero recobrando luego su diplomática gravedad, repuso, sonriendo con aire de inteligencia:

—En verdad, hija mia, yo ignoraba que existiesen caracteres tan completamente desinteresados como el de este caballero, por lo que, còrdialmente le felicito; réstame pues, ofrecerle nuestra sincera amistad, y esperar que algun dia, seamos tan felices, que llegue á necesitarnos.

—Su hija de V. Sr. Marqués, contestó el jóven, terciando en el diálogo, ha interpretado fielmente mi pensamiento; dejemos pues á un lado las promesas, y permítame V., que acepte con efusion la amistad con que se me quiere honrar.

—Arreglado ese punto tan á satisfaccion de todos, continuó el Marques, pasemos ahora al objeto que motiva esta entrevista.

Los jóvenes guardaron silencio.

—Sobre la mesa está, prosiguió diciendo, la exposicion que Blanca ha leído, y que V. no ha querido leer, sin que nada le falte, mas que autorizarla; firmenla, pues, Vds., que yo me encargo luego de que obtenga un éxito pronto y favorable.

Despues de otro instante de penoso silencio, Eduardo se levantó y se acercó á la mesa.

—Deténgase V. un momento, exclamó Blanca, estendiendo el brazo en direccion á él, y en ademán de súplica.

El joven se detuvo, sorprendido. El Marques miró á su hija con aire interrogador, y ella continuó diciendo:

—Antes de suscribir esa solicitud, preciso es que sepa Eduardo,—y acentuó el nombre con firmeza—lo que yo he resuelto respecto de mi firma.

—No comprendo....

—Va V. á comprenderlo, querido papá, y perdóneme V. si no lo he hecho antes, por que deseaba, que esta esplicacion decisiva y solemne, tuviese lugar á presencia de los tres.

—¡Una esplicacion!

El jóven apoyado en la mesa, permanecia en pie, pálido y silencioso, con el corazon latiéndole violentamente.

—Si señor, una esplicacion, que haré con todo el respeto que merece un padre tan cariñoso é ilustrado, como el que tengo la dicha de poseer.

—No acierto....

—Oigame V. con indulgencia, y no me juzgue V. con precipitacion, si en algo cree que le ofendo, porque jamas será esa mi intencion.

—¿Qué preámbulos son esos?....

—Va V. á ver .. Cuando sin intencion alguna por parte de nosotros, se nos propuso ese matrimonio, que hoy se pretende anular, se nos dió á elegir, francamente, entre acep-

tarlo ó morir. El hombre que durante mi prision habia sido para mí un cariñoso hermano, un respetuoso amigo, un constante y desinteresado defensor, eligió sin vacilar la muerte, no porque me juzgara indigna de llevar su nombre, sino porque no queria, en su alta dignidad, deber á una sorpresa, lo que solo á un mutuo afecto se concede, cuando se desea que esa union eterna, sea bendecida por Dios. Yo, sin embargo, ménos heróica que él, no pude ni quise aceptar tamaño sacrificio, y salvando con placer la vida del Conde y la suya, opté por el matrimonio, tal como se nos ofrecia, consiguiendo al fin, vencer su justa repugnancia.

—Todo eso lo sabemos;—repuso el Marques con visible impaciencia, aunque sin poder adivinar adonde se dirigia el discurso de su hija.

—Conviene recordarlo, para que aprecie V. mejor mi explicacion.

—Prosigue.

—Dado el consentimiento, fuimos condu-

cidos á la Iglesia, en la cual, al pie de los altares, un sacerdote nos unió, despues de consultar nuestra voluntad, y de contestarle ambos afirmativamente, sin que en aquel momento nadie se atreviera á violentarnos. Firmóse el acta, y desde entonces quedamos unidos para siempre, ante Dios y ante los hombres.

—Y quién lo duda?

—Ahora bien, padre mio, si V. cree, como yo, que este caballero es mi esposo, queda reducida mi esplicacion á manifestarle á V. con lealtad y franqueza, lo que, despues de largas y maduras reflexiones mi corazon y mi conciencia me han dictado.

—Veamos.

—No creo que el Padre Santo tenga poder bastante para romper el lazo que nos une, y si lo tuviera, no me juzgaria por eso desligada del sacramento, que voluntariamente acepté. Soy esposa de D. Eduardo Alar, y lo seré con orgullo mientras viva. Jamás mi firma aparecerá al pie de ese do-

cumento, que seria la abdicacion de mi dignidad como muger, y de mi conciencia como cristiana Perdóneme V., papá, pero esa es y será siempre mi última é inmutable resolución.

El Marques, mudo de asombro, se llevó las manos á la cabeza, se levantó, volvió á sentarse, y rompiendo al fin el silencio, con voz balbuciente por la cólera, exclamó:

—Qué estoy oyendo? Será posible que una hija mia se atreva á pensar de ese modo?

—Señor....

—Silencio, ó la espresion de mi enojo te dará á conocer de lo que soy capaz....

—Estoy dispuesta á todo.

—Calla, hija imprudente y mal aconsejada.

—Mi deber....

—Calla, vuelvo á repetir, y si puedes, oye por un momento la voz de la razon. ¿Has calculado las consecuencias de tu impremeditada conducta? ¿Has llegado á pensar en

la vergüenza que te espera, en el oprobio que caerá sobre tu noble frente, el día en que se haga público ese absurdo y monstruoso consorcio?

—Caballero, exclamó Eduardo, avanzando en ademan amenazador, me está V. gratuitamente insultando.

—Perdóneme V. Eduardo, es mi padre. Y la niña poniéndose resueltamente en pie, estendió el brazo con sencilla resignacion, aunque sin dar indicios de debilidad.

—Esa muger está loca, gritó el Marques levantándose tambien con ademan airado.

—Cálmese V., padre mio, y escuche y medite V. mis palabras; lo que está hecho sin culpa nuestra, solo Dios puede deshacerlo, y muy temerario seria el que otra cosa intentara.

—Pero ¿que tiene que ver Dios en esta cuestion puramente terrenal?

—Es que, no la vemos nosotros bajo el mismo punto de vista; Dios ha declarado ese nudo indisoluble, y V. cree que hay un po-

der en la tierra, bastante fuerte para desartarlo. Ahí está el error, padre mio.

—Blanca, Blanca, tu quieres amargar mis últimos días?

—Oh, no lo crea V., no; escúcheme V. hasta el fin, y verá V. como ya tengo hecho, en aras de sus preocupaciones, para mi sagradas, el sacrificio de mi vida entera.

—Pero si yo no exijo esos sacrificios...

—Son necesarios, padre mio, para su tranquilidad de V., y para la realización de esos proyectos, que tanto lugar han tomado hoy en su laboriosa existencia. Conozco, y lo digo con indignación, que nuestra alta sociedad nos miraría con desden, si se supiera el enlace que he contraído; y olvidándose de las nobles cualidades del hombre, cuyo nombre llevo....

—Blanca!

—Si señor, cuyo nombre llevo, me cerrarían tal vez las puertas de sus palacios, y se apartarían de nosotros con horror; tal es la estupidez de ciertas gentes. Por eso en presencia de V., le voy á suplicar á mi es-

poso, se digne permitirme vivir al lado de V., mientras V. así lo exija, y que consienta, por no contrariar el objeto de su ambicion, en que permanezca oculto á todos este matrimonio, que puede estorbar la realizacion de sus planes políticos.

—Pero, desgraciada, ¿qué estás diciendo? ¿Adónde te conduce la exageracion de ese deber?

—Deber sagrado, cuya estension conozco.

—Deber ilusorio, que solo existe en tu imaginacion enferma.

—No discutamos, padre mio, porque seria una discusion estéril y dolorosa.

—Esto es para desesperarse cualquiera... vamos, señor periodista, si no está V. de acuerdo con esa terca é inobediente hija, ayúdeme V. á convencerla; dígale V. que lo que pretende es irrealizable, que se va á condenar voluntariamente á una existencia inútil; que va á perder su juventud, en la soledad y el abandono; que va á renunciar á un porvenir brillante y envidiado; que va por

último á cometer un suicidio moral.

Blanca se sonrió tristemente, y detuvo con un gesto á Eduardo, que iba á hablar.

—Es inútil, dijo, V. es mi esposo; y aunque todas las autoridades de la tierra me absolvieran de mi juramento, permanecería siempre siendo de V., en ésta y en la otra vida. Es V. dueño, sin embargo, de suscribir ese papel, y de pedir con mi padre la nulidad de ese matrimonio, que le condena también á V. á una vida estéril y dolorosa. ¿Quién sabe si algún día, al encontrar una mujer digna de V., no se arrepentirá de haber cedido á un escrúpulo, que tal vez yo exagero, juzgándolo como cumplimiento de un deber sagrado?

—Nunca, exclamó Eduardo, nunca. Suceda lo que quiera, acepto con profunda gratitud la honra inmerecida que V. me ofrece. Cerca ó lejos de V., seré siempre esclavo de su voluntad. Jamás la importunaré con mi presencia, jamás formularé un deseo; dueña absoluta de sus acciones, obedecerá V.

solo lo que su deber y su conciencia le aconsejen, sintiendo solo haber encadenado tan brillante porvenir, por un acto, en que no ha tenido parte nuestra voluntad.

—Calle V., gritó el marques furioso, y sepa V., al menos, respetar el decoro de mi clase, y la veneracion que mi nombre debiera inspirarle. Está V. ofendiendo á un título de Castilla, á un Grande de España.

—Respeto en V., caballero, al padre de esta Señorita; bajo cualquiera otro concepto es V. un hombre como yo.

—Silencio! señor periodista, y no añada V. el insulto á la traicion. Estas son las consecuencias de esas doctrinas disolventes, que principian á infiltrarse por desgracia en nuestra sociedad.... Ya no hay respetos; ya no hay clases; un marques, para estas gentes, es ya un hombre cualquiera....

Eduardo no contestó, se acercó lentamente á Blanca, le tendió ceremoniosamente la mano, se inclinó ante ella con el mas profundo respeto, hizo otra reverencia al Mar-

ques, y se dirigió á la puerta.

—No, no se irá V. de ese modo, esclámó éste, mas y mas exasperado, ese papel se ha de firmar ahora mismo y sin mas subterfugios, por que ese matrimonio impio se ha de disolver y se disolverá, apesar de cuantos obstáculos invente esta alucinada mozigata.

—Es inútil su empeño de V., caballero; despues de haber oido á esta Señorita, mi firma ahí seria mas que una infamia, seria una cobardía.

—¿Con qué se niega V.?

—Me niego.

—Piénselo V. bien.

—Está pensado.

—¿Sabe V. la estension de mi poder?

—Me es indiferente.

—¿Me desafía V.?

—Oh, no señor, de ningun modo; yo soy un pobre jóven, infensivo, que cree obrar rectamente, negándose á las exigencias de V.; si quiere V. vengarse, nada le será mas fácil.

—Pues me vengaré....

—Padre mio!...

—Calla!

—Déjele V., Blanca; tal vez sea ese el medio mas espedito de romper tan infortunado enlace.

La niña se tornó profundamente pálida y tomó de la mano á Eduardo.

—Si vuelve V. á amenazarle, padre mio, declaro á V. solemnemente, que su venganza caerá sobre ambos, porque desde ese momento no volveremos á separarnos.

El Marques hizo un violento esfuerzo para serenarse, y con glacial sonrisa, repuso:

—En verdad que me olvidaba de quien soy, descendiendo al terreno vulgar de las represalias. Vamos, retírese V., jóven, y procure V. olvidar lo que ha pasado, como yo procuraré tambien olvidarme de su nombre. Este papel,—y recojió la solicitud haciéndola añicos entre sus crispados dedos—ya no existe; el tiempo tal vez modifique sus opiniones de V., y entonces me vendrá V. mis-

mo á suplicar le devuelva su libertad perdida. Entretanto, yo guardo mi hija,.... y por lo que á V. toca, que lo guarde el cielo.

Y con un gesto lleno de orgullo, despidió al jóven, sin mirarle.

Eduardo y Blanca, pálidos y temblorosos, se detuvieron un instante; estrecharon se sus manos con efusion. sus labios murmuraron apenas un adios, y resignados su suerte, salieron del salon al mismo tiempo por las dos contrarias puertas, dejando inmóvil al marques, que con los ojos chispeantes, los puños apretados y los labios violados y trémulos de furor, volvió á pasearse, deteniéndose á cada instante para pronunciar entrecortadas frases, que revelaban la tempestad deshecha que en su pecho rugia.

---

## CAPITULO XVI.

### EL BAILE.

Los días que siguieron á esta borrascosa esplicacion, fueron testigos de una transformacion completa en el carácter de nuestro tímido periodista. Su taciturna tristeza habia desaparecido, reemplazándola una serenidad interna, que se transparentaba en su semblante; su timidez, signo fisiológico que tanto desesperaba á sus amigos, se habia convertido en atrevimiento, revelado diariamente en la prensa, en sus conversaciones, y en sus peroratas de café.

Cualquiera, al verle, hubiera asegurado, que deseaba embriagarse con el ruido de la Corte, con su vertiginoso movimiento, y con la febril agitacion de la política, que ya principiaba á ser patrimonio de la juventud.

Asistiendo con frecuencia á las redacciones de los periódicos, escribia sin cesar magni-

ficos artículos, que producen honda sensacion en Madrid, y que conmovian en su asiento al Ministerio.

Al verle presa de ese afan de trabajo, si hubiera podido decir, ó que deseaba olvidar alguna secreta pena, ó que se habia propuesto conquistar una posicion en el partido radical, que á toda prisa se organizaba, y el que era ya considerado, como una de las mas bellas esperanzas.

Por este tiempo, el carnaval desplegaba su interminable serie de bailes, cenas y locuras, y arrastraba en su bullicioso torbellino todas las clases de la sociedad.

Dando tregua á las preocupaciones políticas, á los apuros del Tesoro y á las complicaciones de la guerra, con el disfraz en la mano, el pueblo de Madrid corria de noche á los teatros, y se olvidaba de D. Carlos, de la crisis y de la reaccion.

La aristocracia, imitando en esto al pueblo, abria tambien sus espléndidos salones, y daba suntuosos bailes á la nobleza de los pes-

gaminos, á la del dinero, y á la del talento, supuesto que algunos banqueros, poetas y periodistas eran invitados con frecuencia á tomar parte en aquellos regios saraos, como una concesion necesaria á las exigencias de la que los nobles llamaban con enojo, ridicula civilizacion moderna.

Eduardo no habia asistido aun á ninguno de esos bailes, apesar de que á todos era invitado, pues se deseaba con empeño conocer al vigoroso atleta, que tan rudos golpes asestaba á la situacion, y se pensaba rodearle de muchas seducciones, para ver si se conseguia arrancarle del campo que habia elegido.

En una de esas noches en que los Duques de N\*\*\* daban una de esas fiestas, que dejan hondos recuerdos en la crónica de los salones, Eduardo que no pensaba asistir, recibió en su casa un billete, que solo contenia estas sencillas palabras:

—«Espero á V. esta noche en el palacio de los Duques de N\*\*\*—Blanca.»

Inútil es decir que el Duque tuvo la honra de ver en su baile al periodista, quien acompañado de dos ó tres de sus mas íntimos amigos, recorría con inquieta curiosidad, desde las primeras horas de la fiesta, la suntuosa morada del rico magnate.

Pasaba ya de media noche, cuando uno de los poetas mas en voga entonces en Madrid, y que pertenecía á su mas alta nobleza, se acercó al grupo donde Eduardo se encontraba, y exclamó con entusiasmo.

—Señores, ¿no han visto Vds la perla de Madrid, la flor hoy de nuestras bellas, la reina de nuestros salones?

—Que perla es esa? contestó uno.

—La muger mas hermosa que espero ver en mi vida.

—Como es eso, señor poeta? exclamó otro. ¿habla V. de veras ó en metáfora?

—Por fortuna puedo ofrecer á Vds. una prueba de mi veracidad, con solo dar algunos pasos.... Vayan Vds. al gran salon de la derecha, y podrán juzgar por si mismos.

—Y ¿quién es ella?

—Silencio.... ¿no oyen Vds. ese murmu-  
de admiracion? Es ella que se acerca.

—Pero ese ella tendrá un nombre.

—Y de los más encopetados de nuestra  
jeja nobleza.

—Y dónde ha estado encerrado ese por-  
ento?

—En Andalucía.

—Ah! es andaluza?

—No; madrileña; solo que ha sido edu-  
da lejos de la Côte. Figúrense Vds, amigos  
ios, que escepcion hecha de sus mas cer-  
nos parientes, á nadie conoce.

—Y se llama?

—Blanca de Quirós.

Eduardo se estremeció, y miró con vive-  
hácia el salon designado.

—Ya recuerdo, dijo otro, es la hija  
el Marques del Encinar.

—La que ha heredado el título y los  
antiosos bienes de la Condesa de Villa-  
estro.

—La misma.

—Y es soltera?

—Ya lo creo.

—Magnífico partido; rica, noble, hermosa...

—Es que va á volvern<sup>os</sup> locos, añadió entonces el aristócrata poeta, si en este invierno no continua frecuentando nuestros salones.

—Y es coqueta?

—No me lo parece; al contrario, las pocas palabras, que he tenido la dicha de oírle, me han revelado una jóven, sencilla, modesta, reservada, y de claro talento.

—Una maravilla....

—Corramos á verla, dijeron algunos.

—No, no, ella se acerca,... miren Vds.... la que va vestida de azul y blanco, y se apoya en el brazo del Conde del Alamo.. ya saben Vds. que el Conde es casado con su hermana....

—Ah, ya la veo, dijo otro,... que ojos! que espresion! que gracia! que conjunto tan armónico....

—Miren Vds. su sonrisa.... si parece el al-

ba en un día de mayo.

—En efecto, es una belleza completa.

Imposible sería expresar lo que sufría Eduardo, durante este rápido diálogo; iba y venía de un lado á otro, ya aparentando interesarse en la conversacion, ya mostrando indiferencia; tan pronto su sangre reflua al corazon, y se quedaba pálido, como le subia á la cabeza y se ponía encendido.

En estas alternativas, que nadie por fortuna observó, Blanca, apoyada siempre en el brazo del Conde, avanzaba hácia el grupo que formaban los jóvenes, con la intencion sin duda de atravesar aquel salon, que servia de descanso, y pasar al de la izquierda, que, lo mismo que el de la derecha, estaba ocupado por una numerosa y escogida concurrencia, donde se bailaba, se paseaba, ó se embromaba, con la libertad propia de carnavales, habiendo tenido el Duque la buena ocurrencia de poner á disposicion de sus convidados, una coleccion de dominós de todas formas y colores, de que algunos se habian ya

aprovechado, recorriendo los salones sin ser conocidos.

Al aproximarse Blanca, habían cesado, como por encanto, las conversaciones particulares, é impulsados por un mismo sentimiento contemplábanla todos con simpática admiración. Ella, sin advertir la curiosidad de que era objeto, modesta siempre y sin orgullo, contestaba con un gracioso movimiento de cabeza á los numerosos saludos, que de todas partes se la dirigian.

Obedeciendo á una indicacion anterior, el Conde, sin dejarla del brazo, se detuvo junto á Eduardo, le tendió ceremoniosamente la mano y le saludó.

Los periodistas, aprovechando esta ocasion, se agruparon respetuosamente al rededor de su afortunado compañero, para saborear, por decirlo así, en detalle, el placer de admirar tan espléndida hermosura. Pero ella, luego que á su vez en breves y sencillas frases hubo saludado á Eduardo, dirigiéndose al Conde, dijole afectuosamente:

—Ya ve V. como le favorece hoy la fortuna, Conde; deseaba V. recobrar su libertad, y se la devuelvo.

El jóven la miró con mal disimulada sorpresa, y ella continuó, fijando sus ojos en Eduardo.

—Si el Sr. de Alar me lo permite, le suplicaria me hiciera el honor de ofrecerme el brazo, y conducirme al lado de mi hermana.

El pobre poeta, trémulo de emocion y sin acertar á contestar una palabra, se inclinó con profundo respeto, y ofreció inmediatamente el brazo, que ella tomó sin vacilar, pronunciando al mismo tiempo con su voz mas dulce un—«Gracias»—que llenó de envidia á mas de uno de los que la estaban escuchando.

En seguida, despidiéndose silenciosamente de su estupefacto cuñado, y de los demás del grupo, tan sorprendidos como él, cruzó el salon con Eduardo, acercándose lentamente á aquellos sitios en que mas bullicioso se

agitaba el baile.

Luego que estuvieron léjos, y se convencieron de que no eran objeto de una observacion determinada, Eduardo, rompiendo el silencio que hasta entonces habia guardado, le dijo, procurando que sus palabras, solo por ella pudieran ser oidas.

—Blanca ¿porqué me distingue V. de este modo? ¿porque me honra V. asi con su atencion? Mañana, cuando lejos de V. recuerde estos instantes, la certidumbre de que no volverán á repetirse, me hará mas dolorosa mi humilde posicion.

—Silencio, señor esposo, contestó ella con un mohin encantador, y déjeme V. gozar tranquilamente de la vanidad de llevar esta noche encadenada la prensa de oposicion.

—¡Triste honor! exclamó él melancolicamente.

—Y bien; yo no soy ambiciosa, y me contento con esto. Sin embargo, ya ve V. como nos miran.

—Si,—repuso Eduardo con un suspiro ca-

si doloroso—cómo miran á V....

—¿Le parezco á V. bien?... vamos, sea V. un poco mas galante, ya que tantas veces me ha visto envuelta en una mala capa de abrigo, y ayudado á recoger mis sueltos rizos en una sea cofia.

—Blanca, Blanca, ¿puede V. preguntarme eso?

—Se lo pregunto á V. porque es de mi deber agradecerle. No parece sino que siempre se le olvida á V lo que somos.

—Yo nada olvido y....ojalá pudiera olvidar.

—Dice V. eso de una manera.... Vamos, hablemos en serio, ¿tiene V. algun disgusto? ¿Teme V. alguna cosa? Hable V.; tengo el derecho de porticipar de sus penas.

—Es V. un angel....No, no, Blanca, nada temo; y seria bien ingrato con la Providencia, si en este momento pudiera quejarme.

—Si le disgusta á V. que concorra á un baile, no volveré. Esta es la vez primera que

me presento ante eso que llama mi hermana con énfasis la alta sociedad, y en verdad, que si no estuviera V. aquí, no sé que recuerdos hubiera llevado á casa.

—Dios mío! murmuró Eduardo y cerró los ojos involuntariamente.

Ella continuó:

—Mercedes me eligió el vestido, y á su presencia me han adornado sus doncellas y las mías; solo que, no he permitido me pusieran joyas y he preferido una sola flor, á todos sus diamantes.

—Está V. demasiado hermosa. No se habla en los salones sino de V.; la sensación que ha producido su aparición de esta noche, va á satisfacer por completo las justas ambiciones de su padre ¡Cuántos pedirán mañana, la mano de V.! ¡Cuántos, antes de dejar el baile acercándose respetuosos con la confianza que inspira el parentesco y la igualdad de rango y posición, implorarán de V. una mirada!

—Tal vez sea cierto lo que V. dice, y de

ello me alegraría en estremo....

—Ya ve V....

—Lo que veo es, que no me ha dejado V. concluir; decia, que me alegraría en estremo, porque, asi como yo estoy orgullosa de que V. sea respetado, considerado y aplaudido, hasta de sus mismos enemigos políticos, deseo que V. lo esté de la muger que lleva su nombre; y que, cuando me vea V. festejada y obsequiada de todos, si es que eso llega á suceder, diga V. para si, «es digna de mi cariño.»

—Satisfaccion estéril!

—Es verdad que hemos ofrecido que nadie por ahora penetre ese secreto, pero basta que lo sepamos nosotros. ¿Qué nos importa el mundo?

—¿Pensará V. siempre del mismo modo?

—Ah! ¿desconfía V. de mi? Vamos, que eso es mas serio, señor marido, y me disgustaría mucho, sino estuviera persuadida intimamente, de que no cree V. una palabra de lo que acaba de decir.

—Al dudar de V., Blanca, no la ofendo de ningún modo, porque bien sabe V. que, si por su parte ha insistido V. en creerse ligada á mi para toda la vida, yo, que conozco mejor que V. la estension de ese sacrificio, no lo he aceptado sino condicionalmente, y mientras le convenga á V.

—De manera, añadió la niña entre seria y risueña, que V. es el sacrificado, y que en justa recompensa debo hacerle á V. una promesa igual.

—Oh, Blanca, exclamó Eduardo con sentido acento, V. no quiere comprenderme.

La joven permaneció un momento silenciosa, suspiró levemente, y dejando el tono ligero con que hasta entonces habia hablado, contestó:

—Eduardo, dia llegará en que pueda comprender á V.; entretanto, no dude V. un solo instante de mi. Soy ante Dios su esposa; y ese título me impone deberes, que jamás podré olvidar. Si la suerte ha dispuesto que no deba hoy honrarme publicamente con ese

nombre, mi corazón lo acepta y lo respeta.

¿Quiere V. más?

—No merezco tanto; V. lo sabe.

—Dejemos á un lado esa falsa modestia, que entre nosotros no debe ya existir, y aceptemos con franqueza nuestro destino.

—Que será para V. bien triste.

—¿Y para V.?

—Lea V. la respuesta en los ojos de esa escogida concurrencia, que nos persigue con sus ávidas miradas, y que en medio de tantas hermosas mugeres, solo tiene admiración para V., y envidia para mí.

En efecto, de todas partes la curiosidad, vivamente excitada, tanto por la simpática belleza de la jóven, como por la singularidad de verla, desde la primera noche de su aparición en Madrid, conversando familiarmente con un jóven de una clase tan distante de la suya, y apenas conocido en aquellos elevados círculos, los seguía maliciosamente, comentando esta escena de mil manera, aunque, como con frecuencia sucede,

sin acertar con el verdadero motivo de curiosidad.

Durante esta breve conversacion, los jóvenes habian recorrido en toda su estension el salon de la izquierda, y habian llegado á una galeria de cristales, adornada de plantas exóticas, que servia de comunicacion entre aquel salon y el de la derecha, y desde cuyo sitio el baile ofrecia un punto de vista magnífico y deslumbrador. Allí se detuvieron procurando ambos ocultar sus emociones, bajo el velo de una afectada indiferencia.

En este instante, la Condesa del Alamo cubierta de diamantes, sola y con paso rápido, cruzó la galeria y vino á encontrarse con ellos, acercándose lo bastante para que nadie pudiera enterarse de su conversacion.

Apesar de que su semblante aparecia sereno y hasta risueño, cualquiera que la hubiese observado con atencion, hubiera podido conjeturar por la ligera contraccion de sus cejas, y el temblor de sus labios, que una oculta emocion la dominaba.

En efecto, despues de hacerles una imperceptible seña, se acercaron los tres á uno de los ángulos de la galeria, donde nadie podia oirles, y sin preámbulos, exclamó, dirigiéndose á su hermana.

—Dáme el brazo sin afectacion; despídetete de este caballero, sin precipitacion alguna, y vamos á reunirnos con papa, que está furioso.

Blanca se sonrió, y con la mas perfecta calma repuso:

—¿He cometido, acaso, alguna inconveniencia? ¿no está permitido pasearse libremente por los salones?

—Despues de lo que ha pasado, tu conducta en el baile es para tu familia imprudente y ofensiva.

—Hermana!

—Toda discusion es aqui inútil y peligrosa. Felizmente se ignoran los motivos de esta improvisada intimidad, y se procurará darle una explicacion plausible.

—Ninguna otra que la verdadera.

—Sea así; con tal que se calle lo del encierro en la Torre y la escena de la parroquia.

—La recomendación de V. es inútil, señora, contestó Eduardo con frialdad, eso está ya olvidado.

—Lo celebro, caballero, porque estimo a V. mucho, y no quisiera, que por una esperanza temeraria é ilusoria comprometiera V. su porvenir.

—No se á que esperanza alude V., señora, porque yo jamás me he permitido abrigar ninguna en que el nombre de su respectable familia interviniera.

—Gracias, por su reserva.

—Y bien, repuso Blanca con marcada impaciencia, qué se exige ahora de mí?

—Que me sigas, sin observación alguna.

—Y ¿sino lo hiciera?

La Condesa se estremeció y la miró pasmada, como si le pareciera imposible lo que oía.

—Lo repito hermana, ¿qué sucedería si

me negara á seguirte?

—Oh, tú no harás eso Blanca, nó, nó lo harás....

—Mira, Mercedes, oye lo que voy á decirte y grábalo en tu memoria. Yo soy humilde en mis aspiraciones, dócil á los consejos de mi familia y respetuosa con mi padre, hallándome dispuesta á sacrificar mi porvenir, en aras de vuestras preocupaciones, todo esto me hallo resignada á hacerlo mientras se trate de mi persona; pero si se intenta humillar... á este caballero, si se le quiere perseguir, si se pretende de algun modo, sea el que fuere, molestarlo en su vida pública ó privada, ténlo bien entendido, hermana, me creeré desligada de todo compromiso, y el mundo sabrá ese secreto que tanto empeño tienen Vds. en ocultar.

Y la niña, realzada su hermosura, con la indignacion que coloraba su semblante, se alzó enérgica y decidida sin bajar los ojos y sin manifestar temor ni irresolucion alguna.

La Condesa comprendió que en aquel momento toda lucha era imposible, y disimulando su enojo, procuró sonreírse, diciéndola con finjida ingenuidad:

—Esos temores son infundados, hermana mía, nadie trata de molestar á este caballero.

—No se ocupen Vds. de mí, Señoras, repuso entonces Eduardo, avergonzado de la discusión de que era objeto, aunque feliz con el interés que inspiraba.

—Bien; concluyamos, hermana, nuestro padre puede acercarse y.... ya conoces su carácter.

—Nada temas mientras estemos en público.

—Sin embargo.

—Te sigo, pero no será desde aquí. Tomemos ambas el brazo de Eduardo, atravesemos así el salón, y despedámonos de él, junto al mismo grupo donde dejé á tu esposo.

—Blanca!

—Mercedes; con esa condicion te obedeceré.

—Pero...

—En buen hora; síguenos, si quieres, y entonces llamaremos mas la atención.

La Condesa calló; tomó el brazo izquierdo de Eduardo, Blanca siguió siempre apoyada en el derecho, y de este modo volvieron lentamente á atravesar el salon.

Al llegar al mismo sitio donde todavía estaban reunidos los periodistas, Blanca soltó el brazo de Eduardo, tendióle la mano con cariño, dióle las gracias en alta voz, y sin afectacion alguna, y haciendo con la cabeza un ceremonioso saludo á los demás, se alejó con su hermana, que pálida de cólera hacia añicos entre sus dedos el blasonado pañuelo de batista que en la mano llevaba.

Cinco minutos despues el Duque y su esposa despedian al Marques del Encinar y su familia, manifestándoles su disgusto por tan repentina como inesperada ausencia.

Eduardo habia desaparecido.

El baile continuó hasta el amanecer.

---

## CAPITULO XVII.

### AL FIN.

Es de noche. Un movimiento tumultuoso se advierte en las calles de Madrid. La multitud se agolpa en los sitios públicos, y comienza de mil maneras y con visible ansiedad las últimas noticias de la guerra. Rebrando por do quiera una inquietud alarmante, se toma precursor de las tormentas populares. Numerosas tropas atraviesan la Villa, y van á tomar posición en puntos estratégicos, anteriormente designados. La milicia ciudadana está sobre las armas y ocupa sus cuarteles.

Decíase que el general carlista Zarategui, acababa de apoderarse de Segovia, y que embriagado con su fácil triunfo, se dirigía á Madrid, llegando ya sus avanzadas al pueblo de las Rosas, donde habia tenido lugar un insignificante tiroteo de guerrillas.

Afirmábase también, porque en esos momentos todo se supone, que el ministerio, lleno de terror, había llamado precipitadamente á Espartero, que andaba sin tregua ni descanso corriendo en pos de D. Carlos, mientras el general Mendez Vigo, tranquilo en medio del peligro, se aprestaba á rechazar con la division de su mando el ataque probable de Zariátegui. Si el enemigo salia vencedor, el triunfo del pretendiente era seguro, porque la pérdida de la Capital, llevaria consigo el desaliento y la defeccion á las filas liberales, y la reaccion, levantando su cabeza, precipitaria los sucesos con sus intrigas y dinero.

Grave era, pues, la situacion de Madrid, y mas grave aun para los personajes que figuraban en primera línea en el bando constitucional. Por eso, así en el Consejo como en el campo de batalla, agotaban sus recursos para obtener una victoria, que devolviera la confianza al pueblo, y afirmara la corona en las sienes de Isabel.

En esa misma noche, hallábase Eduardo encerrado en su aposento, escribiendo con febril exaltación uno de esos artículos, impregnados de amor patrio, que al día siguiente habian de levantar con sus enérgicas frases el espíritu público, y llevar el entusiasmo á las masas populares.

Desde el baile del Duque de N\*\*\* no habia podido conseguir hablar otra vez á Blanca, y todas sus tentativas para acercarse á ella, habian sido completamente infructuosas. Algunas veces creia que el Marques la tuviera encerrada en sus habitaciones; otras suponía la hubiese enviado á sus posesiones andaluzas, y algunas, por último, se llegaba á persuadir, de que viajaba por el extranjero, con alguna familia de sus numerosos parientes y amigos.

En esta incertidumbre, su salud decaía visiblemente, la tristeza y la melancolía habian vuelto á dominar su carácter, y aunque política hacia diversion á sus pesares, ya no se mostraba tan asiduo en sus trabajos, ni tan

confiado en sus esperanzas.

En la noche de que vamos hablando, la gravedad de la situación había conseguido distraerle por algunos momentos de su preocupación constante, y escribía ensimismado, alegrándose á su pesar de que un cataclismo social ó político, viniese á turbar la calma aparente de su monótona existencia.

Las nueve y media eran, cuando un golpecito dado con discreción en la puerta vidriera de su gabinete, le hizo levantar los ojos y mirar hácia aquel lado.

—Quién vá? preguntó, volviendo de nuevo á escribir.

—Soy yo, D. Eduardo, contestó asomando la cabeza una señora anciana, que era la dueña de la casa, apreciada de todos sus pupilos por sus excelentes cualidades.

—¿Qué se le ofrece á V., señora?

—Hay aquí una persona que desea ver á V.?

—A mi?... ¿Ha dicho su nombre?

—No señor; pero afirma que es muy im-

portante lo que tiene que comunicarle.

—Es extraño....

—De todos modos, parece en su vestido y actitud una señora de mucho respeto.

—Ah ¿es una muger?

—Y vestida toda de negro, con un sombrero muy elegante, del que le cae un velo sobre la cara, que no permite ver sus facciones.

—Si será un mensaje de Blanca...? pensó Eduardo, y levantándose, y dejando la pluma con precipitación, exclamó en voz alta.

—Hágala V. entrar.

—Señora, dijo entonces la patrona separándose de la puerta, y volviendo el rostro hacia el pasillo, donde parecía aguardaba la desconocida, entre V.; el caballero está solo

Diciendo esto, se separó á un lado, hizo lugar para que avanzara, mostróle la entrada del gabinete, cerró tras si la puerta, y se retiró.

Eduardo permanecía aun en pié, junto á la mesa, y á la escasa luz de la única bujía

que alumbraba el aposento, vió entrar una muger, vestida completamente de negro, que avanzándose rapidamente hácia él, se arrancó por decirlo así, el sombrero y velo que la cubria, y arrojándolos sobre los diseminados papeles, mostró á los atónitos ojos del jóven las inesperadas faciones de Blanca.

Un grito ahogado se escapó entonces de su pecho, y apoderándose involuntariamente de sus manos, la miró un momento estupefacto, sin creer lo mismo que veía.

La niña, trémula y agitada, llevó un dedo á sus labios, le condujo al divan, le hizo sentar junto á ella, y rompiendo por fin tan penoso silencio, exclamó:

—Vengo á despedirme de V.

—Se va V?... Cuando? Adonde?

—No; yo me quedo; V. es el que va á marchar.

—Yo!

—Silencio; el tiempo vuela, y tal vez sea ya tarde.

—Tarde! qué dice V.?

—Sus enemigos han jurado perderle... van á prender á V.

—Imposible.... ¿porqué delito?

—Eduardo, Eduardo, no discutamos; por Dios, créame V. y huya sin perder un solo momento,...

—Huir yo? Blanca! y ¿V. me lo aconseja?

—Si, si...

—Huir yo, siendo inocente?

—No; no lo es V.; su delito es ser mi esposo.

—Entonces, su padre de V....

—No lo sé.... pero la órden es positiva, lo acabo de saber de una manera providencial... apenas he tenido tiempo de hacer enganchar un coche y venir....

—Pero en fin, de algo se me acusará... Ostensiblemente al menos.

—Que importa el nombre? Huya V. yo veré aquí por su honor, que es el mio.

—Imposible, Blanca; se me creeria culpable.... y todos me despreciarian!

—Dios mio.... van á llegar....

—Y bien, que lleguen. ¿Ya no hay justicia

en España? Ya no hay Tribunales? Basta acusar á un hombre, para juzgarle culpable de imaginarios crímenes? Pues qué, una vida honrada y sin mancilla, puede ser juguete despreciable de un capricho?

—No sabe V?...

—No; nada sé....

—Acaba de proclamarse el estado de sitio; un consejo de guerra juzgará sumariamente á los culpables.

—Ese es su deber.

—Y le juzgarán á V.

—¿A mi?

—A V., si: porque le acusarán de estar en correspondencia con los carlistas, de ser.... oh, perdóneme V. la palabra, Eduardo; de ser.... uno de sus espías....

El jóven se puso violentamente en pié, y una súbita palidez cubrió su semblante. Parecía que iba á desmayarse.

Blanca se levantó tambien, y apoyando sus dos manos en los hombros del jóven, continuó con su voz mas dulce:

—Ya ve V., si tenia razon. Oh, ceda V. á mis ruegos; y ya que soy la causa involuntaria de su desgracia, déjeme V. al menos el cuidado de salvarle.... Yo le juro á V. que se probará su inocencia.... y entonces.... pero ¿á qué detenernos en inútiles esplicaciones? Aquí traigo á V. un pasaporte, abajo le espera á V. mi coche; mi hermana me ha ofrecido un pase para una de las puertas que dan salida al campo, el carruage le conducirá á V. á Aranjuez, desde donde se trasladará á uno de los puertos del Mediterráneo, y de allí al extranjero; todo está dispuesto. ¡venga V.

Y asiendo de la mano á Eduardo, le arrastra, por decirlo así, á la puerta.

—Blanca, Blanca, deténgase V. un momento, y óigame.

—No, no quiero oir nada.

—Si; me oirá V., cualquiera que sea luego la suerte que me depare el cielo.

—Pero ¿no ve V. que la noche avanza?

—Y bien, Blanca, ¿qué importa?

—¡Dios mío!

—Esa orden de arresto, que tanto alarma á V., es hoy para mi un don inesperado de la providencia, un don que Dios me envía.

—Pero ¿qué está V. diciendo?

—La verdad, Blanca, la verdad. Hace algun tiempo que la vida me es odiosa, y tan solo anhelo encontrar un pretexto para cambiarla por un eterno olvido. Los libros que eran antes mi encanto, me causan ya hastio, la política que me sedujo un día, me inspira hoy aversion, la sociedad, por quien deseaba sacrificarme, no merece mi cariño. Jamás he conocido en el mundo dicha alguna; en mis primeros años no ví la sonrisa de mi madre, en mi adolescencia no hallé un amigo fiel, en mi juventud no he encontrado un corazón amante.... ¿Para qué quiero vivir? Mi vida es un estorbo.... Tal vez mi muerte sea de alguna utilidad.

—Oh, no hable V. así.... eso es horrible.

—Y sin embargo, es la verdad.

—No; se engaña V.; Dios le reserva á

V. dias mas felices.

Eduardo se sonrió con tristeza, y no contestó.

—Dios mio, ¿qué le podré decir á V. para que me crea? ¿qué recuerdo sagrado evocaré?

—Sus generosos esfuerzos son inútiles Blanca, estoy decidido á morir, si es que la muerte me busca.

—Pero eso es un suicidio.

—Como en aquel sueño .. ¿se acuerda V.

—Si, si,.. su recuerdo está siempre presente en mi memoria y jamas podré olvidarlo, Pero entonces se le apareció á V. una muger; creyó en sus palabras, y ella, tranquila y feliz, le tomó una mano, y V. la siguió vacilar. ¿Porqué hoy, que el peligro es verdadero, no ha de lacer V. lo mismo?

—Porque los sueños, Blanca, sueños

—Ah, quien sabe.... murmuró ella, poniéndose encendida.

Eduardo movió la cabeza negativamente y se quedó pensativo.

Ambos seguían en pié. Blanca tendió la vista por el pequeño aposento, como si temiera que hubiese alguno que oyera sus palabras, y luego, bajando la voz, continuó diciendo:

—¿Y si yo le rogara á V. que no muriese?

—Creería que me tiene V. compasión.

—¿Y si su esposa de V. se lo suplicara?

—Pensaría que cumplía un deber.

—En efecto, tiene V. derecho para creer eso, exclamó la niña con la voz entrecortada por el llanto; yo no merezco su respeto, su confianza ni su amor.

Y sollozando se dejó caer en el divan, y se cubrió el rostro con las manos.

El jóven la miró timidamente. Un pensamiento, vago al principio, pero tenaz y osado, irradiaba, por decirlo así, de su agitado corazón á su turbada frente, encendiendo su rostro con una llamarada de fuego. Por un instante se oscurecieron sus ojos, temblaron sus manos, y se sintió desfallecer. Doblarónse involuntariamente sus rodillas, y se encontró, sin saberlo, á los piés de su esposa, que in-

móvil en el divan, continuaba llorando en silencio.

—Blanca, murmuró al fin, ¿será posible que V. tan buena, tan noble, tan hermosa haya tenido compasión de mi?

Al escuchar estas palabras, levantó ella su linda cabeza y suspiró.

—No, no, dijo, procurando sonreír en medio de sus lágrimas, no es que tenga compasión de V.... no.... no es eso....

—Entonces ..

—Es que.... Oh.... pero sino lo acierto decir....

Y tornó á cubrirse la cara con las manos.

—¿Ni á su esposo tampoco?

—Ah.... ¿Con qué por último es V. mi esposo? ¿Lo confiesa V.?

—Preciso es confesarlo....

—Diga V. mas bien, preciso es resignarse. En efecto, una muger como yo, egoísta voluntariosa, cobarde.... si, si, cobarde.... no hay que dudarlo, mal merece el digno nom-

bre de esposa.

—Y ¿porque lo cree V. así?

—Porque.... vea V., yo he tenido miedo al mundo; me ha faltado valor para decirle, —ese es mi esposo: estoy orgullosa de llevar su nombre.

—Y sin embargo, Blanca, apesar de esos defectos, soy tan débil, que amo á esa mujer; y la amo de tal modo, que solo el pensamiento de no ser digno de ella, me hacia desear la muerte.

—Ah.... pero ya no quiere V. morir.

—Con su amor, nunca; sin su amor, siempre.

—Y bien....

—Podté vivir?

—Si, si....

—¡Blanca!

—¡Oh, Dios mio, y todavia lo duda!

Y la niña alzó al cielo sus hermosos ojos, donde brillaba una alegría infinita.

Eduardo exhaló un grito de suprema dicha, y temblando, como solo se tiembla an-

te el primer amor, apoyó su frente en las manos de su esposa, que pequeñas, suaves, perfumadas, se estremecieron al contacto de aquella cabeza adorada.

—¿Me ama V.? murmuró Eduardo.

Ella se sonrió con la espresion de una angélica ternura, sus ojos se velaron con el peso de una casta voluptuosidad, enrojecióse su semblante, como si lo iluminara una luz interior, é inclinando su cabeza, de modo que sus rizos vinieron á tocar suavemente las encendidas mejillas del jóven, contestóle en voz tan baja, que parecian sus palabras el eco de otra voz, que avergonzada no se atreviera á hablar.

—Sí: amaré á V. siempre, aquí, y allí.

Y señalaba al cielo.

—¿Siempre?

—Eternamente.

Ante esta doble afirmacion, ambos enmudecieron, oyéndose solo por algunos instantes el desordenado latir de sus corazones.

Blanca fué la primera que se puso en pié,

llevando entre las suyas las manos de su esposo

—Ya se acabaron las dudas ¿no es verdad?

—Si.

—Y tiene V. esperanza en su destino?

—Si, si.

—Pues huyamos.

—Oh; si al menos fuera V. conmigo.

—Detúvose ella y contestó:

—Juré á mi padre vivir á su lado, y no quisiera faltar á mi promesa. Sin embargo si V. lo exige....

—No, dijo Eduardo, suspirando, seamos dignos de nuestra felicidad.

—Oh, gracias, gracias... Yo cuidaré de abreviar la ausencia.

—Acuérdese V. de mi, y de que ha prometido realizar mi sueño.

—Y se realizará. Guardémoslo intacto y puro, hasta ese día, el tesoro de nuestro amor.

—Disponga V. de mi.

—Sigame V.

—¿Adónde vamos?

—Lejos de Madrid.

—Imposible, Blanca; el ejército carlista nos rodea, y se daría crédito á esa fabula absurda, si llegara á caer en sus manos prisionero.

—Lo importante es huir.

—Vea V. lo que pienso. Dentro de pocos minutos recojo lo mas necesario, y voy á pie á casa de uno mis mas intimos amigos. De alli escribo á V., y dejamos ver los acontecimientos.

—Me lo jura V.?

—Ah, ¿no sabe V. lo que aprecio ahora la vida?

—Bien; pero escribame V. mañana.

—No; esta noche.

—Aceptado. No quiero ya detenerle á V. y me retiro

—Venga V. conmigo; la llevaré hasta el coche.

Blanca se puso su sombrero, se echó el velo con precipitacion y llevando, nos enlazadas, bajaron rapidamente las

caleras y se encontraron á los pocos segundos en el oscuro y solitario portal.

—Ahí está el coche, dijo Blanca. No conviene que le vean á V. Separémonos.

—Adios.... no olvide V. nada.

—Nada olvido....

—Oh.... cuanto la amo!

—¡Eduardo!

—Blanca!

—Silencio.... adios.

El jóven se inclinó, y llevó una mano á sus labios, en tanto que ella, veloz como el pensamiento, dejó sobre su frente un beso, y desapareció.

El pobre poeta creyó que iba á morir. Aquel beso inesperado, habia dejado impreso en su frente un círculo de fuego. Los latidos de su corazon parecian ahogarle.

De pronto se lanzó á la calle, y miró como un loco á todas partes.

El coche se alejaba en direccion al Prado.

Estaba solo.

## CAPITULO XVIII.

### DEL CIELO AL INFIERNO.

Eduardo permanecía en la calle sin atreverse á subir; aspiraba con delicia ese perfume embriagador, que parece desprenderse siempre de la muger querida, y que en impalpables átomos le rodeaba, acariciándole con voluptuosidad.

En esta muda contemplacion, tanto mas intensa, cuanto que la causa que la motivaba era mas inesperada, no advirtió unas sombras, que, deslizándose misteriosas por ambos lados de la acera, y rodeándole de improviso con solícita diligencia, le sujetaron los brazos bruscamente, deteniéndole en nombre de la autoridad.

Entonces comprendió al fin la imprudencia de su conducta, y la exactitud de las noticias de Blanca; quiso defenderse, quiso huir, pero ya era tarde, los agentes de la policia,

acudiendo de todos lados en gran número, le sujetaron sin dificultad, imponiéndole silencio con siniestros ademanes, y le condujeron inmediatamente á un coche, que estacionaba en la calle á poca distancia de su casa. Cuando allí llegaron, le hicieron brutalmente entrar, sentáronse dos esbirros á su lado, con pistola en mano, como si se tratara del mas peligroso de los criminales, y cerrando cuidadosamente la portezuela, lanzaron el carruaje á todo escape, seguido de cerca por una respetable escolta de caballería.

La transición no podia ser mas brusca. Era caer del paraiso á la tierra, del cielo al infierno. Seguro estaba de que los agentes del Gobierno, le llevaban á las prisiones militares, improvisadas en aquellos aciagos días en fuerza de las circunstancias, para desde allí obligarle á comparecer en breve ante un Tribunal marcial, que le juzgaria sumariamente, bajo la impresion calumniosa de sus misteriosos é implacables enemigos.

¿Quién se acordaria del modesto perlo-

dista, perdido y olvidado en el océano de Madrid? ¿Quién acudiría á su llamamiento, y le tendería una mano amiga?

Los temores de Blanca se habían pues realizado. Sus esfuerzos se estrellaban contra el destino, que ciego le condenaba á una pena infamante, sin que tal vez le fuera posible probar en aquellos críticos momentos su inocencia.

En estas y otras amargas reflexiones el coche se detuvo, y bajando con él sus guardias, le condujeron á un estenso edificio viejo y ruinoso, que en aquella época se levantaba á un extremo de la calle de Atocha, y en donde, por orden del Gobierno, había instalado una comisión permanente, para juzgar, bajo las severas leyes militares, á todos los que directa ó indirectamente trataran de perturbar el orden en Madrid.

Dejáronle encerrado en una pieza baja, donde de solo se veía un mal jergón, una silla, y una mesa; privándole al poco rato de la escasa luz de un farol, que sin duda por inadvertencia

tencia habian dejado allí olvidado.

La noche transcurrió en medio de un martirio moral indescriptible. El recuerdo del amor de Blanca, que en cualquiera otra ocasion le hubiera enloquecido, era en aquellos momentos tan doloroso, como lo es siempre la evocada imágen de un bien perdido.

Amaneció, y por una elevada reja de hierro que daba á un patio, penetró una turbia claridad en el aposento, sorprendiendo á Eduardo, presa siempre de una muda desesperacion.

Las horas pasaron, y á escepcion de su adusto carcelero, que dejó sobre la mesa una frugal comida, nada interrumpió la dolorosa monotonia de aquella silenciosa prision.

Volvió la noche, y con ella, el sombrío malestar del preso, su impotente cólera, y su indignacion creciente; olvidado de todos, sin saber de que delito era acusado, sin conocer á sus jueces, sin recibirse declaracion, entregado solo á sus pensamientos, creia á veces que iba á perder el juicio, y

que su razon, anegada en aquel mar de turbulentas y encontradas sensaciones, le abandonaba para siempre, sumiéndole en la espantosa noche de la locura, ó en el mas degradante idiotismo.

Por fin, al tercer dia de una completa incomunicacion, le hicieron comparecer ante un consejo de oficiales, que le eran enteramente desconocidos, donde se le interrogó respecto á sus supuestas relaciones con los carlistas; y en vista de sus constantes negaciones, se le puso de manifiesto la carta que D. Juan Batiñol le remitió desde la Mancha y en la que le hacia directas y formales proposiciones para entrar al servicio del pretendiente; carta que Eduardo, por su despreciable contenido, habia arrojado sobre su mesa, sin volver á acordarse de ella.

Esta carta, y las aseveraciones de los lacayos y cochero del Marques, que habian sido hechos presos con el jóven, cuando el ataque á la berlina, y que impasibles afirmaban, que el jefe carlista consideraba á aquel, como uno de

sus mas diestros y celosos agentes, fué lo bastante para que se le condenara, despues de una breve y sumaria defensa, á ser al dia siguiente por la tarde, pasado por las armas, fuera de la puerta de Alcalá.

El jóven, tranquilo y resignado, volvió á su prision, se arrodilló un breve rato, oró en silencio, y sentándose sobre el humilde lecho, recordó su vida pasada, desde que niño abandonó la casa de sus padres para seguir sus estudios, hasta su fatal encuentro con la noble familia del Marques. Las escenas de la Torre pasaron luminosas por su fantasia, como si en aquel momento estuvieran sucediendo; y el baile, con su ruido fascinador, sus deslumbradoras bellezas, y su lujo de buen tono, se le presentó en el mismo instante en que la figura radiante de Blanca se destacaba del fondo de sus recuerdos, para ofrecerle el brazo, y embriagarle con la magia de sus palabras.

De pronto estas imágenes desaparecian, para dar lugar á un portal solitario y oscuro,

donde de rodillas él, con una mano perfumada entre sus manos, sentía de improviso sobre su frente ardorosa, el contacto de unos labios, que dejaban allí la dulce huella de un beso, pura y casta promesa de un primer amor.

La noche había cerrado, y una oscuridad profunda reinaba en el calabozo. Era la hora en que el carcelero, traía la comida, y acostumbraba dejar su farol, mientras continuaba la ronda por los patios circunvecinos.

Su visita iba siempre acompañada de un silencio impenetrable, que solo interrumpía el continuo paseo del centinela.

En esta triste y última noche entró aquél como solía, dejó el farol y las provisiones y sin mirar al preso, volvió á salir, dejando caer al suelo un papel.

Era tan inesperado este acontecimiento y la situación tan crítica, que Eduardo, apesar de su filosófica resignación, se precipitó sobre el papel, tan pronto la puerta se hubo cerrado, y persuadido de que venía de una

mano amiga, le abrió, acercándose para leerlo á la escasa luz del farol.

La letra era desconocida y decia tan solo —«Valor y esperanza. Aguarde V. tranquilo el toque de media noche.»—¿Será verdad?; pensó Eduardo recorriendo á largos pasos el aposento, ó querrán, al darme esta esperanza, hacer mas dolorosa mi última hora.... Mi desaparicion debe haber sido notada. Mis amigos son numerosos. Mi inocencia es para todos indudable.... quien sabe....

Y volvió á leer el billete con doble atencion, procurando recordar la forma de la letra de Blanca; pero no era de ella. La mano que habia trazado aquellas líneas, era firme y segura, y no revelaba temor ni indecision. ¿De quién seria?

Sin poder adivinar el autor de tan caritativo aviso, aguardó la llegada del carcelero para interrogarle, pues no podia dudar de su complicidad con el anónimo; mas en vano esperó, el reló de la prision dió las nueve, las diez y las once, y solo seguia oyéndose el

paseo del centinela, y el de las patrullas que dos ó tres veces en la noche recorrian los patios. El farol, entretanto, fué apagándose, y cuando la hora de las doce estaba próxima á sonar, su luz vacilante espiró, dejando al preso sumergido en la mas profunda oscuridad, con el oido atento, y poseido de la mas violenta agitacion.

¿Qué iba á suceder al toque de media noche?

No era probable que la guardia estuviese vendida, ni que con la ayuda del centinela se pudiera salir de la prision.

¿Con qué recursos contaba, pues, su protector incógnito?

Al hacerse por la centésima vez esta pregunta, las doce campanadas, pausadas y lentas, se oyeron á lo lejos en la Villa encontrando en el corazon del pobre prisionero un eco de angustiosa duda.

El momento supremo habia llegado. Su porvenir iba al fin á decidirse.

¿Estaria condenado á morir, jóven, inocen-

te, y alhagado por tan brillantes esperanzas?  
¿La justicia, vilmente hollada, serviría de instrumento para consumir la venganza de sus cobardes enemigos?

Bien pronto los sucesos iban á darle una respuesta afirmativa á tan contrarias interrogaciones.

---

## CAPÍTULO XIX.

### MISTERIOS.

Un estado tan violento de penosa incertidumbre no se prolongó felizmente mucho tiempo.

Cinco minutos despues de media noche, y cuando ya el centinela habia sido relevado, y los pasos de la última patrulla se alejaban en opuesta direccion, un ruido imperceptible se dejó oír, hacia el punto en que se abria la reja, que fué seguido inmediatamente de un silencio profundo.

Al poco rato el mismo ruido, semejante al que produciria una llave pequeña al dar vuelta en una mohosa cerradura, volvió á oírse mas distintamente, y luego, un cuerpo extraño cayó al parecer á lo largo de la pared, en cuyo ángulo estaba en lo alto, la expresada reja.

Eduardo, sin aguardar seña alguna, lanzó en aquella direccion, y palpó con an-

siedad las desnudas paredes, para encontrar, si era posible, la solución de aquel enigma, y la de su propia salvación.

Entonces sus manos tocaron, con una indecible sensación de felicidad, los groseros peldaños de una escala de cuerda, por donde sin vacilar trepó, llegando en breves instantes á la reja, que estaba abierta hácia afuera, y sobre cuyo vértice se sentó.

La puerta de su cuarto, junto á la cual vigilaba el centinela, formaba ángulo con la abertura que tan felizmente se le abría, y solo en sus paseos podía el soldado descubrirle; pero éste había dejado caer al suelo su fusil, y apoyado en la puerta que debía custodiar, no parecía dispuesto á imitar á su anterior compañero.

Favorecido por esta circunstancia, que tal vez se había previsto, recogió la escala, y la colocó por la parte opuesta, dejándose deslizar por ella, tan pronto estuvo seguro de su solidez.

Quando sus piés tocaron el suelo, un bul-

to se destacó de la pared, y tomándole silenciosamente por la mano, le hizo atravesar con rapidez un oscuro pasillo, que á la derecha se descubria. hasta llegar junto á una puerta, donde se detuvo, y llamó de una manera particular.

La puerta se abrió inmediatamente, y otra persona, envuelta en una oscura capa apareció, y sin hacer pregunta alguna, les hizo entrar en una especie de huerta llena de zarzas y malezas, que atravesaron en toda su extensión.

Rodeaba esta huerta un alto muro al pie del cual, y en su mas oculto rincon, se veia escondida una pequeña puerta, que en aquel momento estaba ligeramente entornada.

Al llegar á aquel sitio, sus dos conductores se detuvieron, y empujándole suavemente afuera, cerraron por dentro la puerta, y le dejaron solo en una especie de calle solitaria, alumbrada á enormes distancias por algunos turbios faroles.

Todo esto habia pasado en pocos minutos.

y sin que se pronunciara la menor palabra.

Al verse solo, su primer movimiento fué alejarse de tan peligrosa vecindad, pero no bien habia dado algunos pasos, cuando otro embozado, apareciendo de improviso, le hizo señá de que le siguiera y le guió sin detenerse hácia un coche, escondido tambien en la sombra, que al llegar ellos, se puso lentamente en movimiento, hasta abandonar el oscuro callejon.

Entonces se acercaron; el desconocido abrió respetuosamente la portezuela, le invitó con un gesto á subir, cerró de nuevo, y dejando al jóven solo, dentro del ancho vehículo, entregado á sus propias reflexiones, subió en el pescante con el cochero, y sin precipitacion alguna, rodó el carruaje por las solitarias calles de Madrid en una direccion al parecer determinada.

Media hora despues, deteniase junto á un solitario portillo, custodiado aquella noche por una compañía de milicianos, quienes

habiendo examinado una órden que presentó el misterioso embozado, franquearon la porterna sin dificultad, y dejaron libre el paso al coche y á sus conductores.

Entretanto Eduardo, creyendo ser juguete de un sueño, examinaba por el ventanillo el camino que atravesaban, sin poder reconocer.

El carruaje, desde que habia dejado atravesar las calles de Madrid, volaba por la carretera, en medio de una completa oscuridad, pero sin que por eso disminuyera la rapididad de su marcha.

Asi pasaron las horas, hasta que, cerca de amanecer, el coche se detuvo junto á una solitaria casa, mudaron el tiro, y sin parar emprendió de nuevo su vertiginoso movimiento.

Las nueve de la mañana serian cuando al fin entraba en un pequeño lugarejo, deteniéndose junto á una posada ó meson de alegre aspecto, el desconocido, siempre petuoso, invitó á Eduardo á descansar un

mento, rogándole subiera al salon que se le habia preparado, donde encontraria su maleta y un ligero desayuno, que desde temprano le esperaba.

En efecto, el jóven saltó del carruaje, subió al salon designado, y vió allí un baul de cuero bastante abultado, cuya llave le entregó el mismo desconocido, dejándole en seguida solo, despues de hacerle una ceremoniosa reverencia.

Dispuesto Eduardo á no admirarse de nada, esperó á que saliera, y abriendo la maleta, la halló atestada de ropa blanca y de vestidos de viaje, de elegante tela y corte.

—Esto es un cuento de hadas, pensó el jóven, y no sé, verdaderamente, si debo aceptar tamaños beneficios. De todos modos, cuando estemos en salvo, podremos ser generosos, y averiguar su buena ó mala procedencia.

Diciendo esto se mudó de vestido, despues de haberse despojado, por decirlo asi, del polvo de la prision, y acudió al comedor.

donde le habian preparado un abundante almuerzo.

No bien hubo concluido, cuando ya su atento vigilante entraba de nuevo, para decirle que el coche habia mudado de tiro, y esperaba sus órdenes, añadiendo, al ver la indecision de Eduardo, y adivinando el motivo, que todo estaba pagado de antemano, y la maleta ya en el coche.

Con tales servidores, el periodista solo tenia que ocuparse de su propia persona; tornó, pues, al carruaje, que partió al galope, desde que él hubo cerrado la portezuela, no volviéndo á detenerse aquel dia, mas que para mudar de tiros y comer, eligiendo siempre los pueblos de menos vecindario.

Al segundo dia, en una de las paradas que hicieron en una aldea, en que se hablaba el dialecto valenciano, Eduardo no pudo resistir á la tentacion de preguntarle á su silencioso guia, si le era permitido averiguar el punto ulterior de su destino.

—Señor, contestó aquel, vamos al puerto

del Grao en Valencia.

—Y llegados allí?

—Nos embarcamos en una goleta, que debe estarnos ya esperando, para conducirnos directamente á Marsella.

—Y despues?

—Desde Marsella, atravesaremos el mediodia de la Francia, é iremos á esperar noticias de España en una poblacion, cuyo nombre no se me ha comunicado aun, pero que, estoy seguro, se halla cerca de la frontera, y al pié de los Pirineos.

—¿Y seria imprudencia preguntar á V., á quién debo mi salvacion, y las atenciones de que soy objeto?

—El señorito lo sabrá, tan pronto lleguemos al término de nuestro viaje.

—Supongo que entonces, estaré en libertad para disponer de mi persona.

—Oh, señor, me ofende V. con esa observacion; ¿quién coarta hoy su libertad? Yo no soy mas, que el dócil instrumento de la persona que por V. se interesa; y como la he

jurado conducirlo sano y salvo á Francia, de ahí la iniciativa, que tomo en el viaje, y las precauciones y misterio de que procuro rodearlo.

—Perdone V. mi indiscreta curiosidad, y reciba V. la espresion de mi agradecimiento, por las molestias que involuntariamente le causo.

El desconocido se inclinó, y contestó respetuosamente:

—No hago mas que cumplir con mi deber, siendo, como soy, un humilde servidor de V.

Despues de este corto diálogo, el viaje continuó sin interrupcion, y con la misma rapidez, cumpliéndose el programa exactamente, en la misma forma que lo habia reseñado el guia.

Sin entrar en Valencia, llegaron al puerto, averiguaron cual era la goleta Santa-Maria, nombre del buque que les aguardaba, y habiéndoseles dicho, que estaba fondeada cerca, se embarcaron inmediatamente en ella,

y á las dos horas se hicieron á la vela.

Ya era tiempo. Un agente del gobierno acababa de llegar con orden de prender á Eduardo, cuya direccion habia sido rastreada por la policia; pero al llegar la orden el buque se perdia en el horizonte.

Un viento fresco y bonancible condujo en pocos dias á los viajeros, desde las costas de Valencia al golfo de Leon, en donde tuvieron que correr dos noches de temporal; mas, habiendo amainado el tiempo, entraron por fin en el puerto de Marsella, y desembarcaron en sus populosos muelles, siendo el jóven conducido inmediatamente á una de las principales fondas de la ciudad.

Aquí volvió á interrogar á su misterioso guia, sobre la direccion que luego habian de tomar; pero éste le manifestó, con el mismo respeto siempre, que le permitiera cumplir su palabra, conduciéndole al punto designado por su invisible protector, que despues tendria tiempo de trasladarse al punto que fuera más de su agrado.

Eduardo se vió pues en la necesidad de obedecerle, si queria al fin penetrar el misterio que le rodeaba, y descansando dos dias en Marsella, tomó billetes para Burdeos, lanzándose curioso en aquella nueva via, con el afan de que llegara á realizarse la loca esperanza, que desde su salida de la prision le dominaba, y en el fondo de la cual, veia clara y esplendente la imágen pura y hermosa de su adorada Blanca.

---

## CAPÍTULO XX.

### UN SUEÑO QUE NO ES SUEÑO.

Acaba de amanecer, y un ligero cabriolé, tirado por un pesado caballo normando, se detiene junto á las primeras casas de una pintoresca aldea, oculta en el fondo del Departamento de los Bajos-Pirineos, y en medio de un bosque de castaños. Sus dos conductores, en los que facilmente reconoceremos á Eduardo y su guia, se informan respecto al camino que mas directamente les ha de conducir á Evremont, término al parecer de su largo viaje.

El primer campesino á quien la pregunta se dirige, les señala un punto lejano del horizonte, y el cabriolé se aleja por un buen camino vecinal, que en suave ascension se interna en la montaña.

—Puede V. revelarme, dijo al poco rato

Eduardo, que sitio es ese que llama V. Evremont?

—Nunca lo he visto, caballero, pero sé que es una quinta ó castillo de agradable aspecto que tiene como dependencias, muy buenas tierras de labor, caza abundante y excelente clima.

—Y ¿entra en sus instrucciones de V. decirme si en esa quinta ó castillo me espera alguna persona, carta ó mensaje?

—Lo ignoro completamente señor, solo sé que la casa estará á disposicion de V., mientras quiera vivir en ella.

—Me resta hacer á V. una observacion.

—Que oiré con atencion respetuosa.

—Si V. no ha visto jamás esa quinta, mal podrá V. conducirme á ella. En todas direcciones descubro lindas casas de campo, y á menos que la que buscamos no tenga escrito su nombre en la fachada....

—Tengo su descripcion en la memoria, contestó impasible el guia, y estoy persuadido de no equivocarme.

—Y podrá V. describirmela?

—Nada mas fácil, señorito.

—Escucho á V.

—Segun mis instrucciones, que creo de una escrupulosa exactitud, luego que atravesemos ese valle, que se abre á nuestro frente, nos hallaremos al pie de un pequeño collado, poblado de hermosos árboles, que nos conducirá por un camino en zig-zag á una estensa meseta, que domina la parte mas pintoresca del país, y en cuyo punto céntrico se levanta la quinta donde vamos.

—Es extraño.... me parece que he visto ya ese paisaje....

—No habiendo estado aqui, como asegura el caballero, no es posible haberlo visto sino en sueños.

—¿Describame V. su aspecto exterior?

—Segun el diseño que he tenido á la vista, se compone de dos pisos, el bajo y el principal. Súbese á ella por cuatro escalones, colocados en semicírculo, que se avanzan afuera, y conducen á un terrado, cubierto de

vistas enredaderas, sobre el que se abre la puerta de entrada, teniendo á ambos lados dos ventanas con persianas verdes. En la parte superior hay un balcon corrido, que ocupa una parte del frontis, con su cierre de cristales para servir de mirador.

—Dios mio! murmuró Eduardo, esa es la copia exacta de la casa de mi sueño!... Luego repuso en voz alta—¿Está V. seguro de lo que afirma? ¿No habrá equivocacion alguna en esa descripcion?

—Puede V. juzgar por si mismo de su completa exactitud.... Mire V. á la derecha.... sobre aquella colina.... ¿No ve V. la quinta? El sol refleja ahora sus primeros rayos sobre los cristales del mirador, y no es posible equivocarla.

—En efecto.... es la misma.... ¿estaré soñando?

Y el poeta, dudando de su misma existencia, se llevaba la mano á los ojos, y se palpaba con febril exaltacion, para convenirse de su propia identidad.

Esta incertidumbre duró poco, porque el carruaje, atravesando velozmente el valle, cubierto de tierras cultivadas, cruzó un elegante puente de madera, construido sobre un pequeño arroyo, y subió la calzada que desembocaba en la meseta.

Al llegar allí, el joven detuvo el cabriolé, saltó ligeramente al suelo, y arrojando las riendas á su guía se lanzó á la escalinata, como si deseara tocar materialmente las paredes, para ver si éstas se desvanecían á su contacto.

Tres hermosas calles de árboles, tiradas simétricamente á cordel, conducían á la quinta, en cuyo terrado aguardaban tres criados en pie y sin librea.

Apesar de su precipitación, Eduardo llegó al mismo tiempo que el guía, y subieron juntos la escalinata.

Entonces tomando éste la palabra, y dirigiéndose al poeta, con ademán respetuoso, dijo:

—Tengo el honor de presentar á V., seño-

rito, las personas que desde hoy compondrán su servidumbre.

—Mi servidumbre?

—Si señor: el humilde criado que ha servido à V. de guia, es su mayordomo y secretario, y bajo sus órdenes desempeñan estos mozos, los oficios de lacayo, cochero y jefe de cocina. Desde este momento es V. el amo, y puede V. disponer lo que sea de su agrado.

—Con que estoy en mi casa?

—Si señor.

—Y ¿á quién debo tan espléndido agasajo?

El mayordomo se inclinó sin responder.

El jóven se sonrió con afectada tranquilidad, y añadió:

—Veamos mi casa y sepamos al fin la clave de este misterio.

—Si el señorito me lo permite, le enseñaré el camino....

—Puede V. guiar.

Y disimulando mal su curiosidad, avan-

zó hacia la puerta de entrada, queriendo convencerse por sí mismo, hasta donde llegaba la realización de su sueño.

Los criados se apartaron con respeto, y seguido él de su antiguo compañero de viaje, penetró en el vestíbulo, deteniéndose mucho de asombro en el umbral.

Lo mismo que en la novelesca narración del sueño, el vestíbulo lo formaba una pieza octógona, con piso de mármol blanco y negro, y techo y paredes pintadas recientemente al óleo. Al frente se abría una puerta vidriera, de brillantes colores, y esquisito trabajo que comunicaba con un estenso jardín; y á derecha é izquierda otras dos puertas, la una que conducía á un salon de recibo, y la otra á un gracioso comedor.

Eduardo, en medio del elegante vestíbulo, miró á todos lados asombrado, y volviéndose al guía, le preguntó bruscamente.

—Donde está el amo de esta casa?

—¿El amo?.... No hay otro que el señorito.

—¿Se burla V.?

—Señor!

—Vamos... basta de misterios, ¿hay alguien en esta casa que me espere?

—Oh, no señor.... el caballero está solo.

—Pero, ¿estamos jugando á los despropósitos? ¿No me ha dicho V. durante el viaje, que aquí conocería á mi invisible protector?

—Cierto es....

—Pues yo le pregunto á V., clara y categóricamente, ¿dónde está?

—Sin que yo pueda asegurarlo de una manera positiva, creo que vendrá.

—Cuando?

—Lo ignoro....

—Pero, al menos, habrá alguna carta, algún billete, algún recado....

—Tal vez lo encuentre el señorito en sus aposentos altos.

—Ah....

—Si entretanto quiere V. visitar el salón de recibo....

—Veamos el salon.

El mayordomo abrió la puerta de la izquierda, y retirándose silenciosamente, dejó que Eduardo penetrara solo en la estancia.

Hallábase ésta alfombrada, y cubierta de magníficas cortinas, y adornos de terciopelo carmesí; divanes y butacas con asientos de la misma tela y color, y un piano de palo de rosa, completaban el rico mueblaje de tan suntuoso aposento.

La pieza de la derecha, se hallaba destinada á comedor, y estaba colgada de verde, con preciosa estanteria de caoba, llena de vajilla de plata, y cristaleria de Sajonia. Cuatro anchas ventanas en opuestos lados, con alegres vistas al terrado y al jardin, daban luz á la estancia.

Eduardo no volvía de su admiracion. Su sueño se veía reproducido esactamente, hasta en sus mas insignificantes detalles. Parecía que la vara mágica de una hada, habia hecho brotar de improviso aquella maravilla, y que, de la misma manera, habia de

desaparecer.

Resolvióse, al fin, á subir al piso principal, y acabar de admirar aquel prodigio, si como ya no lo dudaba, era tambien la copia del original que su mente habia creado.

La escalera, de mármol blanco y con pasamanos de bronce, primorosamente trabajados, se abria en el ángulo derecho del patio, y desembocaba en una ancha galeria de cristales, desde la que, por medio de dos sucesivas rampas, se descendia á los jardines. Entrando por la puerta del centro, de las tres que se descubrían sobre este segundo vestibulo, se encontraba una espaciosa antesala ó sala de descanso, con cuadros de nuestros mejores pintores contemporáneos. A la izquierda, una serie de aposentos, que se comunicaban entre si, servían de biblioteca, de estudio de música, de gabinete de trabajo, de salon de conciertos. A la derecha, se extendían los dormitorios, con salones de vestuario y baño, adornados todos con supremo gusto, riqueza y elegancia.

Faltábale ver, y lo habia reservado para lo último, el Jormitorio donde habia supuesto la escena de la declaracion, y queria persuadirse de que tambien aquel aposento era la reproduccion de su pensamiento.

Dirigióse, pues, á él, y abrió temblando la puerta, que cedió suavemente á su empuje.

Encontróse entonces en un pequeño salon, adornado con cortinas y muebles de terciopelo y seda, color azul y blanco, y en el cual la luz penetraba, como en su sueño, vaporosa y discreta, dejando los objetos en esa media oscuridad, tan favorable á la meditacion. En el fondo, un sencillo lecho, en que dominaban aquellos mismos colores, se levantaba envuelto en gasas, y en el lienzo de pared que sobre él se alzaba, veíase un retrato de muger, cuyas facciones, por la poca luz del aposento, no le fué posible á Eduardo descubrir.

Presa de una indecible emocion, corrió á las ventanas, las abrió rápidamente, y á la

brillante luz que penetró á torrentes en el misterioso aposento, é iluminó completamente el cuadro, el jóven reconoció las facciones de Blanca, cubierta la cabeza con la misma capota de terciopelo, en que pasó envuelta la primera noche de su prision.

Al ver aquel semblante casto y sonriente, dotado de tan maravillosa hermosura, sus dudas se disiparon, un estremecimiento de sorpresa dicha recorrió todo su cuerpo, sus ojos se cerraron deslumbrados, y se dejó caer, sin aliento casi, sobre uno de los divanes que circuián el salon.

Asi estuvo un largo rato, sin poderse dar cuenta de sus emociones, ni de los diversos pensamientos, que tumultuosos se agolpaban á su cerebro.

—Ella, ella es, decia en entrecortadas frases, la que ha improvisado este prodigio, la que, despues de salvarme la vida, me ofrece esta prueba maravillosa de su amor.... Oh— exclamaba, cayendo de rodillas sobre la sombra, y levantando sus ojos hácia el retrato

to—¡Bendita, bendita seas!

Calmada algun tanto su emocion, recorrió el gabinete en todas direcciones, deseando encontrar alguna carta, en la que ella le comunicara sus intenciones y proyectos para el porvenir; pero solo halló sobre un precioso escritorio, que estaba abierto á la izquierda del lecho, un papel doblado, que se apresuró á abrir, y que no era otra cosa que el título de propiedad de aquella quinta y sus dependencias, vendida ante notario por el Marques de Evremont á D. Eduardo Alar en 500.000 francos. Faltaba la aceptacion del comprador; pero el acto estaba en regla, y era perfectamente válido segun las leyes.

El jóven dejó en el mismo sitio la escritura, y bajó al jardin pensativo, recorriendo sus solitarias calles y preciosos bosquecillos, sin abandonar por eso su silenciosa meditacion.

Alli le sorprendió su mayordomo, que ocioso venia á tomar órdenes para el almuerzo y la comida, y á quien distraido contestó,

que podía arreglar las horas á su gusto.

Así transcurrió el día; unas veces visitando la casa, otras recorriendo los pintorescos sitios que ofrecían los alrededores, ya deteniéndose horas enteras ante el retrato de Blanca, ya contemplando ensimismado el tranquilo curso del arroyuelo, que atravesaba el valle. Por fin, llegó la noche, serena y pura como noche de primavera. Las estrellas, cual polvo de oro, brillaban en el oscuro azul del cielo, convidando á hablar con ellas. El viento dormía sobre los árboles.

Eduardo entró en la quinta, despidió á sus criados y se encerró, casi triste, en su dormitorio.

---

## CAPÍTULO XXI.

ELLA.

Luego que se vió solo encendió una luz, tornó á mirar á Blanca, y se sentó en el escritorio, de donde tomó pluma y papel. Dejó caer en seguida su cabeza, sobre la palma de su mano, y quedóse largo rato pensativo, sin atreverse á escribir. Por último, sacudiendo la especie de irresolucion que le dominaba, se decidió á hacerlo, y éstas fueron las frases que estampó en el papel:

«Blanca:

«Mi sueño se ha realizado. Dios ha enviado uno de sus ángeles á la tierra, y la quinta ha brotado del suelo, mil veces mas hermosa de lo que mi pobre imaginacion la creó. Nada falta de lo que puede servir para la material comodidad de la vida; pero todo falta para esa otra vida del corazon, mas preciosa aun que la del cuerpo, faltando V.

No me acuse V. de ingrato, Blanca; yo nada pido á V.; me da V. mas de lo que yo merezco, y de lo que mi fantasia de poeta hubiera podido imaginar en sus mas imposibles ilusiones. Estoy en esta quinta, rodeado de recuerdos de V., mirando su retrato, hablándole, como si pudiera oirme. ¿Qué mas puedo desear?... Y sin embargo, perdóneme V., unico y eterno amor mio, perdóneme V. esta confesion que á V. sola hago; no soy feliz.»

«Oh, V. que es una sensitiva; que adivina todas las delicadezas del corazon, que comprende en la mirada, en la inflexion de la voz, en el temblor de la mano, lo que pasa en el alma, adivine V, le ruego, comprenda V. Blanca, lo que siente mi espíritu en esta noche de insomnio, de amorosa lucha, de muda desesperacion.»

«Mi amor ha crecido, si es posible, y con mi amor, mis escrúpulos, mi anhelo incessante de hacerme digno de V., de llegar algun dia á merecerla. ¿Y será el verdadero ca-»

mino para conseguirlo, permanecer en esta casa, inactivo, disfrutando de goces que enervan, de placeres á que no estoy acostumbrado, y aprovechándome de su generosidad para aceptar un don, de un valor y una magnificencia inmensamente superiores á mi fortuna y á mi posición actual?»

«Cuestión es ésta que he debatido hoy conmigo mismo durante largas y penosas horas, y mi cabeza y mi corazón me han dicho de consuno, que debo á V. y á mi dignidad el sacrificio del don que me ofrece. No es esto decir que lo rechace, ni que haga pública renuncia de él, sino que desde mañana marchó á Paris, donde buscaré un medio honroso de subsistencia, realizando, si encuentro apoyo, uno de mis más queridos proyectos literarios. La casa quedará cerrada, y á disposición de V., hasta que el sueño pueda exteriorizarse por completo; es decir, hasta que V., algún día, pueda aparecer en ella. Entonces callarán todos mis escrúpulos, y hará V. de mi lo que le agra-

de, si es que, en esa lejana época, me sigue V. juzgando, digno siempre de su estimación.»

«Adios, Blanca, el retrato de V. irá desde hoy conmigo, y su vista me prestará fuerzas en la lucha que mañana emprenderé.»

«Jamás hubiera creído, y se lo digo á V. con franca sencillez, que existir pudiera un corazón como el suyo. Mujeres hay que han amado con pasión, sacrificando su rango y su fortuna al hombre que han creído digno de su aprecio; pero ninguna ha sabido amar nunca como V.»

«Si tratára, ahora, de expresar á V. lo que siento, de manifestarle el grado de intensidad con que amo á V., emprendería, Blanca, una obra insensata. Lo que mi alma experimenta en este instante, las sensaciones que me producen los sucesos de hoy, el sitio en que me hallo, y el recuerdo de V., no puede, no, traducirse en palabras.»

«Su vida, Blanca, es mi vida. Aliento en

V., y mi pensamiento, busca anhelante el suyo, para confundirse y anegarse en él, porque una sola existencia, una idea sola, constituyen esa fusión de las almas, que es la expresión suprema del verdadero amor.»

«¿Llegará el momento en que esa esperanza se realice?... Blanca, Blanca, si mi sueño ha de quedar incompleto, menos cruel hubiera sido dejarme morir en la prisión. Ver de lejos el cielo, y no llegar á él, es un suplicio que no puedo aceptar. Venga V., venga V. algún día, á iluminar con su mirada este precioso nido, hijo de nuestra imaginación. Venga V. á dejar con sus labios, siempre castos, una huella de fuego, igual á la que aun quema mi frente.... Blanca, Blanca, esposa mia, ... ¡cuanto te amo!»

Al llegar aquí soltó la pluma, y presa de una angustia indefinible, se levantó, y comenzó á pasearse por el aposento. Parecía-le, en su delirio, sentir el perfume favorito de ella, flotando impalpable en la tibia atmósfera que le rodeaba.

Incapaz de continuar la carta, dejóla incompleta sobre el escritorio, y volvió á estasiarse en la muda contemplacion del retrato, centro hacia el cual converjian siempre todos sus movimientos. Luego, dejando la luz sobre el velador, sentóse en uno de los divanes que rodeaban la alcoba, apoyó su cabeza en el cojin, y cediendo al peso de sus emociones, y al cansancio de tan largo viaje, cerráronse involuntariamente sus ojos, pronunciando el nombre de Blanca, quedósese profundamente dormido.

Las horas pasaron silenciosas y tranquilas. El jóven, sentado en el divan, continuaba entregado á un sueño reparador. De vez en cuando, alguna palabra sin sentido venia á revelar el estado de agitacion en que se hallaba.

En efecto, en medio de su sueño, su exaltada imaginacion le trasladó al pequeño aposento de la torre, y soñó lo siguiente:

Blanca estaba á su lado, y se ocultaba temblando al menor ruido. De improviso la

puerta se abre, y su odioso carcelero aparece en el umbral, acompañado de sus oficiales, ébrios todos y dispuestos á arrebatarse su hermosa compañera. Una lucha horrible se traba, en la que combate el joven, como en los cuentos de hadas, con una coraza invulnerable. Al fin, cediendo al número, cae exánime, con una rodilla en tierra, sujetando todavía á Blanca por el talle. Ya sus feroces enemigos tienden sus asquerosos brazos hácia la codiciada presa, ya cien puñales levantados sobre su pecho, parecen próximos á herirle, cuando de súbito se entreabre la bóveda de piedra, una refulgente claridad inunda la estancia, y descendiendo entre nubes un ángel, les tiende la mano sonriendo, y ambos se elevan en su compañía hendiendo la atmósfera, en medio del asombro de sus perseguidores, y de un concierto divino de celestial armonía. Blanca triunfante, le mira estasiada, y estrechando entre sus blancas manos las suyas temblorosas, le inunda de nuevo con aquel perfu-

me embriagador, que en voluptuosas oleadas parece una caricia del aire.

El joven, arrastrado por la ilusión de su sueño, hace un brusco movimiento, quiere estender sus brazos, y no puede; sus ojos se entreabren, y á la escasa luz del nuevo día, que se filtra gozoso en ténues y dorados rayos por las cerradas persianas, descubre, sentada á sus piés, sobre algunos cojines sembrados en la alfombra, á su misma esposa, á Blanca, vestida como la niña de la leyenda, de blanco y azul, con una corona de azahares enlazada á sus hermosos cabellos, con sus negros rizos, cayendo en ondas sobre el seno, con sus manos en las suyas, y espiando el momento de su despertar, mientras la mas hermosa de sus sonrisas, flota indecisa sobre sus húmedos labios.

En el suelo yacia abierta la carta que por la noche escribiera Eduardo.

La sorpresa era tan inesperada y la situación tan nueva y escepcional, que por algu-

nos instantes enmudecieron ambos. Blanca, al fin, levantó sus ojos, le miró un momento con encantadora timidez, y rompiendo el silencio, díjole con acento dulcemente conmovido.

—Ya estoy aquí.... á tu lado; y para nunca separarnos.... ¿estás contento?

—Dios mio, si esto tambien es sueño, haz que nunca llegue á despertar.

—No.... no es sueño.... soy yo.... tu esposa.... tu esposa que se halla aquí, á tus pies,... que se cree feliz mirándote.... que espera humilde tus órdenes....

—Blanca!!!—Y el jóven en un indecible arranque de felicidad infinita, se puso en pié, se bajó hácia ella, la arrebató en sus brazos, y la estrechó frenético contra su pecho.

Ella, sonriendo siempre, inclinó su cabeza sobre el hombro del afortunado poeta, anegando su mirada en la mirada de él, en una actitud de casto abandono, que la hacia aun mas hermosa, con el rostro encendido y

la voz apagada, contestóle:

—Dios, que nuestro amor bendijo, permítete hoy que nos unamos sin remordimiento alguno. La injusta persecución de que fuiste víctima, rompió la promesa que á mi padre hiciera. El mismo me ha arrojado en tus brazos, de ti depende que permanezca eternamente en ellos.

—Siempre.... siempre.

—¿Y ya no querrás dejarme....?

—Nunca.

—Ya no habrá escrúpulos, ni mal entendido orgullo, ni proyectos literarios....?

—Ah....! mi carta.

—¿La leiste?

—Anoche....

—¿Estabas aquí?

—A tu lado.

—Por eso te sentía en la atmósfera; por eso te buscaba en el aire que nos rodea.

—Si; aquí estaba.... velando tu sueño.... al principio pensé despertarte.... pero un sentimiento egoísta me detuvo.... quería gozar

sola de mi felicidad....entonces, me senté á tus pies.... aquí.... sobre esta alfombra.... y empecé á soñar despierta.... oh.... si vieras.... ¡que hermosos sueños....!

—Dios mio! Dios mio! ¿qué he hecho yo para ser digno de tanta felicidad? exclamó el jóven, estrechando de nuevo convulsivamente á su esposa, que en pié. seguia ocultando el rostro en su seno.

—Ya ves como Dios premia al fin la pureza de nuestro amor....

—Pero tu, Blanca, tu.... olvidarlo todo.... descender hasta mi....

La jóven levantó con una gracia infinita su reclinada frente, llevó su mano á los labios del jóven, cómo para imponerle silencio, y díjole con inspirado acento.

—Eduardo, Eduardo.... hagámonos dignos de esa felicidad, que algun dia, no lo dudes, llegaremos tal vez á merecer. Para ello, seamos siempre humildes; honremos á Dios con nuestras buenas obras; y amémonos el último dia de nuestra vida, como nos amamos hoy.

—Amen, contestó Eduardo.

Y sus labios sellaron esta promesa, á la que no faltaron ambos un solo instante en el resto de sus días.

## EPÍLOGO.

---

Estamos en la primavera de 1860: una parte del ejército español, victorioso en África, hace su solemne entrada por las calles de Madrid.

Un gentío inmenso, ébrio de entusiasmo, acude presuroso á recibirle, llenando el aire con sus gritos de júbilo.

Los oficiales y soldados, fraternizando con el pueblo, olvidan rencores pasados, y unidos se confunden, ante la unánime y patriótica exclamacion de «Viva España.»

Es uno de esos días, que dejan un recuerdo inolvidable en la historia de una nacion.

El desfile continúa, hasta que el lejano sonido de las bandas militares, se estingue apagado por los altos muros de los cuarte-

les, donde las tropas van entrando á descansar.

En uno de los salones principales del palacio de la calle de Alcalá, que ya conocen nuestros lectores, cuyos balcones están engalanados con vistosas colgaduras, en las que dominan los colores nacionales, se hallan reunidas, á la misma hora de aquel paseo militar, algunas de las personas que ya hemos visto figurar en esta narracion.

En el centro, y descansando en un cómodo sillón, se vé á un anciano de severa fisonomía, clavado, por decirlo así, en el asiento, á causa de una parálisis aguda, cuya edad frisa ya en los setenta y ocho años. A su lado, y rodeándole con respetuoso cariño, se descubre un grupo de personas, compuesto de dos caballeros, como de cincuenta años cada uno, vestidos ceremoniosamente de negro, y una señora, todavía hermosa, apesar de acercarse tambien á aquella edad.

En estas personas, mirándolas atentamente, es fácil reconocer, al marques del Enci-

nar, á sus dos hijos políticos, el conde del Alamo y Eduardo Alar, y á su hija mayor, la adusta y severa Condesa.

¿Cual es el obgeto que alli los reune? ¿Por qué revelan sus semblantes tanta alegría? ¿Cómo ha cesado el motivo que por tan largo tiempo los ha tenido separados?

De repente, y en medio del silencio que reina en el salon, se oyen resonar en la antesala los pasos precipitados de muchas personas. Eduardo se avanza vivamente hácia la puerta; ésta se abre, y en el umbral aparece un jóven de veinte y cuatro años, vestido con el elegante uniforme de campaña, ostentando en su pecho varias condecoraciones, y en sus mangas las insignias de coronel. Lleva del brazo á una señora de cuarenta y cuatro años, en cuyas facciones, suaves, espresivas, y todavia maravillosamente hermosas, brilla una pura y santa alegría.

Detrás, y agrupados con respeto, se descubren los criados de la casa, en cuyos rostros se refleja tambien el mismo contento de

sus amos.

Al abrirse la puerta, el jóven abandona precipitadamente á la señora, y se lanza á los brazos de Eduardo, que le estrecha convulsivamente á su pecho, en medio de un silencio general.

Cuando, al fin, se separan, el llanto ha inundado el semblante del antiguo periodista, y por las morenas mejillas del jóven militar se ven correr dos lágrimas, que dejan caer al suelo sin avergonzarse.

—Hijo mio,—esclama la señora, en cuya dulce voz es fácil reconocer á Blanca, y que con piadoso recojimiento, ha contemplado aquel abrazo, sintiendo en su interior un estremecimiento de inefable júbilo—tu abuelo te espera.

El jóven coronel se avanza hácia el marqués, le toma una mano y se la besa con respeto, estrechando en seguida entre sus brazos á su tia y al Conde, que le contemplan con tierna y solícita simpatia.

—Demos gracias á Dios, dice entonces le...

tamente el noble anciano, porque nos ha devuelto al fin, al último y mas querido de mis hijos.

—A la única esperanza de la familia, añádele suspirando la orgullosa condesa.

—Al heredero de todos nuestros títulos, observa su marido.

—A lo que mas amo en el mundo despues de ella, murmura Eduardo.

—Al hijo de mi corazon, prorumpe Blanca, arrojándose de nuevo en sus brazos y tornando á besarle.

El jóven conmovido, tiende el brazo izquierdo á su madre, de quien es lá viva imagen, y enlaza con su diestra la mano de su padre, diciendo al mismo tiempo:

—Padres míos, abuelito, tíos queridos... ¡Qué día tan feliz!

Blanca se enjuga una lágrima, y mirando apasionadamente á su hijo y á su marido, esclama con solemnidad:

—Hijo mio, un día.... día solemne para nosotros, dije á tu padre:—«seamos humil-

des, hagamos todo el bien que podamos, honremos á Dios con nuestras buenas obras, y amémonos eternamente, como nos amamos hoy.... » hemos cumplido nuestro juramento, y Dios nos ha premiado en ti... ¡BenDito sea siempre su santo nombre!

FIN.

# ÍNDICE.

---

	PAG.
I.—Los viajeros. . . . .	5
II.—Retratos al natural . . . . .	45
III.—El almuerzo . . . . .	30
IV.—Una sorpresa . . . . .	50
V.—El campamento . . . . .	66
VI.—Una prueba de confianza . . . . .	78
VII.—La prision . . . . .	402
VIII.—Confidencias . . . . .	420
IX.—Proyectos . . . . .	437
X.—Un cuento de hadas . . . . .	455
IX.—Nueva sorpresa . . . . .	475
XII.—Una boda improvisada . . . . .	493
XIII.—La cita . . . . .	213
XIV.—Entrevista . . . . .	224
XV.—Esplicaciones . . . . .	234
XVI.—El baile . . . . .	251
XVII.—Al fin . . . . .	272
XVIII.—Del cielo al infierno . . . . .	290
XIX.—Misterios. . . . .	300
XX.—Un sueño que no es sueño. . . . .	314
XXI.—Ella. . . . .	325
Epilogo. . . . .	337

---

---

**ES PROPIEDAD DEL AUTOR.**

---

